



Oscar Ángel Flores

PRIMAVERA ROTA



Primavera Rota

Universidad Nacional de San Luis

Rector: Dr. Félix Daniel Nieto Quintas

Vicerrector: Dr. José Roberto Saad

Secretario de Coordinación y Planificación Institucional:

CPN Víctor Moríñigo

Nueva Editorial Universitaria

Avda. Ejército de los Andes 950 - Subsuelo Rectorado

Tel. (+54) 0266-4424027 Int. 5110

www.neu.unsl.edu.ar

E mail: neu@unsl.edu.ar

Prohibida la reproducción total o parcial de este material sin permiso
expreso de NEU



RED DE EDITORIALES
DE UNIVERSIDADES
NACIONALES



Universidad
Nacional de
San Luis

OSCAR ÁNGEL FLORES

Primavera Rota



Universidad Nacional de San Luis

Flores, Oscar Angel

Primavera rota / Oscar Angel Flores. - 1a ed. - San Luis :
Nueva Editorial Universitaria - U.N.S.L., 2019.

222 p. ; 15 x 21 cm.

ISBN 978-987-733-165-3

1. Investigación Periodística. I. Título.

CDD 070.44932

Director Administrativo

Omar Quinteros

Diseño y Diagramación:

Enrique Silvage

José Sarmiento

Administración

Guillermo Scarpuzza

Roberto Quiroga

Impresión:

Dirección de Impresiones

Universidad Nacional de San Luis

Foto y Diseño de tapa:

Héctor Bustos y Marcelo Neilor

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

ISBN 978-987-733-165-3

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 2019 Nueva Editorial Universitaria

Avda. Ejército de los Andes 950 - 5700 San Luis

Agradecimientos iniciales:

A mis Viejos

A Susy, compañera eterna que permitió mi renacimiento.

A mis hijos y nieto por inspirarme.

A los familiares de las víctimas.

A la UNSL por el respeto a la libertad.

PRÓLOGO

A la frase que popularizó Domingo Faustino Sarmiento, “las ideas no se matan”, se puede completar diciendo que al momento de aplicarlas debe tenerse en cuenta el lugar y el tiempo donde se las quiere ejecutar, porque las condiciones que se generan en uno u otro caso son diferentes.

Para ello es necesario que el analista observe la realidad del lugar con la mayor objetividad posible, también se hace necesario el aporte de posturas diversas, que una vez contrapuestas podrán llevarnos a la conclusión relativa de la mejor solución. Cada sector de opinión da su punto de vista con los argumentos que la refuerzan. Para ser rigurosos debemos entender que en la tarea de opinar algunos lo hacen con sentimientos individualistas y otros solidarios.

En ese buscar la mejor solución, entiendo, no debe dejarse de considerar como central “el bienestar general” o “el bien común” para con ello dar una respuesta más justa y de acuerdo con la Constitución Nacional que en su preámbulo garantiza ese bienestar. A estos efectos debemos ponderar que si bien es cierto, no es parte de la Constitución propiamente dicha, está señalando un conjunto de principios –algunos dicen dogmas- que deben ser tenidos en cuenta al momento de interpretar nuestras leyes.

Los jóvenes (mujeres y hombres) de la época a que se refiere el autor, quisieron analizar la realidad y opinar ejerciendo su derecho legal y natural, pero no los dejaron. El argumento utilizado por las autoridades fue que esas ideas afectaban “la cultura occidental y cristiana”. Quienes así decidían olvidaron que lo que hizo y predicó Cristo lo ponía a la cabeza de esta “movida”.

Por eso resulta tan valioso lo que hace el periodista-investigador Oscar Angel Flores autor de esta obra, al analizar el perfil de las víctimas del terrorismo de estado en La Toma. La vida familiar y laboral desde su infancia hasta su juventud y el entorno vecinal permiten al lector ubicarse en la realidad del tiempo y lugar que ellos vivieron.

Graciela, Pedro, Sandro, el Gringo y Raúl, como muchos jóvenes que empiezan a transitar la vida, se preocuparon por ayudar a una sociedad más justa, pero se encontraron con un gobierno que les prohibió pensar y ocuparse de los demás, imponiendo por la fuerza ideas que favorecían a un sector de la sociedad que no era precisamente el que ellos ocupaban.

Comparto con esa juventud -aún con algunos errores que cometieron en el uso de algunos métodos- por lo que dijimos al comienzo.

Desde otra perspectiva, como persona de derecho, debo aseverar que todo el que comete un delito debe ser juzgado con los procedimientos que la ley establece. Esto no sucedió en aquel periodo en la Argentina. Testimonio de ello son los juicios de Lesa Humanidad que se llevan a cabo en el país.

La metodología de investigación y juzgamiento utilizada por el gobierno de facto, aún antes del 24 de marzo de 1976, fue aprendida -además del plan Cóndor- de los franceses con quienes los militares argentinos suscribieron convenios a partir de 1960 donde los primeros se obligaban a transferir sus conocimientos teóricos y prácticos que ellos ya usaban en Argelia, por aquel entonces colonia de Francia. Básicamente consistía en provocar, perseguir y apresar a quienes se opusieran al régimen. Cuando eran detenidos los interrogaban bajo los efectos de las más diversas torturas, físicas y psicológicas, donde las víctimas decían todo aquello, verdad o mentira que pusiera fin a ese castigo.

En la época en que los militares inician el aprendizaje represivo no existían los Montoneros ni el ERP. Para justificar ese adoctrinamiento se plantearon hipótesis de conflicto como el del peligro del avance del Comunismo Internacional.

En definitiva no se aceptaba que hubiera un cambio o adecuación de ideas políticas y económicas, violando con ello las prácticas democráticas y convenios internacionales a los que está adherida la Argentina.

Los convenios firmados entre las FFAA de nuestro país con sus pares franceses se encuentran archivados en la Unidad Especial De Investigacion De Terrorismo De Estado, archivo nacional de la memoria, secretaria de Derechos Humanos, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Ese “acuerdo para poner a disposicion del ejercito argentino una mision de asesores militares franceces, fue firmado en Buenos Aires el 11 de Febrero de 1960 por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Cultos de la Republica Argentina y el embajador de la Republica de Francia en nuestro pais, con el correspondiente anexo en 21 articulos , fue remitido por el Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, al Tribunal Oral Numero 1 de Mendoza mediante oficio (ver fundamentos en disidencia del suscripto a fs.2711 y ss). En ellos se acuerda una paga a favor de los militares franceses, de seiscientos dolares, casa, comida y traslados, para el caso que vinieran a la Argentina. En otros casos los militsres argentinos se trasladaban a Francia para aprender en el propio campo de operaciones.

Dicho en forma muy sintética en Argelia, los militares franceses provocaban conflictos que motivaban la reacción de los argelinos y con ello la posterior represión violenta que a su vez generaban el terror y el miedo en toda la población. Esto lo he tratado con mayor amplitud al fundamentar los fallos dados en los juicios por delitos de Lesa Humanidad que se trataron en Mendoza en las causas n° 001-M; 075-M y 076-M. (ver en esta última fs. 2.716 y ss.)

Como dije más arriba a nuestros jóvenes no se les permitió capacitarse a través de un legítimo diálogo democrático. Los rotularon como subversivos y crearon la conciencia, en la población, de que eran delincuentes terroristas. Esta caracterización sumada a la presión mediática y a los miedos de la gente llevó a una discriminación hacia las víctimas y sus familiares. Como siempre los miedos, temores y cobardía

provocan razonamientos en línea o funcionales a lo que propone esa violencia institucional.

A lo dicho anteriormente debemos agregar la escasa e irregular participación de representantes del Poder Judicial. Jueces, Fiscales, Defensores (con pocas excepciones) y otros operadores judiciales no estuvieron a la altura de sus responsabilidades. Digo esto teniendo como base que los jueces son la última garantía que tiene la población. A estos funcionarios no les está permitido actuar con temor o ser funcionales a razonamientos dirigidos por beneficios o algún tipo de riesgo en sus personas o bienes. Cuando tienen a su cargo una investigación, deben agotar, en el menor tiempo posible toda la actividad probatoria que tengan a su alcance. Esto no aconteció en la realidad de aquel entonces. En el caso concreto fue analizada y resuelta, la situación de magistrados, en el TOF N° 1 de Mendoza en la causa 076-M (ver fundamentos en disidencia del suscripto).

Mi reconocimiento al autor de esta obra, Oscar Angel Flores, por el seguimiento periodístico que efectuó en épocas de riesgo lo que quedó reflejado en este trabajo. A su vez mis deseos que ésta inspire al autor y a otros conocedores de la época a decir sus testimonios para que los argentinos conozcan y sepan defenderse de ataques que de igual o distinta forma se repetiran en el futuro de nuestro país

Juan Antonio González Macías

Ex Presidente TOF Mendoza

MI PRÓLOGO

Todos los testimonios publicados en esta obra han sido tomados personalmente y reproducidos fielmente. El objetivo principal de Primavera Rota es contar las historias de vida de algunos de los personajes del suceso de septiembre de 1976. Sus pensamientos, sus vidas cotidianas, sus amistades y antecedentes seguramente serán de ayuda para comprender desde una mirada subjetiva del periodista, lo que no se ha publicado todavía.

No están contadas todas las posiciones ideológicas ni personajes de la parte militar ni represiva, existiendo un recorte aferrado solo al operativo La Toma y al hecho histórico que se investigó judicialmente.

Oscar Ángel Flores

Introducción

Nuestros pasos quedaban marcados en la sal, íbamos buscando rastros dejados horas antes por los integrantes de la Comisión de la Justicia Federal que habían hecho la inspección ocular. El sitio era seco, el sol de media mañana nos calentaba la espalda y nos apuntaba a llegar a una pequeña cruz que marcaba desde hacía años la sepultura de alguien.

Sobre la Cruz habían colgado unas flores de plástico. La tumba databa de 1976, diez años antes. Guillermo Moyano sacó la foto que luego publicamos al otro día en la tapa del Diario Puntal, único diario que a mediados de los ochenta se animó a publicar los temas de derechos humanos tan candentes a la vuelta de la democracia.

Esa noche no pude dormir, a los veinticuatro años había escrito la primera crónica del hallazgo del lugar donde los genocidas habían masacrado a Graciela Fiochetti y a Sandro Santana Alcaraz, aunque a él nunca se lo pudo reconocer, aquel fatídico 23 de septiembre de 1976.

En Salinas del Bebedero, propiedad privada perteneciente a Dos Anclas, empresa dedicada a la explotación de la sal, un enclave que también compartía y aún hoy, con el Ejército donde se realizaban antes como ahora operativos de entrenamiento militar, a solo treinta kilómetros con dirección oeste de San Luis, camino a la provincia de Mendoza.

El lugar quedó registrado desde esa fecha en los anales policiales y judiciales y luego sirvieron de base para llevar a juicio a los verdaderos responsables de los crímenes de lesa humanidad que casi 32 años después se realizaron en los tribunales federales.

En los ochenta publicar alguna crónica que estuviera relacionada a los sitios de tortura y detenciones ilegales durante la dictadura en

la provincia de San Luis, colocaba a cualquier periodista de la época en situaciones de vulnerabilidad pues aun estaban funcionando en las sombras los grupos de tareas de la represión.

En San Luis también seguía casi intacto el aparato represor de la policía con efectivos que habían actuado en operativos ilegales y que se habían mimetizado en las fuerzas policiales de la democracia y se reciclaban. Esos armaban carpetas que entregaban a sus jefes con datos de militantes políticos y también periodistas y comunicadores. Hasta finales de los noventa, (tal vez hoy también) varias de esas carpetas se archivaban en la Jefatura de Policía, la misma que fue escenario de los hechos investigados y que convirtieron a ese edificio en centro clandestino de tortura junto al mismo del Juzgado Federal que actualmente sigue funcionando en el mismo lugar.

En la actual sede del Juzgado Federal de San Luis (calle Belgrano) me tocó entrevistar en varias oportunidad al juez Federal (Fallecido) Carlos Pereyra González (Pila) de quien obtenía información oficial sobre los procedimientos que venía a cumplir el Juez de Instrucción Juan Antonio González Macías, enviado por la Justicia Federal de Mendoza a investigar los sucesos de la Primavera de 1976.

Pereyra González luego se desempeñó como Camarista Federal en Mendoza y en ese marco recayeron las denuncias en su contra y llevado a juicio por haber colaborado en su calidad de Secretario del Juzgado con los represores en los sucesos del 76. Pereyra González, murió durante un accidente en la ruta.

La figura del juez de Instrucción González Macías se agiganta con los años pues gracias a su investigación la Justicia Federal pudo determinar el modus operandi de la organización represiva de San Luis que realizó el operativo La Toma, determinó la causa de muerte de Graciela Fiochetti y ordenó la detención del autor del crimen, el ex Capitán Carlos Plá, ex subjefe de policía, a quien le adjudicó la autoría del disparo que provocó la muerte de Fiochetti en las Salinas.

La historia dedicada a Pablo Melto cuyo nacimiento de uno de sus hijos coincide con la muerte de Cobos en el Policlínico Regional, está enmarcado en otra parte no contada aun, cuál es el rol que le cupo en esa época al ex obispo de San Luis Juan Rodolfo Laise quien fuera mencionado en gran parte de los testimonios de ex presos políticos en los juicios ventilados en los Tribunales Orales y que no pudo ser citado a prestar declaración por encontrarse en Italia con certificado médico, según hicieron saber sus abogados en los Tribunales.

También ayudará a comprender cómo se vivió la situación desde la perspectiva de los Curas de la Opción por los Pobres que fueron separados de sus cargos por parte del obispo Laise, reemplazante del carismático Obispo Carlos María Cafferatta, fallecido en Rosario.

La historia de Raúl Cobos es la base para comprender los sucesos de la primavera trágica que marcó un hito de sangre en la historia de la provincia. Su historia de vida, sus pasos por la Facultad de Química de la UNSL, su familia que escapó a Europa para poder sobrevivir, aún en la actualidad no ha sido contada, ojala esta serie de obras de contenido periodístico e histórico que nace con este libro impulse a otros investigadores a contar su historia completa y ayude a acercarnos a los personajes silenciados de la época negra de la dictadura cívico militar en la provincia y en el país.

INDICE

Parte 1	19
Capítulo I:	19
Contexto: Adre, el hijo político de Sinibaldo Franco	21
Capítulo II:	45
Graciela Fiochetti, la vida y los sueños	47
Capítulo III:	63
Pedro Valentín Ledesma, maestro de campo	65
Capítulo IV:	79
Un sobreviviente: El Gringo Fernández, lechero Sandro Santana (Frejuli)	81
Parte 2	99
Capítulo V:	99
Asesinato de Cobos. Desaparición de Ledesma	101
Capítulo VI:	111
La Toma trágica	113
Capítulo VII:	127
Melto, el cura futbolista y del tercer mundo	129
Capítulo VIII:	155
Las Salinas, secreto en las parvas	157
Capítulo IX:	171
El regreso de Graciela	173
Capítulo X:	177
El juicio y las condenas	179
Conclusiones	183

Fotos y Documentos	197
---------------------------------	------------

PARTE 1

CAPITULO I

Contexto

Adre, el hijo político de Sinibaldo Franco

Los peronistas, con sus matices bien diferenciados y sus contras ideológicas lo eligieron gobernador a Elías Adre el 11 de marzo de 1973. Asumió el cargo el 25 de mayo. En el acto de asunción en la Casa de Gobierno (Hoy Palacio de Justicia) estaban todos juntos: Montoneros y dirigentes del Trasvasamiento Generacional, Revolucionarios, Históricos, Sindicalistas, Unidades Básicas, Mujeres y Jóvenes.

Adre, había nacido en Concarán en 1920. Fue intendente de su pueblo entre 1950 y 1952 año que asumió como diputado provincial por el Departamento Chacabuco.

Había heredado el mandato dado casi en el lecho de muerte por el veterano dirigente Sinibaldo Franco, quien había sido un cuadro de mucha llegada al mismo Juan Perón a quien fue a visitar a Puerta de Hierro en los años setenta llevándole una carta de los Montoneros. El escrito iba escondido en un “embute” de su bota, y los revolucionarios le pedían al líder instrucciones para la resistencia armada contra la dictadura. Perón los alentó a seguir luchando contra la dictadura y envió fotos con su firma y dedicatoria a algunos personajes.

Franco, que tenía problemas cardíacos y contaba en su haber con algún infarto, murió en Paso Grande, Departamento San Martín en la casa de una militante de la zona que luego fue legisladora provincial, Gregoria (Goya) de Barroso. Se descompuso en un acto y murió de un paro cardíaco. Su hijo Carlos que lo acompañaba siempre a las giras por la provincia, contó que su papá iba a ser el gobernador de la provincia y que Perón lo había “bendecido” con su apoyo.

Tras la muerte de Franco, Adre comenzó desde ese episodio a girar por toda la provincia como el único candidato a gobernador por

el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) y ganó. Su amplio caudal electoral estaba basado en el interior de la provincia y dirigentes revolucionarios de Capital y Villa Mercedes lo apoyaron en las periferias de las dos principales ciudades de la provincia lo que le valió un triunfo histórico ya que era la primera vez que un político del interior llegaba a la gobernación.

Entre La Toma y Santa Rosa del Conlara, Adre se posicionaba como el líder del Valle del Conlara con mayores posibilidades de triunfar. Sin embargo en la capital puntana, algunos peronistas históricos no veían en el “Turco” condiciones de liderazgo y a pesar de esos cuestionamientos lo apoyaron.

También se encolumnaron jóvenes de todos esos pueblos que trabajaron para su campaña y algunos formaron parte de su gobierno con pequeñas funciones.

Frente a la imposibilidad del regreso de Perón al país, Héctor José Cámpora y su compañero de fórmula Solano Lima, también ganaron la presidencia a nivel nacional.

El clima político del país, en el marco de incursiones de Montoneros y otros grupos guerrilleros entre los que se destacaba también el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), fue originando tensión dentro y fuera del Movimiento Justicialista.

En el interior del país también los electos gobernadores provenían de distintos sectores. Del total obtenido por el peronismo 6 de ellos fueron apoyados por los jóvenes revolucionarios entre los que se ubicaron: Ricardo Obregón Cano de Córdoba, Miguel Ragone de Salta, Alberto Martínez Bacca de Mendoza, Jorge Cepernic de Santa Cruz, Antenor Gauna de Formosa, Oscar Raúl Bidegain de Buenos Aires y el propio Adre de San Luis.

Adre desarrolló su política de gobierno pensando en el interior adonde llevó obras públicas muy importantes y desarrolló una estrategia para industrializar a la provincia.

Junto a los gobernadores de La Rioja, Carlos Menem, de Catamarca, Hugo Alberto Mott, Adre firmó el Acta de Reparación Histórica con el Gobierno Nacional lo que le permitió a esas tres provincias radicar industrias con beneficios impositivos.

Esa gestión posicionó a la provincia con un perfil que quedó en suspenso por la dictadura pero que fue reflatado durante el último período del gobierno militar (por el Brigadier Hugo Di Rissio) y por el gobierno peronista elegido en 1983 liderado por Adolfo Rodríguez Saa que posicionó a la provincia a nivel nacional.

Tras el regreso de Perón al país, las tensiones entre los grupos radicalizados de Montoneros y el propio líder se cortaron violentamente desde el 1 de mayo de 1974 cuando Perón expulsó a los revolucionarios de Plaza de Mayo.

Las repercusiones en la provincia también se hicieron sentir. Hubo cambios en el gabinete provincial. Se produjo el alejamiento de Julio Evertó “Run Run” Suárez, uno de los principales referentes del peronismo revolucionario en el gobierno y otros funcionarios aliados formaron, el Partido Peronista Auténtico.

Dos años después de la asunción, Adre pronunciaba su discurso ante la Legislatura de la provincia el 25 de mayo de 1975 para rendir cuentas de su gestión y dar por iniciado el período de sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados.

Cuando se refirió al Ministerio de Gobierno y Educación y se extendió en un párrafo dedicado a la Jefatura de Policía, Adre dijo:

“El objetivo referido al orden y la seguridad de la comunidad se halla cabalmente cumplida, ello a través de la Jefatura de Policía como órgano natural de aplicación. Repartición que además desplegó una incesante tarea de rastreo, reconocimiento e inspecciones en toda la provincia en prevención de la guerrilla. Preocupación ésta también permanente de este Gobierno por estar ello ligado con el orden, la tranquilidad y la paz que se desea brindar a toda la población”.

Ese párrafo describía realmente las tensiones que se vivían en la época y eso ya quedaba impactado oficialmente como una preocupación de Estado. La policía realizaba inspecciones, la cada vez más penetrante incursión de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) creada por López Rega, Ministro de Bienestar Social a sabiendas de Perón antes de su muerte, conformaban un escenario de duros enfrentamientos entre los sectores revolucionarios y reaccionarios dentro del peronismo.

Muerto Perón y asumido el gobierno por su esposa Isabel Martínez, el poder de López Rega y la formación paramilitar de las Tres A van tomando el poder en sus manos.

Adre fue el único que pudo gobernar hasta el setenta y seis cuando llegó la dictadura cívico militar. Los otros gobernadores apoyados por los sectores revolucionarios o renunciaron o fueron intervenidos. Al llegar los militares, Adre fue detenido y encarcelado.

Vida de estudiantes

La llegada a San Luis desde cualquier punto del país siempre fue traumática para los jóvenes que se aventuraban a explorar estas tierras. Lo fue incluso desde la época de la colonia. Los españoles de Santiago de Chile que cruzaban a Buenos Aires necesitaron fundar una villa-paraje en estas tierras.

Los primeros vinieron en la búsqueda de indígenas para ser utilizados como esclavos en las minas de Chile.

El Cabildo de San Luis fue el primero en adherir al Cabildo de Mayo luego de la revolución y también fue, pueblo cárcel porque aquí nadie se animaría a escapar al no haber nada cerca y porque huir sería más arriesgado al ser atrapados por los indígenas.

En la década del sesenta y setenta la ciudad tenía trazo todavía de pueblo grande. Rodeado de cuatro avenidas y todo lo que existía fuera de ese cuadrado era suburbio, con quintas y chacras alrededor, criaderos

de mulas, ganados, y campos con jarillares que desde los altos de las sierras iban tornándose azulados como el mar hasta perderse en el horizonte.

Un plano realizado a mano de comienzos de 1900 describe a un pueblo pequeño asentado en el llano y protegido por las sierras y alrededor centenares de quintas y chacras donde se producía todo tipo de hortalizas y frutales. También se observan canales de riego que bajaban de las sierras.

La zona serrana siempre fue visitada por los turistas de varios puntos del país, especialmente bonaerenses y mendocinos.

Por su ubicación entre las sierras y el llano, en zona semidesértica, es fría en invierno con temperaturas que llegan a bajo cero y precipitaciones con nevadas y caluroso en verano. En agosto es muy típico porque es el mes de los vientos del norte y también del sureste, las influencias del Pampero que localmente se llama “Chorrillero”.

En los setenta la ciudad tenía poco más de cincuenta mil habitantes,¹ sus calles mayoritariamente de tierra y entonces nadie se preocupaba por limpiarlas, carentes de árboles porque a un ex intendente militar se le ocurrió arrancarlos a todos. En los días de fiestas patrias los cordones de las calles se pintaban blancos a la cal.

Para cualquier joven estudiante que llegara a la terminal el paisaje de la ciudad-pueblo se hacía más patético. Si llegaban en micro de la firma TAC desde Mendoza o San Rafael, la pizzería “el Rincón de la boca”, era la primera escala aduanera que los chicos y chicas encontraban de puerta de entrada.

¹ Después de 151 años, en 1970, la ciudad de San Luis era habitada por 50.416 personas y comenzó la expansión hacia las afueras con la construcción de viviendas. Diez años después, la cantidad de habitantes llegó a 70.632, y un total de 17.003 viviendas.

Población de La Toma en 1970: 3131 habitantes

Otros datos: en el año 1991 era marcado el crecimiento de la ciudad, que contaba con 110.136 habitantes y 24.235 viviendas. La población empezaba a crecer fuera de ‘las cuatro avenidas’. El Censo de 2001 determinó que la capital puntana registraba 153.322 habitantes y 40.745 viviendas, distribuidas en un territorio más amplio.

Ese era un reducto de borrachos y trasnochados que se la pasaban toda la noche tirados en sucios bancos de madera dejando pasar el tiempo. Esperando a chicas livianas de ropa interior que eran llevadas a la comisaría de la misma terminal para pasar la noche y acompañar al guardia.

Si se animaban podían pedir una muzzarella o una especial que el mozo, palillo en boca se las servía. El impacto era mayor cuando llegaban aguantándose mil doscientos kilómetros desde Río Negro, hacer escala en Santa Rosa de la Pampa y rogar que el micro llegara a tiempo y los dejaran ir al baño. Hoy el edificio de la terminal antigua fue modernizado y convertido en un centro municipal con atención al público para descentralizar el edificio de calle San Martín y Belgrano, sede de la Municipalidad. Lleva el nombre del ex gobernador Desarrollista Alberto Domeniconi. (MID).

La vieja terminal estaba delante de las ruinas de la vieja estación de trenes que luego fue destruida y allí se levantó el actual edificio del Rectorado de la UNSL, el Auditorio (Mauricio López), el Microcine y el parque hasta la Avenida Italia, que antes era de doble mano. La terminal actual es moderna con un diseño de avanzada en el país y con actividad comercial como un Shopping con escalera mecánica y ascensores y la estructura tipo burbuja se ve desde varios kilómetros como dibujada delante de las sierras.

En el viejo edificio existían los viejos taxis amarillos y negros que se escondían tras las barbas de algún pimiento (Aguaribay) descascarado que había en la Avenida España, si tenían la suerte que el chofer estaba despierto, los acercaban hasta alguna pensión.

Los hermanos “Garcés” que tenían taxis, eran peronistas y sindicalistas, también invitaban si querían a pasar una noche en la famosa Residencial 17, al frente de la terminal.

Si no, tenían que caminar las cuadras que necesitaran los estudiantes con la valija a cuestas y alguna caja de encomienda de regalo cargada con conservas de tomate triturado y al natural o aceitunas si llegaban

de Mendoza, algunos fiambres o quesos, si eran de Santa Fe o Córdoba y muy raramente algún trozo de carne a la llama de algún campo pampeano.

Los estudiantes provenían de varios puntos del país y los menos eran puntanos que por diversas razones no podían viajar a “la docta” Córdoba o a otra provincia. Así se fue formando una población interprovincial juvenil de interesantes rasgos culturales, sociales y económicos, muy distintos de lo acostumbrado al pueblo conservador de los puntanos tradicionales para los que el universitario tenía otros códigos, usos y costumbres.

El año 1969 fue importante para la vida universitaria del país. Fue el año en que la mayoría de la juventud estaba identificada con una causa política dispuesta a todo para que la dictadura del General Juan Carlos Onganía dejara el poder. Fue el año del Cordobazo, donde obreros y estudiantes se unieron contra los militares un 29 de mayo, Día del Ejército.

“Obreros, estudiantes, juntos adelante” se convirtió en un lema mucho más significativo que una frase.

También aquí los chicos tiraban “bolitas” para que rodaran los caballos de la policía montada en la esquina de Mitre y Pedernera en señal de protesta.

Las asambleas universitarias dividían sus aguas con una **“Tendencia Revolucionaria Peronista”** a punto de organizarse y un **“Trasvasamiento Generacional Peronista”**, inspirado en parte de un Movimiento Integralista nacido en Córdoba donde había Cristianos y Revolucionarios que luego se dividirían.

También estaban los estudiantes que adherían al Movimiento Reformista a los que se sumaban algunos socialistas y simpatizantes de la izquierda.

En el Movimiento Reformista, que llegó un poco más tarde de lo que pensaban algunos adherentes, se alistaban los estudiantes que habían

llegado desde Mendoza, Alberto Puchmuller que estudiaba Química y Germán Arias que estudiaba Psicología.

El Chango Arias recordó que su papá era militante de ese movimiento que gravitaba en Mendoza como partido político y que había sido compañero allí de Mauricio López (futuro Rector).

Otra alumna puntana de psicología, Ethel García, que comenzó sus estudios en 1969, fue una de las fundadoras de la Agrupación Radical Franja Morada que ganó la primera elección en los centros de estudiantes de la época venciendo a los peronistas.

El deporte estaba vinculado a la vida política y especialmente el fútbol catalizaba los procesos de discusión ideológica de manera más acalorada. Los lugares visibles de esa efervescencia deportiva-política eran el Comedor Universitario de calle Bolívar y el Aula Magna en el edificio de Chacabuco y Pedernera. Las pensiones universitarias eran generalmente casonas que las familias de San Luis ponían a disposición de los chicos y chicas que llegaban desde distintos puntos del país y que en parte pagaba la Universidad Nacional de Cuyo, que además alquilaba otras dependencias para dictar clases.

Este escenario convirtió a esta ciudad en epicentro de reuniones interprovinciales de alumnos que estudiaban las carreras de Física, Química, Farmacia y las de Pedagogía y Psicología.

En los veranos, se transformaba la ciudad de San Luis en el pueblo grande que ya era, sin la intensa vida juvenil universitaria que acostumbraba a pintarla con colores juveniles y a mover la modorra con sonidos multiculturales.

El fútbol, las pensiones y la política

Algunas de las pensiones más conocidas originaron los nombres de los equipos de fútbol más famosos de la liga universitaria, que al juzgar

de algunos ex jugadores como el Farmacéutico José Antonio Cid, “El gallego”, el seleccionado universitario era más ganador al de la misma liga provincial.

El había llegado en el sesenta y nueve del sur de Córdoba y rápidamente se alistó en “el Rallo” junto a otros compañeros entre ellos su propio hermano. La sede era en calle Colón, donde vivían los Cid con otros compañeros.

En la Residencia Bolívar se formó “la Bolívar”, en lo que hoy es el Polideportivo de la UNSL, en otra sede de calle Lavalle se concentraba “el Oso” y en la calle Maipú se formó “La Abuela”.

Al calor de los enfrentamientos futbolísticos que se disputaban en un principio en las canchas del Colegio Don Bosco y luego en la “canchita San Juan”, se fue encendiendo paralelamente la fogata política partidaria.

Los universitarios de esa época se debatían en enfrentar la realidad y “hacer la revolución” de manera pacífica o violenta y esa discusión los fue marcando y fragmentando en grupos cada vez más monolíticos y combativos.

Poco a poco cierto sectarismo se fue profundizando. Dentro de los jóvenes peronistas los cubría una coincidencia central que era la visión nacional de la revolución, idea que los diferenciaba de los revolucionarios de izquierda que concebían una revolución primero mundial y luego de país.

Así por ejemplo existía el Movimiento Universitario Nacional (MUN) donde militaban los hermanos Juan Carlos y Alfredo Velasco, Alejandro Quintana, José Antonio el Gallego Cid, Olga Ruitort, (la ex esposa del ex gobernador de Córdoba fallecido José Manuel de la Sota), Jorge Follari, Gladys Baylac, Jorge Flores, Fernando Míngues, Jorge Gamba, Walter Merkis, Mario Osvaldo Romero entre otros conocidos.

Por su parte la Juventud Universitaria Peronista (JUP) alistaba a Valentín González, Roberto Follari, , Anibal Oliveras, Ricardo Girart,

y años después Raúl Cobos, Sandro Santana Alcaraz, Pedro Valentín Ledesma, eran expresiones muy juveniles de simpatizantes que adherían a esa tendencia y otros.

Ambas agrupaciones eran peronistas pero se comenzaron a diferenciar en que unos imaginaban “La Patria Socialista” y se identificaban ideológicamente con las vertientes de la izquierda peronista de José Cámpora y los otros del MUN llevaban el lema: “la Patria Peronista”, que se encolumnaban con Juan Domingo Perón.

Alejandro Quintana, que había nacido en Mar del Plata el 10 de febrero de 1949, llegó a San Luis luego que su papá tomó la gerencia de Coca Cola en todo Cuyo. Un joven muy educado de las típicas familias de clase media de la Capital Federal en el seno de la cual había peronistas y no peronistas.

El egresado del Colegio Nacional Buenos Aires que había compartido estudios con Mario Eduardo Firmenich y Abal Medina provenientes de las corrientes católicas, venía con experiencia militante desde la secundaria con tendencias progresistas.

Había militado para la conformación del Centro de Estudiantes del Nacional Buenos Aires y cuando tenía 17 años, la Policía Federal reprimió una asamblea de su grupo que se reunían en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA, en la Manzana de las Luces, a la vuelta del Nacional Buenos Aires y se pasó una noche en la comisaría más cercana de la Policía Federal, en lo que se conoció como “la Noche de los bastones largos”.

Lo metieron en cárcel por casualidad cuando la Infantería de la Policía Federal los allano, cerraron las puertas y sacaron detenidos a todos los que estaban en esa reunión.

- “Empecé a entender que no todo era gratis. Que había costos en la militancia política y uno de esos era la cárcel”, decía Quintana.

En el sesenta y ocho, se inscribió en la carrera de Química en la entonces facultad dependiente de la Universidad Nacional de Cuyo y compartió departamento con el mendocino Daniel Mosso.

El primer año se dedicó al estudio y ya en el sesenta y nueve comenzó a militar en el centro de estudiantes junto a Alberto Puchmuller, German Chango Arias, Aníbal Lentini, defensores de los principios de la Reforma Universitaria de 1918 y a tomar contacto con los peronistas del Integralismo entre los que estaban Alberto “Tochi” Moreno, Jorge Follari, Jorge Gamba y El “Negro” Villegas. Estos últimos tenían un perfil mas definido.

En mayo del sesenta y nueve la actividad política se profundizó. Todos los militantes estaban unidos en el eje de que se fuera la dictadura de Onganía.

En el setenta el MUN nació a través de la reunión de amigos con objetivos comunes. Los hermanos Velasco, El “Gallego Romero”, Valentín González que luego pasó a la Tendencia Revolucionaria, Lucio Olmedo, fue el núcleo creador del MUN.

- “Las bases estaban asentadas en las posiciones nacionales que hicieran eje en una política universitaria tendiente a ligar las banderas históricas de justicia social y soberanía política”.

- “Pensábamos que se habían agotado las banderas que inspiraron la Reforma del 18 que sirvió para una Argentina y una universidad de otro momento”, esa era la discusión que los separaba de las tendencias de izquierda.

- “queríamos que se apostara a un desarrollo científico tecnológico propio asentado en las bases de las políticas peronistas”.

Los compañeros de Quintana comenzaron a elaborar una red de agrupaciones estudiantiles ligadas al peronismo de otras provincias. En Mendoza coincidieron en los mismos principios y expresiones otros universitarios que conformaron el MEN (Movimiento Estudiantil Nacional) donde se encolumnaban entre otros Roberto Roitman, Kicho Toyama (de padre japonés y madre brasileña), Juan Carlos Mazzon “el chueco”, Raúl Morcos, Arturo “Tucho” Somosa, que llegó a ser vice rector de la Universidad Nacional de Cuyo, la pareja Alberto Flamarique y Cristina Zucardi.

Años después, porque era más joven, se sumó José Luis “Chupete” Manzano. La red se extendía a San Juan con jóvenes como el ex gobernador de esa provincia José Luis Gioja.

Posteriormente se vincularon al Frente Estudiantil Nacional (FEN) que gravitaba en Buenos Aires con el máximo dirigente Roberto Gravois y con agrupaciones de Rosario y Córdoba. En la “docta” comenzaba a militar en esa época de 1971 el futuro gobernador José Manuel de la Sota.

Durante el setenta y uno y setenta y dos quedó constituido así un esquema de juventud universitaria a nivel nacional enlazado por provincias que nacionalmente se conocía como el FEM.

En el marco de la dictadura el peronismo tenía una estructura inorgánica. Los universitarios de esta corriente tomaron contacto con los cuadros políticos provinciales y nacionales.

Así se conocieron con el dirigente Alejandro Álvarez, “el gordo” que provenía de la Resistencia Peronista y con fuertes incidencias en la vida gremial. El Gallego Álvarez tenía 13 años más que los jóvenes del MUN. Había conformado el movimiento entre el sesenta y dos y sesenta y tres con los gremios, inspirador de Guardia de Hierro y en contacto con Raimundo Ongaro, un tradicional peronista de la CGT de los Argentinos.

Ese grupo se había desarrollado más profundamente en la juventud sindical pero no tenían una representación universitaria. El FEM sirvió a Guardia de Hierro de brazo universitario. Los jóvenes peronistas comenzaron a “reclutar” a jóvenes militantes de los barrios a los que llegaban tocando timbre o golpeando la puerta de sus casas y a “encuadrarlos” en el movimiento.

Ya en el setenta y tres, se conformó la organización Única de Trasvasamiento Generacional, sobre el planteo de Perón de desarrollar un proceso gradual de recambio de dirigentes. La conducción nacional estaba comandada por el Gallego Álvarez. El segundo lugar estaba ocupado por el dirigente estudiantil Gravois, por la Agrupación Rosario

estaba Cardin Ceballos, por Córdoba Lorenzo Gatica (aunque era de Villa Mercedes) y el salteño Pedro González. Esta red se extendió prácticamente en todos los distritos del país.

Luego se fue estructurando el sistema de Regionales. San Luis, Mendoza y San Juan conformaron la Región Cuyo.

El 12 de marzo del setenta y tres Alejandro Quintana con 24 años recién cumplidos fue enviado a la Capital Federal con la misión de hacerse cargo de la organización juvenil de esta agrupación en todo el país. Así se constituyeron las Brigadas de Juventud Peronista. En la Capital Federal ya casado, trabajó en una comisión de medio ambiente de la Capital. Quintana estaba listo para subir al charter de Alitalia que viajaría a Europa a buscar al general Perón. Se quedó con las ganas porque hubo un error en la numeración de su pasaporte y documento.

Ambos grupos, Tendencia Revolucionaria- Montoneros y los del MUN y FEM, tenían una férrea organización tipo pirámide, bien verticalista. Era corriente el uso de términos como “**encuadramiento**”, que era el acto de reclutar estudiantes para la militancia.

O la “**Vagina militancia**”, que consistía en conquistar sexualmente a una chica compañera y luego agregarla a la lista de militante. El “**levante**” no era tan sencillo. Había que tener formación intelectual, buena oralidad y la ropa ni los perfumes importaban mucho.

Igualmente ese tipo de prácticas políticas machistas de esa época son inconcebibles aplicarlas en estos tiempos por los avances en el reconocimiento a mayores derechos civiles y de igualdad de género. Esos métodos hoy significarían seguramente una derrota a quienes las aplicaren porque serían rechazadas de plano.

Esos avances han hecho visibilizar a otros colectivos antes perseguidos por la sociedad y cuanto más visibles sean mejor calidad democrática habrá en un país con una sociedad más inclusiva.

A veces las discusiones ideológicas y metodológicas eran acaloradas en el Aula Magna ubicada en Chacabuco y Pedernera y los cruces

entre las barras a veces terminaban a las trompadas. Dentro del marco ideológico más radicalizado o más cerca de la izquierda, también existían diferencias entre los que luego se alistaron en Montoneros y los comunistas y socialistas que venían batallando en sus respectivos movimientos.

La izquierda representada por esos sectores tenían una visión soviética mundial de la revolución y esa idea los diferenciaba de los peronistas de izquierda que veían una revolución con características y bases nacionales con “liberación nacional” primero en el marco de un contexto social y político más amplio y por ello adherían a Perón que en ese momento les daba esa cobertura nacionalista.

A su vez, todos eran “anti imperialistas” en el concepto representativo del dominador del capitalismo del mundo, Estados Unidos.

En épocas de campañas electorales chicas y muchachos salían de pegatinas por la ciudad y muchas veces tuvieron que guardar la brocha y el alquitrán porque pasaba una patrulla. Algunas parejitas simulaban la urgencia de un abrazo, al calor del abrigo para no ser tomados de sospechosos e ir en cana, aunque en la época todos estaban marcados de alguna u otra manera.

Por momentos el movimiento estudiantil parecía menos fragmentado entonces cuando había protestas se armaban los denominados “actos relámpagos” que consistían en concentrarse de manera repentina en cualquier esquina durante cinco minutos, para no darle tiempo a la policía a reprimir.

Los cuadros barriales reunían a la gente, de la nada aparecían los encargados de las gomas viejas de autos, los fabricantes de miguelitos y las “molotov” que se fabricaban caseramente con una botella de gaseosa, nafta y estopa de mecha, se encendían y arrojaban contra alguna pared para que explotaran.

Se panfleteaba y los militantes desaparecían del lugar. A veces en alguna manifestación, la policía comenzó a tener información previa,

infiltrando gente entre los alumnos. Cuando iban a algún acto las medidas de seguridad estaban tomadas. Comenzaba la represión con palos, cachiporras y hasta con camiones de bomberos.

Un día bajaron al bombero que arrojaba agua a presión de un ladrillazo en la cabeza. Algunos fueron detenidos, pero uno de los hermanos Garcés que era abogado presentó un Habeas Corpus y el detenido fue liberado.

El comedor universitario de la calle Bolívar era una casona perteneciente a la familia Gatto, que la alquiló a la entonces Universidad Nacional de Cuyo para que funcionara el comedor.

El lugar atesoraba los recuerdos de las primeras generaciones de universitarios que se agrupaban para almorzar y cenar. Se trabajaba de lunes a lunes de manera que el personal dedicado a la tarea tenía turnos rotativos.

La pesada puerta de ingreso con picaporte-mango transversal de bronce, daba lugar a un zaguán, durante las primeras épocas ese pasillo daba directamente al patio trasero, pero luego se techó y dejó una galería que amplió las prestaciones y mesas.

Contra el sector lateral izquierdo estaba la peluquería que fue atendida primeramente por Don “Chicho La Vía”, reemplazado luego por Don Jorge D’ Amico, padre de toda una generación completa de hijos que trabajan actualmente en la UNSL.

Luego hubo al lado una sala de lectura que contenía los diarios y revistas de la época. La cantina era atendida por Don Feliciano Melo y la cocina estaba a cargo de un mendocino Alberto Silva que era Jefe del área y luego secundado por Gerardo Sosa.

El Comedor de calle Bolívar era un centro muy importante para la vida universitaria de entonces y contaba con una extensa lista de personal entre los que figuraban: Natalia Gómez, Jabel Valdez, Víctor Aguilera, Leandro Muñoz, Tránsito Celi, Julio Oscar Aguilera, Pedro Magallanes, Alfredo Vicetti, Olga Gómez, Carmen Lucero, Guillermo D’Amicco,

Jorge “el Negro” Fernández, María Brito, Antonio Pellegrino, Oscar Pellegrino, Payero Marta, entre otros.

El menú no distaba del que se prepara en la actualidad, con un equilibrio nutricional estudiado, rico en proteínas, hidratos de carbono y vitaminas. Los sábados era muy apetecido el plato de las costeletas con huevo frito y papitas doradas al horno, que podía repetirse.

Un día hubo sublevación de estudiantes porque a los cocineros se les había ido la mano con los porotos y algunos **“exagerados”** habían encontrado la lechuga mal lavada. Ese día todos retiraron la bandeja con la comida y salieron en masa a comer a la calle Bolívar que quedó cortada por la protesta estudiantil. Chicas y muchachos tomaron asiento en el cordón de la vereda y otros en la misma calle.

En la esquina de calle Colón y Bolívar, estaba instalada la agencia de ventas de autos Dovecar, con un salón de exhibición de las nuevas unidades de Fiat llegadas a San Luis, atendida por el villa dolorense Arturo Jesús Negri (quien fuera diputado nacional por la UCR en la época de Raúl Alfonsín y luego funcionario de Adolfo Rodríguez Saa, ex gobernador) que acentuaba esdrújulizando algunas palabras, lo que caracteriza a los pueblerinos (Villa Dolores) de la zona del Comechingones, con esos saltitos característicos en la pronunciación.

Más adelante por la misma Colón estaban los salones de los autos usados y talleres de reparación. Los fondos daban contra una medianera de la cancha de Básquet del Comedor Universitario. En la esquina de Colón y Las Heras, funcionaba una de las panaderías más tradicionales de San Luis: Odicino, que no solo amasaba sino que tenía hornos propios y además en la vieja casona ofrecía pensión de chicas universitarias.

Una de las mujeres Odicino, se casó con el dirigente peronista Alfredo “Negro” Morel, que militó en el Peronismo Revolucionario y llegó a ser senador provincial y después murió.

Algunos fines de semana siempre había baile donde los músicos de la época como Play Boy y 5ta Generación, hacían mover a todos los

estudiantes. En esa época eran muy pocos los docentes que visitaban el lugar que era más juvenil que en la actualidad.

En 1970 los Beatles anunciaron que el “sueño había terminado” y con ellos comenzaban a disiparse los ecos de toda una década y de un período creativo fundamental en la historia. Ya nada sería igual. Musicalmente el sendero trazado por los Beatles (quienes influenciaron a todo lo que sobrevendría) generaron corrientes musicales diversas: el “Hard Rock” (o rock pesado) de la mano de Led Zeppelin y Deep Purple, tras la muerte de Hendrix, Morrison, Joplin y Brian Jones, ocurridas en un trágico 1970.

Los alumnos tenían en el comedor un lugar de encuentro, distensión y amistad fuera de las clases y poco a poco se fue convirtiendo en lugar de militancia. En la cartelera del zaguán de entrada pendían cartelitos de todo tipo incluso algunos de subido tono de broma.

La casona de techos altos, con cielo rasos de cartón prensado haciendo bombee con el tiempo, tenía columnas circulares de hierro forjado. Al fondo, una puerta daba a un gigantesco terreno con canchita de fútbol y de básquet hacia el final.

Los baños de hombres y mujeres eran precarios. En momentos de campaña electoral, el comedor universitario de la Bolívar se convertía en un cotillón gigantesco, con guirnaldas que pendían de los techos, pasa manos en las columnas, pintadas en las paredes con los colores característicos que identificaban a cada agrupación.

El 11 de septiembre de 1973 cuando cayó Salvador Allende en Santiago de Chile, los partidos de izquierda que eran marxistas-leninistas y los anarquistas colocaron carteles con guerrilleros con los fusiles empuñados a lo alto, como señal de adhesión a la lucha socialista contra el cruel dictador Augusto Pinochet.

Al día siguiente en los fusiles aparecieron colgados algunos corpiños y dibujos de penes en la bragueta de los valientes guerreros. La broma, originó tal revuelo en toda la universidad que hasta se convocó a

claustro especialmente para desagaviar a las agrupaciones de izquierda ofendidas.

En el comedor se almorzaba y cenaba muy bien. Costaba \$ 3300 (Moneda Nacional) el ticket del mes, la quincena \$ 1750 de entonces y siempre se podía repetir un menú. Los jueves a la noche había asado con todo el personal no docente y los sábados costeletas con huevo.

El vino Toro era infaltable y se guardaba en la heladera que administraba celosamente Don Melo. Los miércoles en general se comía temprano porque los universitarios que podían iban al cine. Los tres que había en la época eran el Roma y el Rex, ubicados frente a frente en lo que hoy es una iglesia (Roma) y un casino (el Rex) y el Cine Opera de la Familia Canta en calle San Martín convertido en casino tragamonedas.

En el Roma trabajaba de acomodador Miguel Pellegrini que estudiaba y laburaba entonces a los chicos les salía más barato.

También en el cine Roma el administrador fue por 17 años el ex sacerdote Pablo Melto que llegó a San Luis en 1970 y que luego de una persecución ideológica del obispo abandonó el sacerdocio y se dedicó a trabajar en la docencia y por su cuenta. (Ver capítulo especial dedicado a Melto).

Los días transcurrían en un ambiente juvenil efervescente, de mucha militancia pero también de fiesta y disfrute. Los sábados por la noche siempre había una banda tocando música de la época. Los dos grupos que más destacaban eran los Play Boys, que imitaban los temas del momento de Litto Nebia con La Balsa y Quinta Generación.

Las chicas usaban jeans Levis casi todo el tiempo, remeritas en verano y camisolas. Eran las épocas de los pantalones Oxford con bota manga ancha. Se usaban lentes para sol muy redondos y grandes que cubrían casi toda la cara.

En el comedor hasta se programaban casamientos y cumpleaños entre los propios alumnos. La vida universitaria formó muchos

matrimonios de la actualidad, fruto de la militancia, las fiestas, tomas de la facultad y la Escuela Normal Juan Pascual Pringles y los viajes de los propios cuadros y militantes cuando participaban de actos políticos en el interior y viajaban en colectivos.

Muchos de esos jóvenes universitarios se hicieron a la vida de padres prematuros, sin nada de experiencia. Hasta en la forma de hacer el sexo se diferenciaban los grupos. Algunos, influenciados por la ola hippie de los años 60 y que en Argentina llegó una década después, tener sexo cuando fuera la ocasión no era una cuestión de inmoralidad ni descalificaba la importancia del militante a la hora del trabajo político.

Otros, más cerca de la moralina tradicional, practicaban el sexo puertas adentro, en las pensiones o en sus casas y tampoco vivían culpándose sobre sus conductas frente al sexo opuesto, aunque era más discreto.

La Casona, ex comedor, sirvió durante otros años más como lugar para la práctica de deportes de los universitarios y alumnos de la Escuela Normal Mixta, hasta que se construyó el Polideportivo Universitario de calle Lavalle.

El Comedor universitario de calle Bolívar luego fue cerrado y se abrió uno moderno y nuevo que comenzó a funcionar en la calle Rivadavia, donde actualmente brinda su servicio a la comunidad universitaria.

Fue inaugurado en septiembre de 1975 durante el Rectorado del primer secuestrado y desaparecido Mauricio López de la recientemente creada Universidad Nacional de San Luis y el primer Secretario de Asuntos Estudiantiles fue el extinto Licenciado Alberto Puchmüller, también ex rector.

Alberto Puchmüller, un joven, alto, rubio y de anteojos, descendiente de alemanes que había llegado de Mendoza a estudiar Química y que muy pronto comenzó a militar en la juventud reformista.

Su más estrecho colaborador era Guillermo Lucero que finalmente se jubiló siendo Director del Hogar y Club.

Otros presidentes fueron Moreschi, Bertín, Saad, Lucero, Zirulnik, Hipojorski y el brigadier Fernández. En esas oficinas trabajaban Santiago Sosa en el área contable y Carlos Araniz en lo administrativo, Quique Fernández, Mario Lucero, Antonio Martínez, Juan José Sosa, Jorge Luis Guzmán.

En otra etapa, en el nuevo comedor, comenzaron a construirse tres pisos que iban a ser destinados a residencia, pero luego por falta de espacio para estudiar se convirtieron en aulas. En una de esas salas más grandes ensayaba el Coro Universitario.

El nuevo rector López tenía muy claro el pensamiento político-religioso en general y en sus escritos publicados en el exterior había profundizado su mirada en el rol que debía tener el movimiento estudiantil en los años setenta en el marco de la situación ideológica mundial y que repercutía en América Latina.

Uno de los recopiladores de esos documentos realizó un trabajo de investigación que tituló: ***“Los escritos de Mauricio López en el extranjero (1955 y 1969)”*** Fundamentos en Humanidades, vol. XI, núm. 21, 2010, pp. 101-120 Paredes, Alejandro (3). UNSL.

Mauricio López plantea tres estilos de actuar de las universidades frente a los grandes cambios sociales que enfrentaba América Latina desde mediados de los cincuenta:

A la primera la llamó la actitud de Torre de Marfil, que busca separar a la universidad de las preocupaciones del mundo que la rodea procurando realizar una ciencia “objetiva”, sin contaminaciones del exterior. Además de la imposibilidad real de realizar tal cometido, este tipo de universidad produce un egresado sin herramientas eficaces para ayudar a su pueblo.

La segunda es la Actitud Militante al servicio del poder dominante en su sociedad que pone fin a la universidad como centro de diseminación de conocimiento ya que inhibe su capacidad de someter las teorías a un examen crítico. La academia se convierte así en una especie de espejo de la crisis externa y un foro para las doctrinas de los sistemas dominantes.

La tercera actitud es la de Participación en la que la universidad no se aísla de la sociedad pero tampoco sede a las presiones de los grupos sociales o del poder estatal. De este modo analiza todas las doctrinas con pretensiones de verdad con igual atención. Esta tercera actitud será la apoyada por López ya que cree que el poder estatal debe evitar caer en una intromisión autoritaria que exceda a su intervención genuina y suprima las libertades de iniciativa de las instituciones sociales. Como un defensor acérrimo de la autonomía universitaria, afirmará:

“La condición esencial de la vida espiritual es la libertad. Si ésta falta (hablamos de libertad política) no hay ni educación ni cultura. La libertad de enseñar, entonces, constituye uno de los pilares de la grandeza nacional; caso contrario, cae en la uniformidad de la producción de un tipo, que nivela todo y no ennoblece nada. La libertad en cuestión, sin embargo, es una libertad responsable que no tiene nada en común con la naturaleza anárquica del individualismo burgués” (López, 1954).

Aunque esta reflexión puede pensarse que Mauricio López la realizó luego de la Noche de los Bastones Largos de 1966; la escribió mucho antes, en 1954, viendo la fuerte injerencia del peronismo en las altas casas de estudio. Su relación con el peronismo fue de aceptación de sus logros referidos a las conquistas sociales pero también de crítica ante la intolerancia frente a la oposición política.

Sostiene Alejandro Paredes en su trabajo de investigación.

En 1958 cuando Arturo Frondizi asumió la presidencia y en un principio se creyó que esto permitiría la apertura política al peronismo. López escribió:

“El experimento peronista, que indudablemente hizo mucho para levantar el nivel de vida del proletariado y darles un sentido de la participación en la vida política, también sofocó otras expresiones de la vida de la comunidad y provocó una división profunda entre la gente. Ahora varios elementos en la lucha, con sus heridas casi cicatrizadas, comienzan a mirar, más allá de sus propios intereses egoístas, al bienestar total de la República.

Los argentinos estamos viendo otra vez la cara ambigua de la esperanza, y entramos, creo sinceramente, en un diálogo fraternal que está obligado

a ser fructífero” (López, 1958: 86). Por supuesto, este optimismo inicial sobre una democratización plena de la Argentina se verá rápidamente frustrado, ante la poca capacidad del gobierno para legalizar el peronismo, los 26 planteos militares que sufrió la presidencia, los 6 intentos de golpe de estado y finalmente su derrocamiento.

La cercanía de López al peronismo permitió que tuviera amistad con personalidades como Rodolfo Puiggrós (quien en 1973 fue nombrado Rector de la “Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires” como entonces se llamaba la Universidad de Buenos Aires).

Además del rol de la universidad como institución, Mauricio López también analizó el rol político de los estudiantes universitarios. Para cuando realiza el análisis (1959) la impronta del movimiento de la reforma universitaria de 1918 aún vivía fuertemente en las agrupaciones universitarias latinoamericanas.

López dirá que en general, el activismo político estudiantil es conformado por una pequeña minoría pero que en tiempos de crisis crece exponencialmente. La actividad política estudiantil generalmente consistía en manifestar su opinión sobre un tema en particular. Estas declaraciones no tenían mucho impacto ni entre los gobernantes (porque normalmente no llegaban a conocerlas) ni en las masas. El segundo paso era una campaña de difusión a través de cartas a periódicos y carteles.

Si deseaban más repercusión los estudiantes tenían, como hoy, el recurso a huelgas, principalmente frente a asuntos directamente relacionados con la universidad. En ocasiones, los estudiantes tomaban la calle, casi siempre en colaboración con trabajadores industriales y de vez en cuando el movimiento se hacía violento.

A fines de la década de 1950 esto último había sucedido en México, Chile y Cuba. Los estudiantes durante periodos de tiranía en América Latina, han sido considerados “los guardianes del ideal de libertad y los portavoces de la gente oprimida [...] los estudiantes, como estudiantes, juegan un papel político que en otras partes del mundo ellos llevan como ciudadanos o como miembros de un partido político” (López, 1959b: 462). El autor cuyo también analiza cómo factores sociales y personales influyen en la actividad política estudiantil.

Entre los primeros los más importantes para Mauricio son: el alta estima que tiene la educación en Latinoamérica, el creciente número de estudiantes que llega desde las clases pobres y que temprano revelan una gran impaciencia por una reforma social y finalmente, el prestigio que tiene la juventud en una región donde el 45% de la población tiene menos de 15 años.

Finalmente, otro aspecto a destacar es su análisis del cristianismo y la participación política estudiantil, señala al final del trabajo Paredes.

En las universidades católicas, la estricta disciplina reducía la actividad política a un mínimo. Casi no había huelgas contra las autoridades y los problemas nacionales y políticos no eran tomados muy seriamente por los estudiantes. Sin embargo una corriente ideológica importante entre los universitarios eran las tendencias derivadas de la democracia cristiana y en el esfuerzo de un sector del catolicismo por renovarse y provocar en los estudiantes un compromiso con los problemas sociales de su país. La influencia de las iglesias evangélicas en las universidades todavía era muy limitada, aunque estaba impulsada por el movimiento de estudiantes evangélicos (SCM según sus siglas en inglés) apoyados al Consejo Mundial de Iglesias. De este modo en Brasil y en Bolivia algunos estudiantes evangélicos han logrado posiciones de importancia en las organizaciones estudiantiles; en Argentina por primera vez en la Universidad de Córdoba, un pastor Evangélico era parte activa del movimiento estudiantil y en Cuba estudiantes Protestantes han sido activos en la lucha revolucionaria (López, 1959b).

El Golpe de Estado del 76 y la Dictadura

Se inició las 0:40 del 24 de marzo de 1976. Un helicóptero de la Fuerza Aérea retiró de la Casa de Gobierno a la ex presidente María Estela Martínez de Perón. El llamado Proceso de Reorganización Nacional fue el sexto golpe militar que sufrió el país en el siglo XX.

La junta militar estaba integrada por el Teniente General Jorge Rafael Videla (Ejército) el Almirante Emilio Eduardo Massera (Marina) y el Brigadier Orlando Agosti (Aeronáutica).

En las radios del país solo se escuchaban marchas militares de todo tipo.

El operativo se venía organizando con permanentes amenazas a Isabel Martínez de Perón desde hacía un año atrás.

En el libro *El dictador* de los periodistas María Seoane y Vicente Muleiro se consigna que “Los comandantes le pidieron a Martínez de Hoz que preparara un plan económico detallado para el fin de semana previo al golpe y que se hiciera cargo del Ministerio de Economía. Puso una condición: necesitaba diez años para aplicar sus planes. Videla le prometió cinco seguros, con el total apoyo de las Fuerzas Armadas”.

Las universidades fueron intervenidas por orden de la dictadura. Desde ese día, al rector Mauricio López se le aplicó arresto domiciliario en su alojamiento de San Luis, el cual cumplió durante un mes, dispuesto por el Coronel Miguel Ángel Fernández Gez.

A partir del golpe militar, autoridades universitarias, empleados, docentes y alumnos quedaron bajo la mira del régimen. Muchos profesores y empleados fueron cesanteados y perseguidos, algunos debieron abandonar el país. Alumnos volvieron a sus provincias donde encontraron refugio ante las persecuciones por sus militancias políticas y otros fueron secuestrados, torturados y en el peor de los casos asesinados y desaparecidos.

CAPITULO II

Graciela Fiochetti

*“Podrán cortar todas las flores,
pero nunca detendrán la primavera”
(Neruda).*

La vida y los sueños

El sol aun escondía los primeros rayos de la primavera. Las sombras de la noche se colaban por entre las ramas de los pimientos que bordeaban la casilla de madera de la vieja estación.

El lugar era centro de encuentros sociales cuando el pesado tren carguero llegaba a la estación del pueblo de La Toma antes de seguir viaje al norte del Valle del Conlara, haciendo temblar las hojitas y espantar a los gorriones.

El pueblo de casas bajas “*sin nombres de mujeres en las esquinas*”, trazado desprolijamente en torno al paseo del ferrocarril, aún dormía. Las luces callejeras, que atenuaban su intensidad para dar paso al alba, se acampanaban por el movimiento arrítmico que les imprimía el aire del norte. A lo lejos, un perro despertaba al vecindario con ladridos tímidos. Cada vez más cerca, comenzó a oírse el tránsito de los motores diesel que se acercaban desde la ruta, atravesaban la avenida principal con rumbo marcado. Autos, jeeps, camiones del ejército. El chirriar de los frenos, el descenso repentino de hombres retumbando sus borceguíes en el piso, la empuñadura de los fusiles, el cierre violento de puertas. Aquella, no sería cualquier primavera.

Voy a ser doctora para curar a los negritos... en la Argentina hay muchos negritos.

A los diez años con su vocecita pueblerina y modales sencillos, Graciela Fiocchi soñaba con estudiar medicina para ayudar a los tantos niños pobres de su pueblo y de otros pueblos de la Argentina. Esos que deambulan por los clubes con las zapatillas rotas y destilan mocos por el frío de las mañanas. Los negritos de La Toma, se juntaban en la estación para ver cómo pasaba el tren o en los socavones donde los bramidos de dinamita les hacían más hueco el estómago. Niños acostumbrados a

vagar hasta la noche, de casa en casa, para alimentar el día con algo más que un mate cocido; y a regresar con la misma soledad hasta sus propias casas grises, heladas, vacías. Con padres obligadamente despreocupados de los niños por el sacrificado trabajo en las minas. Labores de hombres rudos, brazos de hierro, manos pesadas. Hombres, antes como ahora, explotados en las canteras. Hombres-esclavos-mulas, embrutecidos por el alcohol, la mala paga, y la oscuridad en la que se ocupan.

Por los hijos de esos hombres, Graciela soñaba ser médica para curarlos, protegerlos, hacerles más tierna la vida ruda del minero pueblo de La Toma. Así lo dijo durante un almuerzo familiar.

Era morochita de cabellos a los hombros y lunar pintado en la mejilla. Era aplicada y buena compañera en la escuela, obtuvo en el tercer grado escolar el segundo lugar en el cuadro de méritos debido a sus cualidades.

“Educarse para ser alguien y servir a los demás”, le decía su madre. Sentimiento peronista transmitido de generación a generación como una tradición. Llevar el testimonio para ayudar a los más necesitados, el de ser buena gente para con los *“negritos”* de las minas, los campos, las obras, los ferrocarriles. Laura se lo transmitió a Graciela. Y qué podía hacer su hija sino abrazar la idea, transformarla en su propio sentimiento y ponerlo en práctica.

En los setenta ser peronista era toda una cuestión, afiliarse al PJ era también una actitud de rebeldía. En las dictaduras de Juan Carlos Onganía y Alejandro Lanusse, no solo se había prohibido pronunciar la palabra Perón, sino que la policía detenía a los que cantaban la marcha peronista.

Muchos de los jóvenes de entonces optaron por manifestar naturalmente su rebeldía incorporándose a las filas del peronismo para intentar cambiar esa realidad injusta.

En ese peronismo se encolumnaron muchos jóvenes que imaginaban un país más equitativo, alzando las banderas de la justicia social que el mismo Perón preconizaba. La Argentina estaba inserta en un mundo

que se debatía entre el capitalismo liberal de Estados Unidos que había ganado la Segunda Guerra Mundial y el bloque comunista encabezado por la URSS. Entre esas dos potencias, era muy difícil mantenerse neutral y los políticos argentinos discutían de qué lado estar. Algunos abrazaban la idea del socialismo más extremo; otros, del capitalismo más insensible.

Perón, con mucha astucia creó y lideró un movimiento que cobijó tanto a unos como a otros. Allí convivían peronistas de derecha -alineados con la formación militarista y nacionalista del joven Perón con admiraciones a los líderes social nacionalistas europeos como Francisco Franco y Benito Mussolini y con peronistas de izquierda influenciados por los aires aventureros del Che Guevara -guerrillero de la Cuba junto a Fidel Castro-, y por el ideario de un mundo socialista más justo. Todos cabían en la mano de Perón. Jóvenes como Graciela, el Gringo Fernández, Trepín, Ledesma, Santana Alcaraz, Cobos, Angle, Ana María, Catalina Garraza y otros, de la lista de torturados o desaparecidos en la provincia de San Luis, abrazaban aquellos pensamientos idealistas para cambiar la realidad y ocupar el rol que les correspondiera dentro de ese movimiento que vio crecer a sus familias y a ellos, nacer.

¿Cómo estos chicos de pueblo, a los que el ejército de la dictadura secuestró, podrían haber imaginado lo que sucedería? Nadie en el país imaginaba la oscura noche que llegaría luego del 24 de marzo de 1976.

Si en definitiva, en ese momento y contexto argentino, los jóvenes eran formados en un clima de participación crítica dentro del esquema político que les habían construido sus padres y las generaciones mayores. Se encolumnaban en la ambición de un sistema social que fuera más equitativo, luchando contra la oligarquía explotadora de los más débiles. Una lucha de clases planteada en todo el mundo. La misma lucha que había denunciado el Martín Fierro, librada en la Argentina del siglo XIX, entre gauchos explotados contra terratenientes opresores y contra los dominadores de las armas, surgidos al crearse el Estado argentino. Por ello no era casual que, los jóvenes de los 70, se alistaran en grupos

ideológicos de lucha como Montoneros -dentro del peronismo- o como ERP -fuera de él-. En muchos casos, y luego del golpe de estado de Onganía, integrando la resistencia en guerrillas violentas o sólo desde la lucha ideológica en las periferias.

Un mundo nuevo

El origen familiar de Graciela Fiochetti vino en barco desde España. Su abuelo, Alfredo Álvarez Sánchez, nacido en Oviedo, se embarcó en 1912 hacia Argentina, como tantos otros inmigrantes que dejaban la Europa de comienzos del siglo XX buscando nuevas oportunidades. Venía contratado por una compañía inglesa que explotaba la minería, dicen dudando sus familiares, que tenía negocios en La Toma, un pueblito situado al final del ramal ferroviario de la provincia de San Luis.

Se vino enojado con el diezmo y por eso lo catalogaron de comunista. En Buenos Aires se hospedó en el Hotel de los Inmigrantes, donde eran seleccionados para ejercer distintos oficios.

Los españoles, generalmente, eran los elegidos para tareas ferroviarias. Alfredo comenzó a trabajar reparando el vagón de Sarmiento, transporte oficial del ex presidente, con el cual recorrió parte del país. En uno de esos viajes Alfredo pasó por La Toma y llegó hasta Concarán, en el corazón del Valle del Conlara. Allí conoció a María Arguëllo, quien se había criado con la familia Pérez Mercau, de buena posición económica y social, con tierras en las comarcas de La Paz, San Javier y El Manantial. Se casaron y en 1919, nació la primera hija, Laura (mamá de Graciela) el mismo año que nació Evita, en Los Toldos, provincia de Buenos Aires.

Ya había otros españoles radicados, cuando la familia Álvarez se asentó en La Toma, un pueblo que gozaba de independencia económica por su actividad minera y ganadera. Laura tenía cuatro años. Alfredo fue herrero, carpintero, ebanista. Varios de sus trabajos eran encargados por la colonia Minetti de Molinos Río de la Plata; empresa que hasta hoy

le adeuda un pago de dos mil pesos, fuertes. Para él la educación era lo único que podía formar un hombre libre y diferente, por eso inculcó en los suyos la importancia de estudiar.

Don Alfredo -así se lo nombraba- era culto, servicial, no se quedaba quieto ni en su taller, ni fuera de él. Junto a otros hombres del lugar, realizaron el diseño del primer Paseo de La Toma, que bordeaba las vías hasta la estación de Ferrocarril.

En esa época toda la actividad comercial estaba ubicada en torno al ferrocarril.

Como retribución por esa obra, el pueblo le donó un solar que él rechazó, porque consideraba que era de buen vecino y buen ciudadano servir para mejorar el lugar donde se vive. Por eso, no cobró ni un peso por su idea; porque pensaba que era un deber hacerlo.

Don Alfredo compró un cuarto de manzana en un remate de terrenos. Otro cuarto de manzana lo adquirió su amigo Víctor Isbarbo, de una conocida familia de la época.

Todos los 24 de mayo, como buen patriarcal Don Alfredo ordenaba a su mujer y a sus hijos, Laura, Rosalía, Elva, Alfredo Manuel y Aurelio, que se pusieran la mejor ropa; se preparara la mejor cena; se colocara la vajilla para las visitas y el impecable mantel con puntillas; para esperar con júbilo el nacimiento de la Patria.

Él era quien daba la voz de aura para entonar el Himno Nacional a capella y luego celebrar. Nadie se sentaba a la mesa antes que él diera el inicio.

Este español hecho argentino formó a la familia Álvarez. Cuna de María Magdalena ‘Cuqui’ y de Graciela Fiochetti, la princesa y la infanta, como las llamaba Don Alfredo, el abuelo.

Alfredo Manuel Álvarez, tío de Graciela nacido en Concarán, fue llevado a La Toma a los pocos días y anotado allí un diez de octubre. Su padre –asociado con un amigo- era dueño de un taller maderero y de herrería. A los siete años y con casi noventa centímetros de altura,

Alfredito conoció ambos oficios aunque manipulaba casi todo el día la fragua, esperando el sonido de la campana de la escuela para irse a jugar con sus amigos. Sanas diversiones de muchachito de pueblo, caminar por los rieles, piropear alguna jovencita, jugar a las cartas. “Diversión sana”, decía a los 82 años, haciendo un repaso histórico de su propia vida, un poco dolorido por sus males de columna.

Allí, en esa casa de Moreno 160, con frondoso patio de plantas y frutales. Laura se hizo señorita, se enamoró y de ese encuentro nació Cuqui, la primera nieta, la princesa.

Laura fue madre soltera y crió a su hija avasallando los prejuicios con su dignidad. Era hermosa, de rasgos finos, culta y de fuerte carácter, tenía una sola palabra y sus sentencias eran inapelables.

Años después, Laura se enamoró de José Fiochetti, empleado de la empresa que construía el Dique La Florida. Vivían en el paraje Las Cuatro Esquinas y fueron mucho más felices el 9 de marzo de 1954, cuando nació Graciela.

Tres meses después se mudarían a la ciudad de La Toma, la abuela María Argüello fallecía dejando a Don Alfredo triste y muy solo. Luego de alquilar una casa cercana, los Fiochetti se mudaron a Moreno 160.

El consuelo sentido por Don Alfredo se lucía en las paredes pintadas para darles la bienvenida. Lo hizo él mismo a brocha limpia, con su perdurable estilo, con un color inventado mezclando cal, sangre de vaca y agua oxidada por virutas de hierro. Color que aún se conservaba en el 76 en esa casa de elevados paredones, de puertas altas -con celosías superiores y vidrios repartidos- hechas en el taller.

La misma casa que José Fiochetti dejó tiempo después para irse a Buenos Aires.

Laura fue una mujer activa. Creó –junto con otras mujeres del pueblo- la Rama Femenina del Movimiento Peronista. Fundó la unidad básica –cercana a su casa- en la que militaba y en la que todas las navidades repartían los juguetes, panes dulces y sidras que llegaban, en nombre

de Evita, para repartir a los pobres. Había nacido el mismo año que la Abanderada de los Humildes.

También había organizado la delegación cuyana para viajar el 17 de octubre del cuarenticinco a Plaza de Mayo. Estaba comprometida con la causa peronista, los jóvenes se adoctrinaban a su lado.

Pegada a su vestido: Graciela.

Cuqui, la mayor, a sus tres años ya había tomado otros rumbos partidarios. La anécdota cuenta que habían llegado dos regalos de la Fundación Eva Perón. Una bicicleta destinada para ella y libros para una nena más grande. Al anunciarse la repartija, los adultos invirtieron el patrimonio: los libros para Cuqui y la bicicleta para la otra niña. Cuqui -que había aprendido a leer espiando las letras del diario La Nación, que su abuelo Alfredo leía los domingos acomodado en la reposera- leyó la nota que acompañaba el envío desde Buenos Aires. Al darse cuenta de los hechos y luego de reprocharle a su mamá Laura la tremenda injusticia partidaria, decidió renunciar al movimiento.

Graciela, en cambio, mamó todo del peronismo. La marcha, las fotos, la doctrina, la solidaridad hacia los pobres, el sacrificio y hasta el martirio. Cuqui la cuidaba siendo una beba. Laura tenía mucho trabajo también en la casa: cuidaba a su padre, a su esposo, criaba a sus hijas, cocinaba, les cosía y tejía sus ropas, atendía la huerta.

Recordaba Cuqui que Graciela, *Desde chiquitita se ponía moradita y creía que era de mala nomás*. Al año cuando aprendió a caminar, se asustó tanto con un gallo que quiso morderle la mano, que se desmayó. El episodio pasó desapercibido.

Tiempo después, Cuqui fabricó unos zancos de esos que aparecen en el circo. Las nenas copiaban a esos gigantes de patas largas que llegaban al pueblo para divertir a los chicos. Con dos tarritos bajo los pies, atados con piolines que se sujetan con las manos para poder caminar, Cuqui divertía a su hermanita de dos. Una mala pisada hizo caer a la más pequeña e introducir el pie dentro del tarro, haciéndose un tajo profundo a la altura del tobillo.

La mamá Laura acudió corriendo y a los gritos. La curó inmediatamente con pimienta hasta que paró la hemorragia. No había ni médico ni enfermera para hacerle unos puntos.

A los once años, Graciela tenía el cabello largo, negro y hermoso. Solía andar en bicicleta por el pueblo, hacía los mandados para su mamá y, a veces, siempre solidaria cuidaba a otros chicos más necesitados. En una oportunidad chocó con otro nene que transitaba en otra bicicleta. Cayó pesadamente al suelo, se asustó y se desmayó. No reaccionó por varios minutos. La atendió un médico que, para hacerla reaccionar, hasta le pinchó el brazo con una aguja: no hubo reacciones. Graciela tenía un problema, pero nadie sabía que le pasaba.

Entre sus once y sus diecisiete años cursó el secundario en el Colegio Belgrano de La Toma.

-Era más bien retraída, una chica que no participaba en las fiestas, más allá de que podía estar en los cumpleaños de quince.

Recordaba Roberto Baracco, su compañero de la escuela primaria y secundaria.

- Era más bien de su casa, muy buena compañera y responsable, Su casa era un ámbito de estudio.

- Su madre era divina, nos servía mate y siempre nos reuníamos para los trimestrales allí porque ella generaba un ámbito de estudio, era muy responsable.

Tal es así que nos retaba cuando alguno no venía a estudiar. Siempre me acuerdo como sufría de los sabañones. (Inflamaciones en manos y pies por efectos del frío)

La vida del pueblo minero de La Toma en 1970 la posicionaba con esplendor como un centro minero muy visitado por los que viajaban a Merlo, principal localidad turística de la provincia. La Toma tenía 3131 habitantes y la comercialización de piezas semipreciosas de mármol ónix la habían hecho conocida en todo el país.

Los inviernos eran durísimos para Graciela Fiocchi porque siempre andaba con las manos y los pies helados y lastimados por esa cuestión.

O como la recordaba la Señora Beby Torres de Mugnaíni, quien era secretaria del Colegio Belgrano:

Era introvertida, pero sonriente; temperamental, con algunas actitudes de rebeldía pero una chica normal. En esa época la juventud no se comprometía. Dos alumnos nuestros, ella y Santana, lucharon por un ideal”

Santana era excelente alumno. Fue abanderado. Era más callado.

En 1975, Graciela con 21 años ya estudiaba Medicina en Córdoba con el esfuerzo de su familia que le enviaba unos pesos para su primer año. En una práctica de laboratorio de la materia Histología, tenía que observar preparados de células y tejidos para luego reconocerlos en el examen.

De tanto fijar la vista en el aparato, se sintió mareada y con fuerte dolor de cabeza. La alumna de medicina fue enviada a un médico del Hospital Francés de Buenos Aires que la revisó. Le diagnosticaron epilepsia y cataplejía del lóbulo temporal izquierdo. No pudo seguir sus estudios, tuvo que dejar la carrera universitaria y medicada volvió a La Toma.

Laura ponía todo su esfuerzo, a fin de cuentas era el sueño de su hija menor:

Estudiar para doctora para curar a los negritos

¿Cuántos hijos de madres solas o padres obreros podían estudiar en la Argentina? Había que aprovechar, la universidad era -y es- pública y gratuita; y obtener el título de Médico en Córdoba era el orgullo más grande al que una familia de trabajadores podía aspirar.

Con la ayuda de su hermana Cuqui, precoz maestra egresada de la escuela Paula Domínguez de Bazán a los dieciséis años -había ingresado teniendo solo doce-, Graciela y Laura hacían frente a la situación.

Poco tiempo después Cuqui se fue como maestra recién recibida a una escuela perdida entre los arenales del sur de la provincia de San Luis, en el límite con la provincia de La Pampa.

Graciela volvió al pueblo. Una jovencita linda y educada como ella, no tardaría en tener un empleo. Fue en una oficina pública, dependiente de la Dirección Provincial de Minería de la provincia que comenzó a trabajar. Las tareas administrativas en una oficina de pueblo no son tan complicadas para alguien que aspiraba a más. En marzo del setenta y seis los militares, la dejaron cesante.

Su comienzo en la militancia -según Baracco- llegó a través de la invitación de Don Américo Magallanes -muy amigo de su padre.

El me propuso reunir a la juventud para apoyar la candidatura del ex gobernador Elías Adre. No tuve ningún problema. Ahí comenzamos a convocar a un grupo, era el único ámbito de participación que había en el pueblo.

El radicalismo no existía.

Yo tenía dieciocho años, había terminado la escuela.

Me fui a Córdoba en el '72 pero esto fue en un período de verano cuando yo estaba en La Toma. Empezamos a convocar a los jóvenes.

Allí se sumó Graciela, quien tenía la misma edad.

Los militares corrieron a todos los empleados que tenían militancia peronista y que apoyaran al gobierno de Isabel Perón.

-A Graciela la echaron por ser peronista

Decía Baracco.

En este país cada vez que los militares golpearon, eligieron como blanco a esos peronistas. Tal vez no le perdonaron nunca a Perón, desde cuando era coronel, haber abrazado a los negritos descamisados que lo fueron a buscar a la Plaza de Mayo y presionaron al gobierno para que liberara al líder, preso en la Isla Martín García.

Nunca les perdonaron a los seguidores de Perón haber derrotado a los militares conservadores sin disparar una sola bala. Desde allí quedó el resentimiento que aún perdura, conjeturan algunos históricos peronistas.

La Toma de entonces tenía una activa vida política, donde las mujeres no solo acompañaban a sus maridos cocinando cuando el pueblo era visitado por dirigentes provinciales sino que tenían un rol protagónico. Existían las mujeres conservadoras en la zona denominada La Toma Vieja, muy ligada al ferrocarril. También militaban en el radicalismo mujeres que, desde 1930, formaron la Asociación de Damas Radicales.

Una de las líderes de aquél momento fue Doña Gregoria Rodríguez de Orozco. Si bien tenía cursado solo hasta cuarto grado era muy educada, activa y solidaria.

Visitaba la casa de los conservadores para convencerlos de que se hicieran radicales. Fue diputada Constituyente en 1962 junto al radical Cándido Assat.

Ella y Doña Vicenta de San Miguel fundaron el primer telar del pueblo donde enseñaban tejidos a otras mujeres. En cambio, las mujeres peronistas tuvieron que luchar más duro porque recién se fundaba el partido peronista y había que militar casa por casa, barrio por barrio.

Mujeres fieles a su idea peronista fueron Doña Laura Álvarez a la cabeza, María Lilia y Nélide Pereyra, Agustina Flores de Castro, Clemira y Deolinda Mercau, Amelia y Teresa Gavazzo, y Eusebia Cano; quien estaba al frente de la Unidad Básica de su padre Don José Cano, ex diputado.

Con la creación del MID (Movimiento de Integración y Desarrollo), la mujer que se destacó fue Doña Nelly Novillo de Mares.

En ese clima tan politizado se formaba la comunidad pueblerina con sus odios y rencores.

Algunos militantes peronistas sostenían que a Graciela

La desaparecieron por ser peronista de alma.

Otros, que un ***viejo verde*** intentó acosarla cuando trabajaba temporalmente en la única farmacia y que Graciela respondió con un cachetazo. Por lo cual, el acosador comenzó a desprestigiarla en el

pueblo hasta hablar con su jefe, a quien convenció de que ella tenía *ideas raras*.

Era una chica común, participaba de la vida del pueblo como cualquiera de veintidós años. De tanto en tanto, viajaba en micro desde La Toma a San Luis para visitar a su madrina, la tía Elba, casada con Don Yiuseppe.

Elba y Yiuseppe se conocieron en La Toma, en unos de los bailes que se organizaban en el club Recreativo, al son de tangos, pasos dobles y milongas.

Esa noche se flecharon y enseguida se casaron. Dieron unas vueltas por San Martín, Mendoza, San Juan y se instalaron definitivamente en San Luis. Yiuseppe, hijo de libaneses, se había ganado la vida siendo chofer de la empresa TAC. Recorrió La Carolina, Inti Huasi, Cerros Largos, La Toma hasta establecerse en la céntrica calle Colón, entre Pringles y Belgrano -hoy Banco Regional de Cuyo- con su negocio de repuestos para vehículos y taller: La Casa del Freno.

El hogar de la familia se situaba en Mitre 1243, entre Las Heras y Bolívar. Allí Graciela solía quedarse para jugar con Adriana -la única hija del matrimonio- apenas nueve meses menor que ella.

En esa casa también vivió Cuqui, mientras cursaba el magisterio. Graciela y Adriana, acompañadas por Elba, solían hacer sus paseos por la Plaza Pringles.

-Graciela tenía su propio pensamiento, sabía lo que quería y adónde quería llegar.

-Le gustaban las cosas claras y cuando algo andaba mal, ella lo decía de frente.

Así la recordaba Elba sentada en la silla de ruedas con sus ochenta y cuatro años muy lúcidos, bien peinada, de manos suaves, mirada de abuela. Al recordarla sus lágrimas caían a través de sus lentes.

-Era una peronista de alma, igual a su madre Laura.

Elba -tía y madrina de bautismo- con mucho pudor, escondía ciertos datos de militancia de su ahijada.

Había vuelto a sus pagos de La Toma y vivía junto a su hija Adriana; quien instaló en un local de la casa, una emisora de FM a la que tituló “Ondas”.

Una de las pocas radios que funcionan en el pueblo, en calle Pedernera 155.

Adriana, prima hermana de Graciela, se emocionaba al recordarla:

-Éramos muy compinches. Cuando vivíamos aquí en La Toma, nuestro lugar de encuentro era siempre el baño, para contarnos intimidades. Era uno de los lugares de confianza.

- Graciela era mandona.

-La casa de los abuelos siempre estaba llena de jóvenes. En la época en que estaba vivo mi viejo (su papá falleció cuando ella tenía diez años) ***siempre salíamos a pasear, a tomar helados, lo tradicional.***

Las primas viajaban a pasear a Mina Clavero y Cura Brochero, en las sierras de Córdoba.

-Nos gustaban las mismas cosas. Nos agradaba tomar sol. En verano nos tostábamos en el techo de la casa. Esas cosas de jóvenes.

Los chicos y chicas se reunían en las confiterías, todavía no se instalaban los boliches como se los conocen ahora.

-Salíamos a tomar algo. No salíamos tanto. De vez en cuando sí, con los amigos. Nos juntábamos mucho en las casas, en la época de los asaltos.

Graciela le robaba unas ropitas a su sobrino y ahijado para otros bebés del pueblo porque creía que de esa manera ayudaba a los que no tenían nada.

-Te saqué unas cositas, pero Dios te dará mucho más.

Le decía a su hermana Cuqui. Había aprendido a tejer, a coser y con sus labores ayudaba a la gente que lo necesitaba. Le gustaba la música, era fanática de los Beatles y de los Iracundos, cuya música bailaba en el club o en los cumpleaños a los que era invitada.

Más adelante optaría por Alfredo Zitarrosa. El uruguayo tal vez haya sintonizado mejor con el pensamiento político de la época. La familia no le conoció novio.

Adriana sostuvo que Graciela comenzó a militar desde temprano. A los dieciséis años.

-Ella era amante de la justicia. Junto con Santana. Eran muy inteligentes y decían que iban a luchar por algo justo. La justicia social que ahora no se cumple. Graciela era peronista de cuna.

Cristina de Quevedo era la hermana menor de una amiga de Graciela, rápidamente se hicieron compinches.

-Le gustaba salir, íbamos a la confitería 'El gato negro', que era un lugar pequeño, a escuchar un poco de música y esperar que nos sacaran a bailar.

Graciela solía decir:

¡Me parece que hoy voy a planchar toda la noche!

Refiriéndose a que nadie la invitaría a bailar. Le gustaba combinar la ropa, era muy detallista, además intercambiaban la ropa con las amigas.

En charlas de mujeres, Graciela solía confesar qué hombre le gustaba o quién la pretendía, tuvo algún “amigovio”, pero ninguno oficial:

-quizá tenía miedo porque su enfermedad la traumatizaba.

Recordó Cristina.

Mientras las llamas de los fogones se elevaban en la oscura noche de rondas juveniles, en otros sitios ocultos, agazapados a la sombra de toda una sociedad y tal vez del continente, se urdían los planes más siniestros para toda una generación de rebeldes librepensadores.

Canciones tocadas en guitarras pueblerinas, gatos, chacareras, zambas, alguna que otra milonga, poemas, tarareos, todos juntos alrededor de la llama que titilaba suavemente hasta que volvía a arder con toda furia al arrimarle un tizón nuevo.

Escenario simple, solidario, de piernas cruzadas a lo indio, ponchos para entibiar espaldas, mates cebados para todos los gustos, dulces y amargos. Un pucho pasado de mano en mano, juegos grupales, pensamientos, idealismo, programas para los barrios humildes.

En San Luis capital, Cuqui ingresaba en un retiro espiritual con sacerdotes abiertos. Para aprender a manejar situaciones conflictivas en las escuelas rurales. Dar respuesta a mitos como la luz mala o el mandinga; desterrar desde una perspectiva más espiritual prácticas perversas de apetitos sexuales entre hermanos o familiares. Suavizar un poco el espíritu en momentos de dureza. A una de esas reuniones invitó a su hermana Graciela, quien viajó desde La Toma.

Alejada de la opulencia, en su casita de Moreno 160 en La Toma, Graciela tenía el pensamiento libre y usaba su palabra para expresarlo. Había sido cesanteada por los militares y aunque recibía la ayuda de su tío Alfredo Álvarez y de su hermana Cuqui, planeaba viajar al sur del país para conseguir trabajo. La epilepsia era limitante, ya que debía tomar medicación permanentemente.

En un principio ella desconocía su enfermedad. Y aunque tomara sus remedios, muy frecuentemente tenía convulsiones. La familia hablaba de cualquier cosa menos de su enfermedad.

Baracco la recordaba como una militante muy responsable y comprometida:

- Cuando conformamos la conducción de ese grupo de chicos, yo no quería asumir el compromiso de presidirlo porque ya estudiaba en Córdoba, pero acepté. En ese momento había unas ganas de militar.

Graciela era la más responsable. Ella llevaba las actas, toda la cuestión formal de una reunión. Nos reuníamos en lo que hoy es un local que está a unos pasos de la casa de Graciela”.

Tuve una experiencia con ella que probablemente sea uno de los últimos recuerdos que me costaron hilvanar. Se abrió otra sede de la juventud, cerca del Club Pringles, del otro lado de las vías.

Ella estaba muy preocupada y me dijo que se hablaba de que querían tener armas en la sede nueva, y eso era una locura.

Yo necesito que vos me des una mano para convencerlos de que no es ese el camino, me dijo.

Graciela, vos tenés la personalidad para hacerlo.

Ella era ya la presidenta.

-Era el motor dentro de la cordura y responsabilidad.

Recordó Baracco.

CAPITULO III

Pedro Valentín Ledesma: Maestro de campo

“Que la universidad se pinte de negro y mulato, no solo entre los alumnos sino entre los profesores, que se pinte de obrero y campesino, que se pinte de pueblo porque la Universidad no es patrimonio de nadie sino del pueblo”

(Ernesto “Che” Guevara).

La lucha por la igualdad de oportunidades vendrá desde la escuela.

Eran tiempos en los que el terror se infiltraba cada vez más, violentando los espacios privados y públicos. No todos lo sabíamos. Eran tiempos en los que nos formábamos modelos a imitar en la música, el deporte, los juegos grupales.

La peluquería de los D'Amico, en la avenida Justo Daract, esquina con la Ejército de los Andes, pertenecía a esa familia ligada desde sus orígenes a la universidad.

Desde los barrios del norte todos con calles de tierra, cruzar la avenida era una aventura de desierto. Allí estaban las ruinas de la vieja estación de trenes, todavía vivía gente hacinada en las piezas medio derruidas, daba impresión ver las enramadas colocadas para protegerse del viento norte que levantaba tierra por doquier convirtiendo a la Terminal, que estaba más al sur, en una nube gris y mugrienta. Increíblemente eso, ahora, está transformado por los edificios del Rectorado y los bloques universitarios.

Casi al llegar a Justo Daract, en la esquina norte de la peluquería estaba el negocio de los Abdala, antigua despensa y ferretería de San Luis. En la esquina sur funcionaba un comedor.

A través del espejo de la peluquería la luz llegaba desde la antigua, alta y pesada puerta de la peluquería; y casi más allá pero en la misma dirección, se alzaba un mástil de caño azul finito y en lo alto una bandera argentina gastada, rota, desteñida, triste. El paño parecía lloroso, abandonado, mugriento, como si quedara todas las noches durmiendo a la intemperie.

¡Qué pena daba la bandera! De ese edificio a tono con su enseña nacional, entraban y salían policías mal vestidos, gordos, pobres, como en las películas antiguas, esas en blanco y negro del canal Volver.

Solo que en ese lugar quien llegara podía no salir nunca con vida. Era la sub comisaría apodada “La Escuelita”, un centro de tortura de la Policía.

Allí torturaban y hacían desaparecer a jóvenes militantes.

Una pocilga que tenía un patio con árboles y piezas tipo ratonera en la parte trasera, que usaban los militares y policías para detener a estudiantes y políticos. Los gritos y llantos se escuchaban en todo el vecindario.

No todos los vecinos se bancaban tener ese centro de detención clandestino tan cerca.

-Era mi otra mitad; un semi Dios.

La frase es de Francisco “Panchito” Ledesma de cabellera blanca a sus 58 años, su hermano Pedro era seis años mas grande. El Negro era un poco más alto, más flaco pero fibroso,

Tenía una fuerza impresionante.

El hermano menor del Negro Ledesma no puede aceptar tan fácilmente la perdida enorme que significó la desaparición de Pedro para toda la familia. Los meses de septiembre desde el setenta y seis son meses de luto para la familia Ledesma.

Enrique “Quique” Balladores, era amigo de Pedro desde los 6 años cuando se juntaban a jugar al futbol con él. Quique vivía en Abelardo Figueroa y Luis Jufre en el Barrio Sosa Loyola en el sector norte de la ciudad de San Luis y a dos cuadras existía una canchita donde se juntaban a jugar con Pedro y otros vecinos del barrio.

El Barrio Sosa Loyola fue construido por Perón y que aun hoy tiene similares características a las construcciones de edificios públicos y residencias de la época. Casas altas, con altillo, techos a dos aguas y con tejas rojas. Patios generosos.

Los Ledesma aun viven en Marcelino Poblet al 570.

Hay quienes recuerdan al “Negro” Ledesma con abrigo negro que cubría el delgado cuerpo de su cuerpo. Entre los pelos largos que caían sobre parte de su frente, sobresalían dos chispazos brillantes de ojos picarones y sensibles. Botas negras a veces lustradas o simples mocasines negros y un libro o una agenda eran sus armas visibles con las que pasaba a visitar a los amigos de la Escuela Normal, de donde egresó con el título de maestro.

Solía reunirse con un grupo de compañeros de la Escuela mientras cursaban el Magisterio y las clases se preparaban en comisiones donde cada grupo de tres se hacía cargo de dictar clases en los grados de la primaria de la Escuela Normal Juan Pascual Pringles. Cada semana los chicos de la primaria tenían un practicante de maestro y por eso a esos jóvenes les llamaban “maestro semanero”.

En la Escuela Normal también cantaba en el coro que dirigía la profesora Alicia Rotondó de Aman, muy joven, recién ingresada. Pedro cantaba en la cuerda de bajo.

En el barrio, se juntaba a cantar con amigos vecinos, el Chango Ayala, Lito Cerizola, Ramírez, otros de la época. El Negro tocaba la guitarra, era muy dúctil en lo que hacía y si se le ocurría aprender a tocar la flauta lo hacía bien, hasta que le daba por la guitarra. No tenía dificultades con el aprendizaje.

Pedro había nacido en la ciudad de San Luis, el 29 de septiembre de 1955 a las 5.45 horas. Su padre, Valentín, lo anotó al día siguiente en el registro civil, en el folio 72 del Libro de Actas de Nacimiento N° 307 y su acta llevó el número 992.

Ese día Valentín de 26 años, albañil, domiciliado en Martín de Loyola e Hipólito Yrigoyen, dijo al juez que su esposa Dominga Zanglá había dado a luz al niño. Fueron sus testigos de nacimiento: Emilio Rufino Lucero de 34 años con domicilio en General Paz extremo sur y Félix Farías de 55, casado y con domicilio en Balde de la Isla-. Don Alfredo Saa firmó el acta y colocó el sello como Director del Registro Civil.

Era el primer varón de un matrimonio orgulloso de trabajador y ama de casa. El bebote de meses llenaba álbumes de fotos que su madre iba haciéndole sacar y colocando epígrafes de acuerdo a los meses y años. Era un negrito relleno y alimentado cuando tenía seis meses.

Muy simpático al año y medio, como se lo ve en las fotos. Tenía a su hermana con quien fue criándose juntos como amigos hasta que vino el más chico, Francisco.

La primaria la hizo en la Escuela Lafinur.

Hugo Omar Parnisari -de la misma edad de Pedro-, ex compañero de la escuela primaria, lo recordaba emocionado:

-Era compañero, bueno, humilde. Era todo un sentimiento antes que temperamental.

Ambos iban a una de las escuelas más populares de la ciudad de San Luis.

Por muchos años, hijos de trabajadores humildes se inscribían en ese famoso establecimiento rodeado de altos eucaliptos y protegido por una simple y baja medianera perimetral.

En los recreos, los chicos con sus guardapolvos blancos convertían el patio de tierra circundante en gigantescas canchas de fútbol, hasta que sonaba la campana para entrar nuevamente al aula. Entre esos niños, Pedro, con ojos brillantes y zapatillas polvorientas, transpirado de correr y correr tras la pelota, ingresaba al aula y era el mejor alumno.

-Era el abanderado. Muy aplicado y siempre era el más buscado por las maestras para recitar o decir algún verso en los actos patrios.

-Un día lloró cuando iba a entregar la bandera.

El acto de traspaso se realizó en el Cine Rex (calle Rivadavia, hoy casino) y el Negro, al decir la frase:

Hoy, al entregarte bandera mía...

Se quebró, lloró, se cubrió la cara con la bandera y la entregó a un compañero en el medio del aplauso de todos.

La maestra de sexto, Zury, le dedicó una notita junto a una lapicera Parker:

-Negrito Valentín, la señorita Zury le desea muchas felicidades. Esto es muy sencillo y humilde, pero estaría muy contenta y agradecida si Ud. siempre escribiera con ellas palabras bellas, de felicidad, de amor. Ud. es capaz de ello. Por eso se lo dedico de todo corazón. Zury.

El padre lo llevó a la escuela en su bicicleta durante un tiempito. Los chicos de barrio llegaban acompañados por algún hermano mayor o por sus padres que luego partían al trabajo; entraba a las ocho de la mañana.

Parnisari, llegaba siempre al toque del timbre porque vivía a una cuadra.

Un día Don Valentín lo pasó a buscar luego del desfile del 25 de mayo, en su clásica bicicleta que el Negro adoraba ser llevado en la parte delantera del caño.

Luego de pasar por las calles con la bandera, vio a su papá y le gritó emocionado que lo esperara para volverse a su casa del barrio. Ese día corría viento en contra. La botamanga del pantalón del uniforme escolar de Pedro se enganchó en los rayos de la rueda delantera.

Padre e hijo cayeron al piso pesadamente. Se golpearon tan fuerte que Pedro se quebró un diente que nunca reparó.

El papá del Negro tenía activa participación en la comisión vecinal que, junto a otras vecindades, pujaban para conseguir los adelantos de la época: luz en las calles, tendido de agua potable para todos, cloacas. Muchas veces los vecinos se reunían en torno de la canchita de fútbol para organizar campeonatos interbarriales, recaudar unos pocos pesos y lograr con ello algún avance.

Pedro Valentín tenía muchos amigos en el barrio con quienes, a veces, se juntaba a jugar al fútbol en la canchita de tierra y arcos de piedra. En esa época todo descampado servía para jugar al fútbol.

Los partidos entre los amigos vecinos eran organizados muy rudimentariamente. Los equipos salían de común acuerdo o a la **pisadita** o al **pan y queso**.

El Negro era rápido, disparaba por la punta de la cancha hasta la raya de fondo para tirar pases al área. Así se fue haciendo hasta ficharse en la cuarta división de Defensores del Oeste, un club popular de la zona del brete, al oeste de la ciudad, en los alrededores de la Avenida Lafinur y España donde a comienzos del siglo 20 se encerraban los animales vacunos para luego ser llevados en los vagones del ferrocarril.

Para Quique Balladores, mejor jugaba Panchito Ledesma. Balladores jugó también para Defensores del Oeste y salió campeón en primera jugando con el número 8 en el campeonato oficial de 1978.

Pedro, además, participaba de las carreras de bicicleta del barrio que se hacían en derredor de la Plaza del Barrio Sosa Loyola o del Nacional. En una de esas carreras ganó su primer trofeo. Hijo de albañil de bicicleta, el Negro heredó la bici del viejo.

-Mi hijo era cariñoso, nos llamaba mamita y papito.

Doña Dominga, como toda mamá recordaba con emoción esa relación con su hijo El Negro.

-Las vecinas siempre lo invitaban a sus casas, él era servicial iba con ellas a comprar o hacer los mandados, siempre lo abrazaban como muestra de cariño y amor.

El 9 de diciembre de 1968, se labró el Expediente N° 8, Letra L en la Escuela Normal Juan Pascual Pringles, dependiente de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional de Cuyo. El iniciador del trámite fue Ledesma Pedro Valentín con 13 años recién cumplidos, solicitó la inscripción en primer año.

Pidió al director que lo inscribiera como alumno regular, de acuerdo con las prescripciones reglamentarias. Acompañó como documentación la partida de nacimiento y los correspondientes certificados de estudios

primarios completos, de buena salud, buco-dental, de vacunación antivariólica, antidiftérica, antitífica y antipoliomielítica.

Su cédula de identidad N° 88.478 expedida por la policía de la provincia y una fotografía de 5 x 5 cm.

El pedido llevaba la firma de su padre y tutor, Don Valentín Ledesma, de profesión albañil, argentino, con domicilio en Marcelino Poblet 574 de la ciudad de San Luis.

Pedro Valentín Ledesma, exhibió además los certificados analíticos de estudio de la Escuela Provincial Lafinur cuyas notas finales eran: Lenguaje (10), Matemáticas (10), Historia (10), Moral y Civismo (10), Geografía (10), Ciencias Naturales (10), Canto y Música (9,33), Manualidades (9,75), Educación Física (10), Dibujo (10). Promedio general (9,90). Conducta: Muy buena. El certificado analítico fue firmado por la directora de la escuela, Carmen Rosa de Petrino; y por la Secretaria General, Isolina Bustamante de Ponce.

El 3 de diciembre de 1974, con 19 años, el mismo alumno egresado de maestro bachiller le envió una nota al director de la Escuela Normal Juan Pascual Príngles, profesor Hugo Arnaldo Fourcade, con su Matrícula Individual N° 11.600.382, en la que le pidió que certificara sus estudios culminados. El Director le extendió el Certificado N° 5.487 del 11 de diciembre de 1974.

Durante el primer año de estudio de Magisterio en 1969, Pedro Valentín obtuvo un promedio de 8,43.

Ya se destacaba en Historia, donde mantenía ríspidos debates con su profesora quien en cierta ocasión lo mandó a callar y lo calificó de **montonero**.

Al finalizar el segundo año, en 1970, su promedio fue de 8,19. En el tercero ('71), el promedio fue de 8,84. En el '72: 8,32. En 1973: 8,29. Y al finalizar en 1974 obtuvo 8,18. Su promedio en las prácticas de enseñanza fue de 8,64. Y el general: 8,37.

El certificado estaba firmado por Fourcade, Vicedirector a cargo; Fermín Lucero, Vicedirector interino; y Amilcar Jorge Rodríguez, Secretario. Asimismo apareció por primera vez un sello de Universidad Nacional de San Luis refrendado por su Rector Profesor Mauricio López y el Secretario General, Luis Manuel Marrero.

Durante sus estudios secundarios, Pedro había demostrado ser coherente con sus principios y se iba formando en un pensamiento crítico de la realidad imperante.

Procesión Cívica

Fue el encargado de decir el discurso final de la Procesión Cívica del año 1974. Es una fiesta cívica tradicional de los alumnos normalistas que se realiza desde el 24 de mayo de 1917 y se ha mantenido inalterable hasta la actualidad.

Los alumnos de la escuela normal salen todos los 24 de mayo por la tarde y caminan las calles con antorchas encendidas para esperar el nacimiento de la Patria el 25 de mayo. Generalmente en la Catedral un representante alumno transmite un mensaje de la promoción organizadora y da a conocer sus ideas, sueños, críticas y pareceres de la vida de la provincia y del país.

Ese 24 de mayo de 1974, el abanderado Pedro Valentín Ledesma, fue el encargado de decir lo suyo. Lo escuchaba el obispo Juan Rodolfo Laise; los jefes del GADA 161 y del Distrito Militar; policías; autoridades de la escuela; padres y compañeros.

Esa noche Ledesma expresó ante los micrófonos que venía a criticar **el silencio cómplice del poder** frente al momento de explotación de los más necesitados. En sus palabras parafraseó a José Ingenieros. Las caras de los militares y el obispo se transformaron.

Los compañeros del Negro Ledesma se quedaron comentando por lo bajo: **¡Bien Negro! ¡Qué huevo tuviste!**

Los escalones de la Catedral comenzaron a sentir los pasos del gentío, los abanderados con sus escoltas acomodaron los mástiles para desconcentrar y continuar la marcha-procesión. El Negro Ledesma quedó marcado a fuego por las miradas penetrantes de los militares y los curas que recriminaron a los organizadores el ácido y elevado tono del discurso. Era el 24 de mayo de 1974.

Don Segundo Valentín estaba trabajando en una obra en Concarán y no pudo llegar a tiempo al acto de la Procesión a pesar de haber sido autorizado por su jefe a viajar a San Luis. Tras los discursos, Segundo llegó hasta la carroza donde los alumnos ya despedían la caravana. Pedro vio a su padre y se largó del acoplado para abrazarlo emocionado. Antes como siempre el amor de padre e hijo nunca se alteraría.

-Mi hermano era un tipo muy alegre y cariñoso con todo el mundo. Te saludaba con los brazos abiertos. Era muy solidario. En el barrio cuando iba caminando por la calle y veía a un albañil cargando arena a la carretilla, él se paraba para ayudarlo y así muchos ejempls.

Pancho Ledesma no deja de pensar en su hermano, siente que está guiándolo en algún sitio. Extraña sus charlas y consejos.

-Yo andaba con él casi todo el tiempo. Nunca tuvimos una discusión y siempre era mi guía y consejero en todos los órdenes de mi vida.

Luego de la escuela donde se graduó de Maestro Normal, junto a un grupito de compañeros Pedro viajó al Uruguay. La mayoría del curso se fue a Posadas, Misiones a conocer las Cataratas del Iguazú. Pedro, desde Montevideo, envió una postal a sus padres para que se quedaran tranquilos que había llegado bien:

Hola mami, qué haces viejo. Desde Montevideo para Uds. con todo cariño. Llegamos muy bien, nos vamos ahora para Piriápolis y allí nos quedamos. Saludos y besos a los chicos.

Paseó, conoció ciudades importantes de Uruguay, disfrutó del mar, sus ojos comenzaron a observar otros horizontes, a escuchar otros ritmos

musicales. Al son de un candombe uruguayo y las letras penetrantes de Alfredo Zitarrosa, el Negro sentía el llamado de la política.

Cuando Pedro cumplió los 18 años, tras una charla íntima con Segundo, le confesó que pensaba afiliarse a la juventud radical para trabajar junto a su papá. Segundo lo convenció de que sólo se dedicara a estudiar para poder ayudar a los hermanos más chicos que empezaban a formarse como adolescentes. Pedro entendió la misión y aceptó quedarse fuera de ese primer intento radical.

-Cuando hacía las prácticas de maestro en la misma escuela Normal, los chicos lo adoraban. Siempre tenía a los niños colgados de su cuello o subidos a su falda. Así como era con nosotros de cariñoso, era con sus alumnos, recordó Dominga.

Un año después, el Negro comenzó a tomar contacto con la convulsionada vida universitaria de San Luis. La llegada de estudiantes de otras provincias y la participación estudiantil en favor de un mundo más justo, lo tentaron. No podía permanecer ajeno a esos principios aun cuando había comprometido su palabra a Don Segundo que estudiaría y serviría de guía para sus hermanos.

Pedro era un Negro bonachón, simpático, caritativo, seductor y conciliador del barrio con la ciudad.

Sus días transcurrían entre sus clases en la escuela El Recodo; su carrera de Pedagogía en la UNSL que cursaba por la tarde; su militancia en los barrios, junto a otros compañeros de la JP, en la que se daba tiempo para hacer talleres de teatro barrial con su novia Catalina Garraza, y para ayudar a su padre Valentín en changas de albañilería. Aunque también se hacía un lugar para fabricar zapatillas artesanales.

El Negro tenía 20 y Lina, su novia 21. Ambos se conocían desde la escuela y además de la militancia. Los papás de Catalina adoraban a Pedro por su carisma y su pensamiento. Se alegraron mucho cuando se pusieron de novios.

Catalina recordaba que llegó a interpretar la obra *“la muerte de un viajante”*, donde Pedro salió caracterizando a una persona anciana con canas.

-Con Pedro se podía hablar de cualquier tema, leía mucho y tenía labia de seductor.

Con Catalina el noviazgo era por momentos apasionado y comprometido. Ambos a veces trabajaban en la panadería de los padres de Catalina en la calle Maipú, cerca de Avenida España.

El Negro Ledesma ya en la universidad empezó a usar barba y el pelo largo. Fumaba Particulares, los de etiqueta verde, de los más baratos de la época. Un día comenzó a fumar en pipa y su papá Don Segundo le compraba tabaco en un negocio muy tradicional de nombre “El Toro” que además vendía artesanías y quiniela.

“Panchito” reprodujo un día de su hermano:

Se levantaba a las 5 de la mañana, desayunaba mate cocido con algo dulce que siempre hacía la Nonina (su mamá) y salía a la avenida Justo Daract que era de tierra a esperar el Dasso (una línea de micros que viajaba al interior).

El camino al Recodo era de aproximadamente dos horas por la Ruta Nacional 146 hacia el norte. Pasando el Río Nogolí (a unos 50 kilómetros de San Luis), Pedro descendía. En la casa de un vecino pegada a la ruta había dejado una bicicleta la que montaba y pedaleaba 15 kilómetros por una senda de carro hasta llegar a la escuelita de la cual era su maestro unipersonal.

Entre medio del campo rodeado de monte nativo, Don Amieva dueño de toda la propiedad donde estaba la escuela y Pedro esperaban la llegada de los alumnos.

-Don Amieva era como un viejito tosco, vivía solo en ese páramo y nadie se animaba a acercarse. Mi hermano se las arregló para

convencerlo a que les hiciera el desayuno a los chicos que venían de los campos cercanos. Para él, nada era imposible.

El Negro Ledesma, maestro joven recién egresado de la Escuela Normal y alumno de segundo año de la Universidad Nacional de San Luis estaba convirtiendo a su escuela rancho en un lugar más prolijo, donde la educación a los más alejados del sistema, los chicos con todas las carencias, lo empezaban a querer y respetar.

-Mi hermano daba todo por esa escuelita. Lo que cobraba lo ponía en ese sitio. Toda la familia iba a ayudarlo. Mi mamá haciendo las cortinas y las cositas dulces, mi viejo para arreglar y hacer tareas de albañilería, nosotros los hermanos a pintar y limpiar.

Don Segundo y Doña Dominga lo acompañaban a donde fuera porque el matrimonio proyectaba sus sueños a través del hijo mayor. Eso no significaba que los otros hermanos menores fueran diferentes solo que el más grande tenía dotes especiales. Todo lo conseguía, era exitoso y tenía todos los atributos de un líder carismático y un hijo ejemplar.

-Che vos me salís más caro trabajando que estudiando. Te vas al campo de zapatillas y volvés de alpargatas rotas

Le decía Don Segundo a su hijo Pedro. Es que apenas cobraba su sueldo compraba mercadería, ropa, zapatillas y lo que necesitaran los alumnos de El Recodo.

Estaba forjando su propio ideario político y educativo desde bien abajo, alejado de los acomodados colegios del centro puntano o de las lustrosas galerías de su propia escuela Normal; a la que asistían tanto muchachos de barrio como él, como hijos de profesionales y funcionarios.

Para Pedro la educación era clave para encontrar un mundo más justo y con mejores posibilidades para los más desprotegidos. Era su

propia revolución en ese paraje perdido del llano de la provincia hacia el noroeste, un manto de tierra cubierto de jarillales y montes con puestos de campo a varios kilómetros.

No solo era luchar por la educación pública y gratuita, sino por darles iguales oportunidades a esos chicos de los campos que nada tenían y a quienes más había que ayudar por estar más desprotegidos.

Del campo volvía entre las 2 o 3 de la tarde de la misma manera: En bici 15 kilómetros de senda hasta la ruta, en micro hasta la ciudad. Se bañaba y salía corriendo a la universidad para cursar su carrera. Finalizada la cursada a la noche, militancia política y social o ensayo de teatro.

Creó la primera asociación de actores puntanos junto a su amigo Juan Cruz Sarmiento, también actor.

“Panchito” vivía a pleno la amistad con Pedro. El más chico de los Ledesma, todavía hoy, no entiende porqué falta su hermano en su vida. Llora, no puede contener el dolor a pesar de los años. Se aferra a esos recuerdos felices cuando vivía su hermano. Seca esas lágrimas dignas en sus mejillas, se acomoda el jopo canoso, pide disculpas por su emoción y vuelve a sonreír.

Francisco “Panchito” Ledesma cuando era adolescente, en el setenta y seis, se alistaba en el Colegio Industrial para aprender algún oficio y escuchaba con atención a su hermano mayor cuando le aconsejaba formarse para el futuro en ciencias humanas. Para todos sus hermanos, Pedro era un tutor y su palabra tenía valor superlativo. Aun cuando se trenzaba con su padre a discutir de política.

Don Valentín, radical, de militancia de base muy antigua y de reuniones continuadas en el comité; y Pedro, militante de base barrial para una juventud peronista comprometida con las causas populares del momento.

CAPITULO IV

Un sobreviviente

*“No existe para el peronismo más que
una sola clase de hombres;
los que trabajan”
(Juan Domingo Perón)*

El Gringo Fernández, Lechero

Sus manos, de labrador, su pelo entre rubio y canoso peinado prolijamente. Sonrisa amplia, dientes manchados, ojos claros. Allí estaba el Gringo Fernández, de la mano de su nieto, toda una ternura y apasionado en el relato.

Vivía para contarla. Se salvó porque lo creyeron muerto, soportó todas las torturas.

-Sueño con que mis hijos y nietos vivan en libertad y con justicia social

Decía el Gringo en las instancias en que debía asistir al primer Juicio por delitos de Lesa Humanidad que se tramitó en la Justicia Federal de San Luis.

Su mirada azul penetrante traslucía tristeza, dolor y angustia al recordar los momentos en que los militares lo torturaron hasta arrojarlo moribundo a una zanja. En esas instancias, cualquiera hace un repaso rápido de su vida, los segundos son minutos y los minutos se parecen a horas.

El Gringo recordaba a su viejo, Don Lucio Fernández, un español muy trabajador nacido en Los Membrillos, provincia de San Luis, que viajó como pudo a la provincia de Córdoba, donde conoció a una descendiente de italiana Catalina Damiano.

Junto a ella formaron una familia numerosa con nueve hijos. La vida se hacía pesada en las colonias de inmigrantes de italianos y debieron viajar nuevamente a San Luis.

Se instalaron en Alto Grande donde pudieron alquilar un campo y criar algunas vacas para poner un tambo. Los papás del Gringo Fernández, le enseñaron de madrugadas sacrificadas para atender a los animales, extraer la leche, colocarla en tachos y luego salir a repartirla.

Luego Don Lucio lo mandó a repartir leche con él y todas las madrugadas brindaban el servicio puerta a puerta. Un delivery que antes se valoraba no en lo que se ganaba sino en la calidez del tipo que le llevaba la leche al pie de la cama, en el momento del desayuno. Un servicio que luego se perdió con la industrialización del tambo, la aplicación de normas de higiene y salud con la pasteurización y la aparición de las primeras heladeras para almacenar al frío el sagrado producto lechero de la vaca.

Las cosas no iban bien y decidieron trasladarse a otro campo en la Toma Vieja. Allí como pudieron instalaron otro tambo cerca de la feria del pueblo. El Gringo Fernández para ayudar a mantener la casa trabajó de pirquero en las canteras de mármol ónix, considerada en esa época una valiosa piedra semipreciosa que se exportaba a Europa y a Oriente. El Gringo tenía 20 años.

Allí conoció de injusticias y explotaciones no solo a él sino al resto de los compañeros del sacrificado trabajo. Con picos y palas extraían las piedras en bruto que luego eran cargadas a mano a los pesados camiones que las trasladaban a los talleres donde los artesanos las pulían y les buscaban formas artísticas.

También trabajó en las voladuras colocando explosivo para sacar bloques de dos metros de largo por uno de alto a los que luego de emparejar se les pintaba la bandera argentina, se cargaban y enviaban a Buenos Aires para exportarlas.

Al Gringo le pagaban solo dos pesos “al tanteo”, una miseria para el extenuante trabajo, pero que servía a la hora de volver a casa y juntarse con su familia.

“Trabajar en la cantera era extenuante. Nos levantábamos a las 4 de la mañana para ir a tomar los camiones que la empresa de los

Lamuraglia tenían en La Toma y que habían descargado la piedra el día anterior. Los camiones nos alzaban a todos los compañeros para volver a la cantera al día siguiente. Entrábamos a las 7”.

Recordaba el Gringo con mucha tristeza.

“Nos trataban como esclavos. A la una parábamos a comer lo poco que podíamos llevar de nuestras casas. Latitas de sardina, picadillos de carne, alguna mortadela y a veces alguien llevaba algún sándwich”.

Ellos ***“nunca nos dieron ni ropa ni calzado. Éramos esclavos; los dueños nos despreciaban. A veces nos quedábamos a dormir allí en taperas sin techo y sin baño, amontonados y extenuados. Cerca teníamos el río donde tomábamos agua porque ni eso nos daban”,*** dijo.

“Un día nos reunió a todos los obreros, Raúl Lamuraglia (Padre) y nos dijo que nosotros no éramos empleados de la compañía y que nos arregláramos como independientes, que pagáramos nosotros las cargas sociales. Éramos sometidos a la miseria más cruel pero había que aguantar porque no había trabajo”.

El Gringo supo desde temprano de pérdidas y sacrificios, de sufrimiento y de piel curtida. Sus manos empezaban a dejar huellas de trabajo sacrificado y sus brazos de músculos firmes. Un día su papá Don Lucio estaba parado en una esquina repartiendo leche a una vecina de La Toma, cuando una camioneta lo arrolló y lo mató. El tipo del volante había salido haciendo una picada y de esa historia nadie en el pueblo recuerda si el autor fue preso. El gringo se quedó sin padre, lo enterró en el cementerio de la Toma.

A los veintiún años le tocó la “colimba” (Servicio Militar Obligatorio) y su destino fue la Batería de Tiro B en el GADA 141, en San Luis.

“El jefe era el capitán Menéndez quien un día me bailó hasta la noche por no haberlo saludado como correspondía”, recordaba.

Después volvió a la Toma y decidió en su mayoría de edad sumarse a otros chicos del pueblo y militar en la JP.

Don Sinibaldo Franco, un patriarca del peronismo histórico, lo contactó al Gringo junto a otros jóvenes del pueblo. Sinibaldo organizó a la juventud peronista.

“Él se sentaba en un rincón de la sala y nos decía: Uds. Chicos con la energía que tienen, deben ser los motores de este movimiento”, recordaba el Gringo. El viejo Sinibaldo los llamaba a San Martín y los reunía con asado de por medio. Los iba organizando.

Junto a otros 70 jóvenes de la zona trabajaron duro para la campaña a gobernador de Don Elías Adre, peronista que llegó a la gobernación de la provincia, después de la muerte de Don Sinibaldo.

“Don Elías me quería mucho, me decía el mariscal porque era el más grande de los chicos y chicas de la Juventud que íbamos a todos los actos para la campaña”. “Estábamos bien concientizados en la militancia y Don Elías decía que éramos el espíritu de su campaña electoral”, rememoraba el Gringo con cierta nostalgia de los años de joven militante.

En La Toma, los más jóvenes eran Sandro Santana y Graciela que era la secretaria de actas con una personalidad especial. Era 4 años menor que el Gringo.

“Íbamos a los pueblos, éramos solidarios con los compañeros que necesitaban una mano y dedicábamos nuestro tiempo al trabajo político para con los más necesitados”.

“Nos reuníamos en la sede de la esquina de la casa de Graciela, allí en frente de la estación de servicio”.

“Nunca se habló de guerrilla ni de estrategias militares, siempre estábamos en el trabajo social y solidario con la gente pobre”.

Durante esa militancia y las tareas de gobierno, llegaron a conformar una de las bibliotecas más importantes del interior de la provincia con

más de 5 mil libros donados por gente que colaboraba. La biblioteca funcionaba en un local que quedaba al frente de la casa de Graciela Fiochetti, en la calle Moreno. Graciela estuvo a cargo de ella y los compañeros decían que esa era su biblioteca.

En 1973, el Gringo fue llamado por el flamante Ministro de Gobierno Julio Suarez a su despacho de la Casa de Gobierno. Se conocían de la militancia y de la campaña electoral. El “Run Run” le comunicó que lo nombraba Inspector de Trabajo ***“Para que hiciera cumplir la ley en la Toma”***.

Ese fue su primer trabajo bien remunerado pues le pagaban doce pesos, seis veces más de lo que cobraba con los Lamuraglia. En 1974, estaba casado con René Lucía Alba, su compañera también en la oficina de Trabajo allí en La Toma. Con dos hijos, un varón y una nena bebita, la familia Fernández/Alba consiguió vivir en una casa de un barrio. Ese mismo año, la dependencia pasó a la esfera del Ministerio de Trabajo de la Nación.

Como inspectores de trabajo comenzaron a detectar irregularidades históricas en las principales empresas de los Lamuraglia.

“Yo fui el promotor de que el Ministerio me autorizara a realizar una inspección a la avícola y a la cantera”

Llegó una orden del ministerio para relevar a todos los trabajadores de La Toma. Fueron por la Avícola San Miguel, camino a Juan Llerena. Cuatro inspectores y una empleada se presentaron con sus credenciales a las puertas del establecimiento. Oscar Trepín, Daniel Emilson, René, la Señora Sepúlveda y el propio Gringo Fernández comenzaron a trabajar con cada empleado.

Allí labraron actas por cada trabajador que se encontraba en la planta. Todos los operarios estaban en negro. No se pagaban las quincenas atrasadas, ni las vacaciones, no tenían salarios. ***“Las condiciones laborales eran pésimas”***, explicó Rene, esposa del Gringo.

Luego se trasladaron junto al médico del Ministerio de Trabajo Osvaldo Ledesma a las canteras Santa Isabel. En cada lugar se labraba un acta y se elevaba un informe firmado y sellado por Fernández.

Los inspectores conformaron un expediente con cada informe y lo elevaron a las autoridades nacionales.

La reacción empresaria no tardaría en llegar. Los Lamuraglia presionaron al intendente del pueblo, Américo Magallanes (Electo y del PJ), al diputado Rafael Torres (electo diputado PJ) y al Jefe de Policía Eusebio Quiroga. A las 8 de la mañana de fines de 1974, el Gringo fue citado a la Municipalidad.

-Vas a tener problemas. Estás molestando a las fuentes de trabajo. Acá hay una denuncia de Lamuraglia que dice que vos lo estás persiguiendo.

Le recriminó el intendente.

-No, de ninguna manera. Estoy cumpliendo con mi trabajo como lo manda la ley. Yo cumplo la ley.

Contestó el Gringo.

Por la vía administrativa las acciones del Ministerio de Trabajo corrían en paralelo hasta que un día el abogado Daniel Gallo, asesor del Ministerio le entregó el expediente con la Liquidación Final de la presentación realizada por los inspectores. Lamuraglia debía pagar a cada uno de los empleados (360 finalmente) todo el dinero adeudado en calidad de cargas patronales y salarios caídos.

El abogado Gallo advirtió:

¡Tené mucho cuidado con este expediente!

El Gringo lo metió en un portafolio y viajó en micro desde San Luis a la Toma con un tesoro muy valioso fruto del esfuerzo de su investigación y de su compañera y compañeros que beneficiaría a todos los trabajadores de las empresas de Lamuraglia.

Cuando llegó a su casa, a los 10 minutos un auto estacionó en el patio. Era Raúl Lamuraglia (Hijo), abogado y de 25 años, casi la misma edad del Gringo. Evidentemente alguien filtró la información.

-¿Buenas tardes Señor Fernández puede pasar después por mi oficina?

Le dijo.

Era verano, el Gringo se duchó y fue al escritorio de Lamuraglia.

Ya en la oficina del empresario, el Gringo se enfrentó a lo que esperaba.

“Lamuraglia me dijo que yo era una persona muy inteligente, muy capaz, que no podía estar defendiendo a los negros, porque habían nacido para trabajar, para servir y que yo tenía que vivir de otra manera”.

-Le voy hacer una propuesta que a Ud. le va a servir.

Le dijo Lamuraglia.

-Yo le voy hacer una propuesta muy importante que Ud. pueda elegir. Una flota de camiones o una estancia donde a Ud. le guste. Agarre a su familia, vaya a vivir adonde Ud. quiera y abandone esta cosa.

“Yo lo escuchaba tranquilamente”, recordaba el Gringo

- Tómese su tiempo, tome mi teléfono y llámeme.

Le dijo Lamuraglia.

-Yo le voy a dar ya la respuesta porque no es cuestión de andarla pensando tanto.

Respondió el Gringo

- Momentito, no se apure.

Lamuraglia, sacó de un cajón del escritorio dos copas y una botella de whisky.

- *Vamos hacer un brindis.*

- *Discúlpeme Doctor, yo no tomo alcohol, soy hijo de tamberos, tomo leche.*

- *Bueno, hagamos sonar las copas, entonces. (Vacías).*

- *¿Cuál es la respuesta?*

- *La mejor manera que Ud, va a quedar bien es pagarle a sus empleados todo lo que le debe. Porque yo cumplo una función. El Estado me paga un salario pa' que trabaje, no para hacer negocios.*

“El tipo se enojó tanto que me quiso pelear. Me dijo que yo le faltaba el respeto”, aclaró el Gringo.

El inspector del Ministerio de Trabajo se levantó y abandonó la sala dejando a Lamuraglia con la sangre en el ojo. Poniendo en peligro aun su integridad física porque salió caminando sin que mediara algún cuidado.

“Todos los días me llamaba por teléfono, me decía barbaridades, presionándome, amenazándome y yo le cortaba”.

Mientras el Gringo, su esposa y los inspectores de Trabajo continuaban trabajando, Lamuraglia al asecho contrataba mano de obra desocupada para que los siguieran. Se instalaron en La Toma los ex policías echados por Adre. El ex jefe de Policía Víctor “Japonés” Becerra estaba sin trabajo y atendía a los empresarios tanto de San Luis como de la Toma.

“El Japonés era un servil de Lamuraglia”, dijo el Gringo ***“lo deben haber contratado por mucha guita porque vivía como un bacán”.***

El Gringo pensaba que ***“después cuando los Lamuraglia perdieron fuerza, el Japonés los abandonó”.***

El Japonés había sido echado por el jefe de policía de Adre, el Coronel Retirado Roberto Sánchez Casañas quien custodiaba además

toda la zona del Valle del Conlara desde La Toma hasta Santa Rosa del Conlara y Merlo, zona de influencia del gobernador.

Sanchez Casañas había entablado amistad con el Gringo Fernández y su familia a tal punto que a veces se juntaban a comer asados en la Toma. Además Sanchez Casañas tomaba contacto con el resto de los jóvenes de la JP que actuaban en el pueblo y que Adre tanto reconocía en sus actos políticos.

La Estancia Santa Isabel donde los Lamuraglia se instalaron en La Toma, era el epicentro de las operaciones locales de la empresa de Ónix.

La cantera homónima existente en la estancia, fue descubierta a fines de siglo XIX y mencionada en una exploración del Perito Francisco P. Moreno. Está ubicada a 37 kilómetros al noroeste de La Toma y a 1300 metros sobre el nivel del mar.

La primera referencia documentada de la cantera es atribuida al Ingeniero Ave Lalleman (1875:114) y en 1930 fue explotada primeramente por empresarios alemanes.

“En 1963 la familia Lamuraglia, oriunda de Buenos Aires y propietaria de la empresa Verde Ónix obtiene el 87,5 % de los derechos y desde 1966 se constituyó un condominio con su participación mayoritaria. En 1987 Verde Ónix obtiene el 100 % de la propiedad de los yacimientos y los campos que la contienen. Ya en 1988 la empresa de la familia Lamuraglia transfiere su propiedad al Banco de la Provincia de San Luis”.

“Es el yacimiento de ónix más importante del mundo por su calidad y su mármol es conocido internacionalmente como Ónix Verde San Luis, superando en calidad al de Persia, Pakistán, Chile, etc.” (Revista Panorama Minero N° 61- Agosto de 1982- Por el Lic. Héctor L. Lacreu. Descubrimiento de Nuevas Reservas de Ónix en la Cantera Santa Isabel).

La familia Lamuraglia² también tenía una casa familiar en las entradas del predio de Avícola San Miguel donde llegaba la familia cada vez que tenían operaciones comerciales de importancia. Don Raúl, llegaba con su esposa y generalmente sus dos hijos, Raúl y Jorge.

2 La familia Lamuraglia: Raúl Lamuraglia nacido en 1905, se casó con Noemí Prayones y tuvo tres hijos: Noemí, Raúl Eduardo y Jorge Luis (Fallecido). Lamuraglia padre fue quien se desempeñaba como Presidente a cargo de la Unión Industrial Argentina en los años 40. Fue, presidente, financista y orientador del Grupo Braden (embajador estadounidense que fue nombrado en 1944 para evitar la candidatura del entonces Coronel Perón a la Presidencia de la Nación). Lamuraglia entregó un cheque para financiar esa campaña electoral contra Perón.

Fue “quien libró un cheque cruzado número 446.653 girado en Buenos Aires el 18 de enero de 1946, contra la cuenta abierta en The National City Bank of New York. Escribiría la suma de 300.000 pesos moneda nacional. Lamuraglia lo había librado para financiar la campaña de la Unión Democrática, convergencia de la oposición encabezada por la Unión Cívica Radical, con el acompañamiento de los partidos Socialista, Demócrata Progresista y Comunista”. (Fuente Diario La Nación, Anatomía de un cheque. 9 de agosto de 2013).

Perón ganó la elección en compañía de Hortensio Quijano como vicepresidente obteniendo el 60 % de los votos y asumió el 24 de febrero de 1946.

En 1953, Raúl Lamuraglia fue el principal suscriptor de una colecta destinada a comprar un avión con el que se pensaba bombardear a la Casa Rosada mientras Perón se dirigía a la multitud. Dos años después la Marina de Guerra y algunos pilotos de la Aeronáutica bombardearon la Plaza de Mayo dejando centenares de muertos. Lamuraglia se exilió al Uruguay donde su hija se casó con quien fue presidente de la Banda Oriental, Jorge Batlle, por el Partido Colorado.

Raúl Lamuraglia a su vez fue el empresario de la textil La Escalada, en los Ralos, Tucumán, quien inauguró esa planta en 1967 durante el gobierno militar de Juan Carlos Onganía, quien derrocó al presidente constitucional de la UCR Don Arturo Illia.

“En los galpones de un ex ingenio azucarero a 25 kilómetros de la ciudad de Tucumán, Lamuraglia instaló una textil en julio de 1967 y ocupó obreros que antes habían quedado sin trabajo al cerrar un ingenio por las políticas de ajuste y achicamiento económico llevados adelante por la dictadura”.

El empresario fue acusado de no pagar los jornales a los trabajadores, de explotarlos y maltratarlos. Se produjeron despidos injustificados y sin pago de indemnización y los trabajadores impulsaron una huelga en octubre de 1969 que desembocó en la toma de la fábrica que habían pasado tres meses sin haber tenido respuesta a sus reclamos.

La hilandería dejó de funcionar bajo la órbita privada y se decretó su expropiación. Finalmente reabrió en 1973 ya en el ámbito estatal. Con el golpe militar de marzo de 1976 la fábrica fue centro de detenciones por parte del gobierno militar y cinco de los obreros de la huelga del sesenta y nueve están desaparecidos hasta la fecha. (Fuente. La Gaceta, 4 de mayo de 2015).

Raúl Eduardo Lamuraglia (hijo) formó la Financiera Cerromar que operaba en el centro de San Luis. El banco Central de la República Argentina envió un texto de comunicación denominada C 56712, emitida el 25/8/2010 y dirigida a todas las entidades financieras. Esa comunicación aclaraba al final que “las sanciones impuestas no se encuentran firmes”.

En esa comunicación, el BCRPA le aplicó una multa de 372.000 el día 25 de agosto de 2010 y lo inhabilitó por 4 años para operar financieramente (Resolución N 148 del 7/05/09, dictada en el Sumario N° 806, Expediente N° 105.292/87 Caratulado Cerromar SA, antes Cerromar Cía. Fin. SA y Banco Galicia y Bs As SA. Sanciones impuestas por infracciones a las normas legales y reglamentarias de orden financiero. Su gerente, Rubén Norberto Bradozza, fue multado con 312.000 pesos. Su hermana Noemí con una multa de 152.000 pesos.

La casona de la estancia tenía varias piezas y comedor gigante, reunía a todos y algunos empleados jerarquizados.

Un ex capataz de la textil La Escalada de Tucumán, Adolfo Sonnenfeld, seguía trabajando para Lamuraglia en la Toma a cargo del mantenimiento general de la avícola. En algunas noches de asado y alcohol, el hombre recordaba que él había sido el último en abandonar la planta textil tucumana donde permaneció custodiando los bienes de su patrón.

Era de San Miguel provincia de Buenos Aires donde tenía su familia y los empresarios lo seguían cuidando porque fue un testigo privilegiado y sabía todos los movimientos que se realizaron en aquellas circunstancias en la dictadura de Onganía.

A La Toma a veces llegaban profesionales de todo tipo para realizar trabajos encargados desde Buenos Aires.

Las técnicas de explotación de la cantera de mármol iban mejorando con los años para extraer las mejores piedras y exportarlas.

En el parque de la Estancia había una capilla cuyos muros originariamente fueron de pequeños bloques de ónix y que en los años cincuenta fueron reemplazados por piedras comunes de la zona. También había unos piletones que en sus muros aún conservan los bloques de ónix tal como alguna vez estuvieron formando parte de la capilla.

Los Lamuragia por otra parte tenían una mansión en Punta del Este, bien en la punta pegada al mar. Cuando llegaban a San Luis generalmente lo hacían en avión de línea y en el aeropuerto eran esperados por camionetas que viajaban especialmente desde la Toma a trasladarlos.

La Avícola, se convirtió con los años en un polo de atracción laboral de toda la zona. Prácticamente la mitad del pueblo minero trabajaba en ese establecimiento.

Estaba ubicado en un campo de 10 hectáreas a la vera de la ruta que conduce de La Toma a Juan Llerena. El mantenimiento y crianza de las

gallinas ponedoras era un trabajo manual que demandaba mucha mano de obra. Por día se llegaron a producir aproximadamente medio millón de huevos.

Las técnicas para mejorar el rendimiento de producción de huevo era un desafío cada vez mayor. Por ello importaron machos y hembras genéticamente mejoradas en Alemania, que además fue un negocio paralelo consistente en la venta de ponedoras a diferentes avícolas del país.

También fue contratado un experto japonés que se dedicaba al “sexado” de los bebés. (Determinación del sexo de los recién nacidos). Las incubadoras y parte de ese sistema estaba instalado a pocos kilómetros del pueblo camino a Cerros Largos.

Al establecimiento había que ingresar vestidos con trajes especiales y se contrataron a mujeres para aprender las finas técnicas del japonés para determinar el sexo de los pollitos recién nacidos.

Era una técnica invasiva para los pollitos y el japonés había sido ganador de concursos realizados en Japón para la determinación del sexo en el menor tiempo posible. Los machos se descartaban y luego servían de alimento para los cerdos que también eran criados para la venta en otro sitio de la Toma.

En la época peronista previa a la dictadura de 1976, el clima en el país se tensaba. Los enfrentamientos entre las fuerzas de la Triple A, las Fuerzas Armadas que se preparaban para otro golpe de Estado, mantenía a todos los argentinos con una preocupación constante. Cada día las noticias daban cuenta de atentados, enfrentamientos, operativos y crímenes.

En La Toma “Japonés” Becerra actuaba en las sombras haciendo inteligencia para la futura Dictadura. Vivía de custodiar a empresarios vinculados a los militares, como los Lamuraglia. Además pasaba información a los servicios de inteligencia que ya actuaban en la época de la Triple A.

En el pueblo merodeaba sitios como los clubes Pringles y Recreativo y se vinculaba con cierta gente que odiaba a los peronistas que estaban en el poder circunstancialmente.

El día del golpe militar, el Japonés Becerra fue nombrado automáticamente en el cargo de Jefe del Departamento Informaciones de la Policía.



Carnet de Inspector de Trabajo del “Gringo” Fernández.

Sandro Santana Alcaraz (Frejuli)

“El justicialismo ha dejado de ser una causa de un hombre para ser la causa de un pueblo y por ella sí valdría la pena darlo todo, incluso la vida” (Juan Domingo Perón).

El muchachito reservado, de tez oscura y mirada serena como su voz, era el abanderado de la Escuela Nacional N° 227, de La Toma. Soñaba con ser médico; y tenía condiciones, según le había dicho la doctora Allende de Ledesma.

Sandro había nacido en un hogar de campesinos peronistas. El 27 de julio de 1953. Era el primero de los hijos del matrimonio de Don Tiburcio Alcaraz -nacido en Cerros Largos- y de Doña Segunda Lucía Castillo -del paraje “El burrito”, en el norte serrano de San Luis-. Se instalaron en una estancia a las puertas de La Toma, como jornaleros para los pesados quehaceres rurales con vacunos. Dos años después, nació Reina; y luego, la última, María del Carmen.

El matrimonio y sus niños mayores se dedicaron a la crianza de vacas, a las que todas las madrugadas tenían que ordeñar para luego vender la leche en el pueblo. Fueron los primeros lecheros de La Toma que la repartían casa por casa en cajones con botellas de vidrio, recién envasada.

El único varón, fue creciendo en ese ambiente rural, trabajando junto a sus padres; y al mismo tiempo, estudiando. Era muy lector y fue abanderado de su colegio. La maestra Rosa Fernanda de Novillo, que tenía “cortitos” a los alumnos, le regaló un libro de la colección Billiken, titulado: San Martín.

Al alumno Santana Alcaraz, por el mérito ganado de ser abanderado para el año 1967. Le dedico este humilde recuerdo.

Egresado quiso, en un primer momento, probar con Medicina. Su padre estuvo dispuesto con orgullo a costearle los estudios, pero nunca se supo por qué motivo, se alistó en San Luis y se inscribió en Física.

Mientras Sandro comenzaba en San Luis, Reina también se preparaba para iniciar el Magisterio en la Escuela Normal Paula Domínguez de Bazán.

El día que conocí a Reina volví luego de varios años a mi escuela, la Normal Juan Pascual Pringles, en la búsqueda de datos académicos oficiales de sus ex alumnos, entre ellos, Pedro Valentín Ledesma.

Allí, en esa escuela centenaria donde pasaron alumnos de los más conocidos de la vida política e institucional de la provincia, también estaba Reina, maestra de grado.

Hacía tiempo que, con el propósito de entrevistarla, la buscaba. No la conocía. La esperé en la puerta del curso donde daba clases. Pregunté por ella, me la presentaron.

No había dudas era igual al rostro que sólo había visto en una foto del Rectorado; era la hermana de Sandro. Cuando la miré a los ojos y le pregunté:

¿Sos la hermana de Sandro Santana?

Pregunté.

Se quedó muda. Por un instante dudó en responder, asintió dos veces con la cabeza, antes de decir:

-Sí, yo soy la hermana de Sandro.

Las lágrimas asomaban por debajo de sus lentes. Le tomé las manos y respiré emocionado:

¡No te puedo creer! ¡Al fin te encontré!

La maestra dudaba al comienzo a contar la historia de su hermano Sandro porque en una sociedad tan marcada por el miedo y en una escuela donde sucedieron durante los años del proceso militar, persecuciones

y discriminaciones a familiares de los desaparecidos, el pertenecer a alguien vinculado a la militancia era estigmatizante.

Reina cuidaba mucho esos detalles y aunque no renegaba de su querido hermano, cuidaba las formas: perfil bajo.

Sandro vivió en varios lugares. Primero, en la calle Balcarce casi Rivadavia; luego en Lavalle y Maipú; y finalmente, en Belgrano casi Mitre.

Don Tiburcio, sabía que Sandro militaba en la Juventud Universitaria Peronista (JUP) y eso lo intranquilizaba; porque pensaba que la militancia podía provocar atrasos en sus estudios y sacrificios extras. Pero también estaba contento con que su hijo abrazara su misma idea política.

En la facultad era conocido como Sandro porque imitaba al cantor popular del momento “Sandro de América” y al mismo tiempo “Frejuli” porque militaba para la lista que llevaba a Cámpora a la Presidencia de la Nación y enarbolaba con orgullo las pancartas con ese emblema político de los 70.

Algunos fines de semana, Sandro viajaba con Reina a La Toma para ayudar a sus padres que ya habían abierto una carnicería en la calle Granadero Baigorria. Los vecinos decían que Sandro salía a vender verdura por las calles para ayudar a mantenerse en San Luis.

La hermana más chica, María del Carmen, se quedó junto a los viejos.

Su amigo el “Gringo” Fernández -con quien se había criado en La Toma lo alababa:

- Era el chico 10”, culto, humilde, solidario, casi siempre retraído, Cuando lo invitábamos a jugar al fútbol era el último en ingresar. A pesar de jugar bien, él quería que jugaran los otros, eso lo pinta en cuerpo y alma.

El Gringo Fernández respetaba y quería a Sandro porque ambos eran campesinos, sabían del rigor de los trabajos con terneros y vacas. Ambos sabían lo que era el pialado de los terneros para marcarlos,

vacunarlos y cuidarlos para que no se pasaran a los campos vecinos. Amigos, peronistas, de padres peronistas, vivirían —cada uno de manera distinta— las peores de las aventuras; solo por militar en un partido que les había proyectado la esperanza de ser dignos campesinos.

Sandro, pertenecía a la JUP que en esa época estaba enrolada en Montoneros. El cruce de miradas era evidente, entre el MUN y Montoneros no había tregua en las épocas de campañas electorales, pero Sandro se saludaba con todos, a pesar de la diferencia de ideas y procederes.

José Antonio “El Gallego” Cid, alumno muy aplicado de Farmacia y militante de peso en el MUN, un día se trompeó con Valentín González, otro dirigente estudiantil conocido en la Universidad, porque se habían encontrado en una calle arrancándose carteles de sus agrupaciones. Valentín primeramente había pertenecido al MUN y cuando se originó la discusión ideológica y de método sobre cómo “hacer la revolución”, el decidió cambiarse y pasar a militar en la JUP de Montoneros.

Los del MUN quedaron resentidos con él y es muy posible que esos enfrentamientos a las trompadas fueran mucho más frecuentes. Luego él y “El Gallego” se pidieron disculpas: eran tipos de temperamento.

En otro momento el propio Gallego enfrentó a Sandro Santana y le reclamó *por qué estaba encuadrando a Diana*, su reciente novia y actual esposa.

La discusión se originó en la puerta del propio comedor donde Sandro había llegado en bicicleta, una bici negra que lo trasladaba por los barrios y la ciudad. La palabra *encuadrar* se usaba para explicar la actividad de convencimiento a los alumnos que no estaban aún identificados por alguna agrupación política dentro de la universidad.

- Lo recuerdo como si fuera ayer

- Sandro usaba unos pantalones azules cortos que no le llegaban ni a los tobillos, era alto, flaco y morocho, calladito y había querido encuadrar a mi novia.

- Lo enfrenté y le dije que Diana estaba militando en el MUN. Sandro tuvo una actitud ética intachable, desde ese día nunca más la molestó.

El Gallego Cid fue profesor de Ética y Legislación en la carrera de Farmacia de la UNSL y cuando se recibió su promedio fue de 9,28 de toda la promoción cuando tenía solo veintiún años.

- En esa época los universitarios teníamos una ley que se cumplía y que era que las mujeres de los amigos no tenían sexo.

Decía José.

PARTE 2
CAPITULO V

Asesinato de Cobos

*“Mientras sea desaparecido no puede tener ningún
tratamiento especial, es una incógnita, es un desaparecido,
no tiene entidad, no está ni vivo ni muerto”
(Dictador Jorge Rafael Videla)*

En enero de 2009, cuando se escuchaban los alegatos del primer Juicio Oral y Público por Delitos de Lesa Humanidad, la Fiscal Olga Allende, describió que en San Luis existió una organización militar y policial que dependía del jefe del III Cuerpo del Ejército con asiento en Córdoba liderado por el general Luciano Benjamín Menéndez. También había una dirección a cargo del General Jorge Maradona, jefe de la Brigada de Infantería de Montaña de Mendoza.

La Policía de San Luis dependía del GADA y su jefe fue el Mayor Hugo Franco mientras que de subjefe se desempeñaba el Capitán Carlos Esteban Pla.

El departamento de Informaciones encargado de las ejecuciones del Plan sistemático contra la subversión era el D2 a cargo del Comisario Víctor David Becerra (El Japonés). *“Este plan sistemático y criminal estaba complementado por la coordinación de actividades de Inteligencia entre las diversas Fuerzas Armadas y es por eso que existía la comunidad Informativa que estaba formada por los jefes de Inteligencia de todas las fuerzas y dedicada a concentrar información y a decidir quienes eran los blancos a detener”.*

“Quién tenía el poder de decisión sobre la detención y libertad de las personas era Fernández Gez”.

“Acá la Inteligencia estaba conformada por el Comandante Fernández Gez, el Teniente Coronel Loaldi y ejecutados por el grupo conformado por Pla, David Becerra, Juan Carlos Pérez y Luis Orozco”.

El Operativo de La Toma fue ordenado por Fernández Gez, operativamente lo cumplió el GADA a través del Teniente Coronel Moreno. A la Toma se dirigió un contingente del Ejército a cargo del Teniente Dana, el Subjefe de Policía Capitán Pla, el Jefe de Informaciones Becerra”, dijo la Fiscal.

Ese mes de septiembre del setenta y seis los Ledesma se preparaban para festejar todos los cumpleaños de la familia; el de “Nonina” Dominga, el 25; y del mismo Pedro (cumpliría 21 años) el 29 de septiembre. Pero en la tarde del 20, antes del día del estudiante y la primavera, se encontró con su novia Catalina Garraza en la Plaza Pringles a las nueve, para luego ir a ayudar a un compañero con una mudanza.

“El Negro” esperó a Catalina leyendo un libro en un banco de la plaza. Ella apareció a los pocos minutos, se besaron y partieron de la mano a la tardecita primaveral de una ciudad pequeña como San Luis.

Las hermanas Garraza, Ana María y Catalina, eran militantes de la Juventud Peronista como Pedro. Hijas de una maestra y de un dirigente de Obras Sanitarias. Todos militantes comprometidos con la causa peronista. Pedro se sentía cómodo entre los Garraza. Ya era bastante grande como para cuidarse solo y tomar una decisión política en su vida de militante. Y los consejos de su hermana Guillermina le retumbaban en la cabeza cada vez que pensaba en su familia:

“Tené cuidado, a los milicos no les gusta lo que hacés. Me muero si te pasa algo”.

El Negro se había comprometido a llevar a Guillermina a la fiesta del estudiante en El Trapiche, donde tradicionalmente se reunían y también hoy los chicas y chicos de todos los colegios de San Luis y localidades vecinas. Aun recordaba que le había costado conseguir el permiso de Don Segundo para que su hermana Guillermina de 17 años que iba al Colegio Nacional Juan Crisóstomo Lafinur, pudiera ir al día siguiente al Trapiche con sus compañeros.

El la iba acompañar y para ello había conseguido una Estanciera de su vecino Astudillo quien los iba alcanzar hasta el lugar turístico a 40 kilómetros de San Luis.

En la esquina de Pringles y Rivadavia se encontró con dos amigos, Juan Cruz Sarmiento y Raúl Cobos, compañeros de teatro, militancia y de guitarreadas. Así partieron los cuatro hacia la casa de Catalina en la calle Maipú antes de llegar a España donde tenían la panadería.

Pedro había prometido que la llevaría temprano. Sabían que el ejército estaba en la búsqueda de compañeros y en cualquier momento podía ser tomado de sorpresa.

Salieron los tres en el Renault Gordini blanco (Chapa patente D 000344) prestado a Juan Cruz por su hermana Julia, rumbo al norte, derecho por Sucre, doblaron por Marcelino Poblete al este y volvieron a doblar.

Iban a la casa de Don Andrónico Tomás Agüero en calle San Juan a buscar una moto de Cobos. El Renault Gordini era conducido por Sarmiento, al lado iba Cobos y atrás Ledesma. Estaba oscuro.

En esas semanas previas había desaparecido un mimeógrafo de la dirección de Cultura, hecho que puso en alerta a toda la policía porque sospechaban que Los Montoneros iniciarían una campaña de pegatinas y volanteadas en El Trapiche donde se concentrarían miles de jóvenes de toda la provincia.

En el Comando de Artillería mientras tanto, pasadas las 7 de la tarde, un colimba que estaba de guardia vio movimientos raros en torno al Comando. El Sargento Ayudante Joaquín Lucero (El King Kong, porque medía 1,90) reunió a la guardia y ordenó a un soldado que conocía bien los barrios del norte a que acompañara al cabo Marín, un entrerriano petizo que estaba de semana y fueran a buscar al jefe al centro.

Salieron en un Ford Falcon color crema a buscar a Miguel Ángel Fernández Gez, Jefe del Comando de Artillería que los esperaba en la Residencia de los militares, edificio ubicado casi al frente de la Jefatura de Policía en calle San Martín.

-Soldado, esto es grave.

-No mi cabo, acá en San Luis no pasa nada.

-Soldado. Vamos a una cagada.

Al auto militar también subió el Coronel Guillermo Clímaco Daract integrante de la Plana Mayor.

Partieron junto a otros autos policiales rumbo al norte de la ciudad. El operativo estaba marcado como secreto.

Todos estaban con ropa de fajina, casco, ametralladoras (PAM 3 y 2) calibre 9 mm y los soldados del Comando todos con FAL.

En la esquina de San Juan y Marcelino Poblet camiones y autos irrumpen violentamente. El Gordini quedó encerrado porque detrás de ellos apareció un patrullero con el Comisario Becerra a la cabeza.

Becerra los detiene con voz de alto, los obliga a descender y a partir de allí se oyeron disparos. Los militares y policías sorprendieron a los tres amigos que se conducían a un camino sin salida que aunque pensaron en volver marcha atrás, no tenían otra y enfrentaron la situación.

Los militares venían siguiendo los pasos de Raúl Cobos, 22 años, militante sanjuanino que trabajaba en la UNSL como no docente. Estaba casado con Beatriz que estaba embarazada de un varón y tenían una nena.

Cobos se había mudado desde el centro a un barrio del oeste y desde allí a otro sitio adonde llevarían las cosas que iban a buscar.

En la emboscada, los policías detuvieron al Gordini, hicieron bajar a los tres, a Cobos lo bajaron de un culatazo en la cabeza e instantes después lo balearon en el tórax. Un testigo declaró en el juicio que reprodujo los hechos en el mismo sitio, que el sanjuanino estaba tirado en el piso con el tórax destrozado por las esquirlas de los disparos y que se encontraba moribundo. Al lado estaba un maletín y otras pertenencias.

Durante todo ese proceso que fue publicado por algunos diarios de la época, el procedimiento se trató de un ***“enfrentamiento con guerrilleros en el que resultó muerto un delincuente”***. Además el parte oficial de los militares sostenía que la Policía ordenó el grito de Alto y que del auto descendió un hombre a quien se le pidió la documentación del vehículo y que sacó de la guantera un arma y que logró disparar contra un soldado y que por eso recibió la respuesta de una balacera.

Los militares argumentaron que entre las ropas de Cobos había una hoja escrita de puño y letra (dijeron que había sido escrita por Santana Alcaraz) con informe de militantes y sus funciones en la “Orga” (Organización Montoneros) de gente de La Toma. Allí había nombres entre los que figuran “La Flaca” (todos aseguraban que era Graciela Fiochetti aunque nunca se escribió su nombre), Trepín, Angles, el “Gringo”. De esa manera los militares intentaron por décadas justificar el Operativo La Toma.

Nunca se comprobó que el escrito fuera de Santana Alcaraz y los militantes revolucionarios mayores consultados años después se rieron de la historia inventada por el Ejército ya que la organización revolucionaria tenía protocolos de seguridad estrictos en ese sentido y nunca se rebelarían los nombres de personas involucradas y mucho menos de militantes o simpatizantes sin formación militar ni entrenamiento guerrillero, mucho menos escribirlos en un papel.

Al Negro Ledesma y a Juan Cruz Sarmiento, los tiraron al piso, los maniataron y luego se los llevaron a la Jefatura de Policía. A Cobos lo subieron en un Jeep y lo trasladaron al Policlínico.

Al Negro Ledesma y Sarmiento los torturaron durante la noche y los trasladaban de comisaría en comisaría.

En la noche trágica los militares sostuvieron que los servicios de inteligencia habían descubierto una “célula Montonera”.

En un sitio secreto que luego se demostró que se trataba de la Granja la Amalia, un campo de entrenamiento de soldados ubicada detrás del edificio de la Estación de Trenes, que funcionaba además como centro clandestino de detención ya certificado, el tiempo fluía lento, en ese sitio oscuro y de muerte, llevaron a Juan Cruz Sarmiento y en la celdita del lado al Negro Ledesma. Los dos estaban desnudos y habían sido llevados “tabicados” (con los ojos vendados).

¿Dónde estamos?

Me parece que en El Chorrillo, es aire de campo el que se siente.

-Te juro que si zafamos de ésta me caso, hermano. Te juro que me caso.

Le dijo Ledesma Juan Cruz.

Esa noche, la familia Ledesma se sobresaltó al escuchar una frenada en la puerta de su casa. Dominga, vio por una ventana a los hombres armados que bajaban y golpeaban sin concesión la puerta. El allanamiento fue corto, lo único que encontraron los militares fueron los rostros atemorizados de los Ledesma.

“Nonina” estaba en la cocina preparando milanesas para que Guillermina llevara al otro día al Trapiche.

Don Segundo Valentín relató al Tribunal los detalles de ese procedimiento en su casa:

“Van a la pieza de mi hijo que dormía en una cucheta y Pla me muestra unas revistas que antes no estaban ahí, que él las había traído.

¿Las conoce?

¿Si Ud. las trajo, porqué me quiere perjudicar?

Luego Pla sacó un libro de la mesa de luz.

-¿Ha visto a su hijo con este libro?

- Claro que lo he visto, es un libro de la Universidad. Mire el sello.

Cuando Pla había dado vuelta todo, pidió dos testigos. Trajeron a dos vecinos a Guzmán y Moyano. Yo protesto porque nada han visto.

-¿De qué van a atestiguar?

Pero no hay caso, los hacen firmar lo mismo. Por lo de las revistas, que no estaban en la casa, que las había traído Pla, yo firmo en disconformidad.

-Ud. firme nada más y después vaya a quejarse a la Jefatura.

Contó Ledesma que lo amenazó Pla.

En su peregrinar entre la Jefatura, el GADA, algunas comisarías, dejaron una orden, con una sugestiva recomendación:

“Vaya mañana a las 22 a la Comisaría Segunda. . Y vaya solo”.

La generosidad de un amigo impidió que Ledesma, un albañil que andaba todo el día en bicicleta, fuese solo a la comisaría. Cargó su bicicletita en la camioneta y partieron hacia la Segunda, con la esperanza de encontrarse con su hijo.

Lo dejaron sólo porque a su amigo lo obligaron a irse. En una `pieza lo tenían a su hijo. El Negro se abrazó a su padre y le confesó que no tenía nada que ver.

Se lo entregó el Capitán Pla, quien le dijo:

“su hijo no tiene nada que ver”

Pla le aconsejó que no lo mandara a la universidad por este año y tampoco el que viene. Que no saliera de su casa por unos 15 días.

Así ambos salieron a pié porque Pla no les dejó pedir un taxi por teléfono ni que volvieran en bicicleta.

Padre e hijo salieron de la comisaría por la calle de tierra rumbo a la casa a pocas cuerdas del lugar. El Negro estaba muy golpeado pero disimulaba frente a su padre. Vestía una chomba azul, pantalón gris o negro y alpargatas.

Por momentos, padre e hijo no intercambiaron palabra. La noche era clara, limpia y soplaban un ligero viento del sur.

-“Te dije que te ibas a meter en quilombos...”

protestó Don Valentín.

Estaban ya a una cuadra de la Comisaría cuando apareció el Falcon gris. Todos lo conocían: recorría la ciudad en operativos ilegales. Desde adentro se escuchó:

“Somos montoneros, te han largado porque cantaste todo y te vamos hacer bosta. Nos vendiste hijo de puta, ahora nos buscan los milicos. Sos un soplón”.

Don Ledesma fue golpeado. Desde el suelo, vio cómo cargaban a su hijo en el baúl. También vio adentro del auto el rostro del Capitán Carlos Esteban Pla. Don Segundo alcanzó a reconocer el pantalón del uniforme del mismo tipo que le había entregado a su hijo. Fue la última vez que vio a Pedro con vida. Don Valentín volvió como pudo hasta la comisaría y en la misma oficina volvió a enfrentar a Pla, vestido igual a como acababa de verlo en el Falcon gris: pantalón crema, remera beige, zapatos marrones.

Don Ledesma le reclamó al militar lo que había sucedido un rato antes.

Pla le espetó:

-Su hijo es jefe de adiestramiento, jefe de tiro, tesorero y otras jefaturas que no recuerdo.

-Si yo le malicio su intención. Ud. No me encuentra esta noche, yo tenía plena confianza de lo que estaban haciendo, por eso no me di cuenta.

Contestó Don Ledesma.

El Comisario Marcelo Arturo Sosa (El Caballo Verde) le asignó un auto con tres efectivos para que lo salieron a buscar. Anduvo con ellos hasta la madrugada sin resultados.

Al día siguiente fue a la Jefatura a entrevistarse nuevamente con Pla y en la puerta vio a un individuo que fumaba, a quien le pregunta si se han visto antes, a lo que el hombre respondió que no pero en otra situación en el mismo edificio, Don Ledesma reconoció los movimientos de ese hombre como el encapuchado que secuestró a su hijo la noche anterior. El individuo era el mismo jefe del D2 David “Japonés” Becerra.

Don Ledesma y toda su familia, sin la compañía de Doña Dominga quien falleció, siguen con la esperanza que se rompa el pacto de silencio entre los militares y policías y digan dónde llevaron a su hijo. Les devolverá a los Ledesma la dignidad de sepultar al Negro en un lugar visible para llevarle flores todos los septiembres.

Un día del año dos mil Francisco “Pancho” Ledesma, hermano del “Negro” Ledesma, encontró al temible torturador “Japonés” Becerra en la garita de seguridad de una fábrica del parque industrial de San Luis. “Pancho” hacía ocho años que trabajaba de operario. Ese día lo enfrentó cara a cara, cuerpo a cuerpo y le recriminó:

-¿Vos qué hacés aca?

- Lo de tu hermano preguntale a Pla.

Alcanzó a responder.

“Pancho” Ledesma automáticamente renunció a la fábrica.

CAPITULO VI

La Toma trágica

En otro sitio de la provincia de San Luis, en la madrugada del 21 de septiembre de 1976, la tía de Graciela, Elba, temblaba de miedo en la oficina de la comisaría del pueblo donde trabajaba de radio operadora, cargo que había obtenido luego de hacer un período de instrucción en la Escuela de Policía en San Luis. En la sala se presentaron dos militares que se quedaron haciendo guardia, le impidieron el paso y le prohibieron contestar la radio policial que llamaba desde la localidad de San Martín.

En la dependencia había llegado el comisario David Becerra (El Japonés) y el comisario Segundo Garro.

Elba escuchaba que, tras la puerta, pasos pesados de borceguíes, gritos y ruidos advertían de una sorpresiva intervención militar que era ordenada a los policías de la comisaría. Y que a la dependencia habían llevado unos detenidos.

A pocas cuadras de la comisaría, en Moreno 160 Graciela dormía en su casa junto a su madre Laura. Había recibido, en el Hospital Español de Buenos Aires, la medicación por su enfermedad y la indicación que debía hacer reposo. En la Capital Federal había permanecido cuatro días donde visitó el Tigre y paseó con su padre José.

Como a las 3 de la madrugada (hora consignada en el expediente como testimonio de Laura Álvarez madre de Graciela) un fuerte disparo repetido de escopetazo, la sobresaltó. Se puso como pudo el pantalón, una camisa con rallas, un pulóver rojo y zapatos mocasines marrones. A los golpes entraban a su casa militares y policías. Tomaron a su madre. A ella la hicieron arrodillar a las trompadas. Le gritaban y la insultaban. Dieron vuelta toda la casa. Laura no sabía qué hacían esos hombres armados allí, que preguntaban si tenían escondidas armas y qué hacían esas fotos de Perón en la pared. Eran como 30 uniformados, parecía un batallón completo, declaró Laura.

A Graciela le exigían que hablara de los Montoneros. Este interrogatorio duró un rato. Los vecinos vieron todo el operativo, pero nadie salió a defenderla. Miedo colectivo inoculado en nuestra sociedad, la que había sido polarizada ideológicamente: “Algo habrá hecho”

A ella la maniataron, la amordazaron, le vendaron los ojos y se la llevaron en un camión del ejército a la comisaría de La Toma, donde continuó la tortura. Estaba aturdida, dolorida, casi inconciente, confundida por los golpes y a punto de sufrir convulsiones. Por momentos insultaba a sus atacantes. En uno de los pasillos, una prima de Graciela que enterada de lo sucedido en la casa de los Fiocchi fue corriendo a la comisaría, quiso explicarles que estaba enferma y que necesitaba sus medicamentos, pero no fue escuchada.

“La fuimos ablandando a las patadas”, le comentó el policía Juan Carlos Pérez al chofer policial Jorge Hugo Velazquez que esperaba en un auto policial en alerta para salir con velocidad llevando al jefe a San Luis.

En un aparador de la casa los militares dejaron un arma, cuando Laura se dio cuenta les gritó que se la llevaran, que ella no sabía cómo usarla. En el operativo actuaron el Oficial Mariano Mansilla que redactó el acta de detención, otro de apellido Mora, el Agente Beto Palmero, el Agente Funes y el Comisario Becerra, que estaba de civil.

En la comisaría, la tía de Graciela, Elba, escuchó todo el interrogatorio a su ahijada Graciela; a quien no pudo ver pero sí escuchar hasta que la trasladaron a la ciudad. El turno de trabajo concluyó a las seis de la mañana, cuando la dejaron salir para encontrarse con su hermana Laura, que desesperada le contó el terror que había sufrido en la calle Moreno.

Según constaba en el libro de guardia de la Comisaría de La Toma, Graciela fue trasladada a San Luis a las nueve de la mañana.

La llevaron a la Jefatura amordazada y en el edificio sufrió las más salvajes torturas.

En la lista de los detenidos de La Toma había mucha más gente:

Ricardo Angles, Oscar Trepín, Américo Magallanes, Gilberto Cano, Víctor Filiberti, Hugo Mugnaini, Rafael Torres, además de Graciela y “El Gringo” Fernández.

La puerta de la casa de Graciela quedó rota, agujereada por balas de FAL, disparadas durante el operativo sorpresa. El tío de Graciela, Alfredo se encargó durante los días posteriores de repararla.

“La Flaca de La Toma” era una referencia que los militares llevaban escrita en un papel y era motivo para el operativo. El papel había sido encontrado en el bolsillo de Cobos acusado de Montonero (presumiblemente Santana Alcaraz quien escribió una lista de amigos de La Toma entre los que estaba Trepín y “El Gringo” Fernández aunque nunca se comprobó que fuera Sandro por pericia caligráfica).

Esa fue la versión que dieron los militares para justificar el operativo.

Graciela, Trepín y Fernández fueron llevados a San Luis.

Al día siguiente del operativo, Laura y su hija María Magdalena (Cuqui) se dirigieron a San Luis a buscar en casi todas las comisaría los rastros de Graciela. En la Jefatura Central entrevistaron al subjefe Pla quien contestó que **“ni la conocía”**. Ambas mujeres se dirigieron al GADA donde el Jefe Coronel Moreno les aconsejó que hablaran nuevamente con el Capitán Pla. En el camino se encontraron con el “Gringo” Fernández quien les contó que a Graciela la tenían en la Jefatura.

Pla volvió a reunirse con la madre y hermana de Graciela y cuando Laura le contó los dichos de Fernández lo mandó a detener nuevamente. Allí en la misma Jefatura, vieron a otro chico más delgado muy golpeado. Después se enteraron que era Pedro Ledesma.

Pla les contó que a Graciela la acababan de liberar y les mostró el acta de liberación con la firma de puño y letra de Graciela, que tanto Laura como Cuqui reconocieron.

Laura les había enseñado a sus hijas que cuando les hicieran firmar

algo contra su voluntad o sospecharan de algún fraude o estafa, a la firma le hicieran una línea o una referencia que sólo ellas supieran. La firma de Graciela en el acta de liberación, llevaba un rulo más grande del original y Cuqui y Laura se dieron cuenta.

Sobreviviendo

“El Gringo” Fernández hacía un año que residía en la casita del Barrio Hipotecario de La Toma, adonde fue a vivir con su mujer -que ya tenía en su vientre a Julieta- y sus otros dos niños, Roberto Carlos de cinco años y Sonia Elizabeth de cuatro. Era feliz, con su sueldo de doce pesos que le alcanzaba para vivir dignamente. Hasta le alcanzó para sacar una heladera y pagar el crédito mensual en una casa de electrodomésticos de San Luis.

Sin embargo, en las sombras, ex policías de los servicios de inteligencia y de informaciones lo seguían. Su mujer se había dado cuenta de un auto que aparecía en sitios clave.

René sin consultar con su marido decidió quemar unos libros que el Gringo guardaba para leer. Eran de los movimientos revolucionarios del peronismo, de historia. De cuando los aviones de la Marina y de Córdoba bombardearon a la Plaza de Mayo.

Esa madrugada de primavera, los militares junto con la policía rodearon toda la manzana del barrio. Camiones, camionetas y ***“hasta una avioneta fueron utilizados para el operativo”***. Recordó René. Eran 150 efectivos a cargo del Teniente Dana.

El Gringo dormía junto a su mujer René. Los ladridos de los perros y los gritos en la calle, despertaron a la mujer que estaba casi despierta para ir al trabajo del Ministerio de Trabajo. Ella escuchó un grito que ordenaba: “Abran la muerte sino los matamos a todos”. Ella abrió la puerta y justo le disparan por sobre la cabeza.

Un tiro rompió un velador y pegó arriba en una estufa.

El Gringo pegó un salto de la cama pero un fuerte golpe en la cabeza lo desplomó. La mujer y los nenes lloraban y gritaban aterrorizados. Al Gringo lo golpeaban y lo insultaban. Los niños se aferraban a las piernas del padre. Los policías los despegaron por la fuerza. Toda la casa estaba inundada por el humo y el olor a pólvora.

El “Japonés” Becerra que había estado custodiando el operativo en la puerta mandó a encerrar a su mujer y a los dos niños. La sentaron en una silla en el comedor para interrogarla sin despegarse de los niños. Después los llevaron al baño apuntándolos con el arma y dejaron a uno de custodia. Los nenes lloraban apretando a su madre.

Becerra gritaba desde la puerta: ***“Si se rebelan maten, maten, maten”***.

Un soldadito, le advirtió entre dientes a la mujer embarazada que los jefes estaban dispuestos a matarla si gritaba. Los militares dieron vuelta toda la casa.

Los militares llevaron a la mujer al dormitorio. Allí bajaron un cuadro de Perón vestido de militar y montado en el caballo blanco con pintas negras y vieron una foto del Gringo haciendo la colimba con una tira de “dragoniante” (El menor cargo de jerarquía dentro del Ejército) Había sido dado de baja antes de finalizar el año por buena conducta.

El Teniente Dana ordenó: ***“Bueno, bueno, vamos, nos equivocamos”***. Contó René la mujer del Gringo.

Roberto Fernández es el hijo del Gringo y René, ahora es un hombre con hijos y nieto. De niño con cinco años vivió los peores horrores de su vida junto a sus padres aquel 21 de septiembre de 1976

“Me acuerdo todo lo que pasó esa noche”, dijo con vos apurada.

“Los perros ladraban como locos, los tiros en la puerta, uno le pasó por sobre la cabeza de mi vieja y pegó arriba de la estufa”.

“Hoy cierro los ojos y lo veo todo. Lo escucho todo”. Dijo el hijo del Gringo.

Aquel 21 de septiembre, a los veintiséis años, las fuerzas del Gringo Fernández eran doblegadas para maniatarlo y vendarlo; lo trasladaron caminando a la Comisaría de La Toma. Allí fue sentado en una silla y una patada voladora le sacudió el cráneo. Pesadamente cayó al piso desde donde era levantado nuevamente con insultos y de los pelos.

El “Japonés” Becerra, el temible comisario torturador había regresado desde San Luis para aplicar mano dura. El “Japonés” conocía muy bien al Gringo.

Fue trasladado en un camión militar junto a Trepín (que fue liberado a los días), Graciela y otros. Lo llevaron a la Jefatura de Policía donde el Capitán Pla se adueñó de su vida. Allí lo siguieron torturando hasta inutilizarle el brazo derecho de tantos golpes.

El “Japonés” Becerra cada vez que lo torturaba le decía:

-¿Porqué molestabas a Lamuraglia?

-¿Dónde están las armas?

En el lugar vio a otro chico muy golpeado, sentado en una silla temblando, luego se enteraría que era Pedro Ledesma. Allí le hicieron firmar una vez el acta de liberación, lo subieron vendado a un auto y lo llevaron.

Lo trasladaron esposado durante unos quince minutos con rumbo desconocido. En un lugar lo tiraron casi inconciente, aunque para los represores estaba muerto. Como pudo, se desató y volvió a su pueblo de La Toma para reencontrarse con su mujer embarazada y sus dos hijos.

El horror aún no terminaba. A los dos días lo fueron a buscar y se lo llevaron nuevamente a San Luis. En los distintos sitios de detención y tortura, estuvo cerca de tres meses hasta que un día lo liberaron.

“Ese día un militar me fue a buscar y me dijo: vos te vas, no tenés nada que ver, te pedimos disculpas”.

El 1 de marzo de 1977 nació por fin su hija menor, Julieta.

“El Gringo” no pudo reconstruir más su vida en el pueblo de La Toma.

Estuvo sobreviviendo como un zombi. Antes del setenta y seis tenía una calera, un emprendimiento personal que quedó abandonado, no lo pudo volver a reconstruir, uno de sus brazos no servía; estaba deprimido, destruido por las torturas a punto tal que prefería morirse que seguir luchando.

Sus niños eran discriminados hasta en la escuela primaria que estaba instalada detrás de esa misma comisaría policial donde lo torturaron. Los chicos a esa edad repiten lo que sus padres decían cuando lo veían pasar: ***“Tu papá es guerrillero... es terrorista... Tu papá está muerto”***.

El Gringo un día cargó a su familia y se fue para siempre a Villa Mercedes, a comenzar de nuevo. Trabajó de albañil, carnicero y de toda changa que pudiera salir para poder mantener a su familia con tres hijos chicos. Un día se inscribió en el Frigorífico La Morocha como despostador hasta que el dueño del establecimiento le propuso dejarlo en planta permanente. Debía presentarse al día siguiente para que realizara todos los papeles. Cuando fue a la puerta le prohibieron el paso. Habían averiguado sus antecedentes y no lo dejaron trabajar más.

También probó de ingresar a la Bagley, la mayor fábrica de galletitas instalada en la provincia y el país. Se inscribió en la planta de montaje. Cuando averiguaron su foja de servicio lo dejaron afuera. Su esposa René consiguió trabajo como empleada municipal en Villa Mercedes mientras el Gringo tuvo que deambular y convertirse en cuentapropista. Hoy vive en una chacra en las afueras de la ciudad, dedicado a la crianza de ovejas, cerdos y caballos.

Sobrevivió para contarlo.

“Mi viejo no tenía precio, nunca se vendió y estaba para hacer cumplir las leyes laborales frente a la explotación”, reflexionó Roberto quien ahora es papá y abuelo de una nena de 7 años.

“A Sandro se lo tragó la tierra”

Las aulas de la Facultad en Chacabuco y Pedernera, guardan los recuerdos de los primeros físicos de la universidad. Pioneros como los Doctores Pascual Colavita, Egarter, Sgrablich y otros, dejaron huellas muy marcadas en varias generaciones de alumnos, algunos de los cuales fueron a seguir carrera en el Instituto Balseiro, en Bariloche, para investigar sobre Física Nuclear. Quien visite ese instituto encontrará similitudes muy marcadas con los escenarios de la Universidad Nacional de Cuyo y la de San Luis creada en 1973.

En esos pesados pupitres de madera color marrón, con base de hierro forjado colocados sobre unas plataformas, los alumnos iban formándose en la física cuántica, descifrando las ecuaciones propuestas por Albert Einstein.

Los militares del '76 habían abolido la semana del estudiante, esas pequeñas vacaciones que se otorgaban históricamente a todos los universitarios del país entre el 21 de septiembre y el 28 para festejar la primavera.

El lunes 21 por la tarde Sandro o “Frejuli” como le decía su amigo y compañero de inglés Enrique “Quique” Gallardo, tenía que devolver el libro de Física Cuántica en la biblioteca y le aseguró que a la mañana siguiente se encontrarían en clases. Ese libro de tapas azul-celeste titulado Quantum Mechanics, volumen II - North Holland Publishing Company, cuyo autor era Alberto Messiah, aun en la actualidad conserva el sello de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional de Cuyo-Biblioteca- y el número de edición 49-6-67. El texto nunca llegaría y se quedó guardado para siempre en la biblioteca de Quique como recuerdo material de la última mano otorgada al amigo, **“siempre flaco, morocho, buen tipo”**, que era Sandro Santana. Le decían “Frejuli” porque en las manifestaciones era el encargado de llevar un mástil con un cartel del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI).

Un compañero de Sandro, que iba un año adelante, le prestaba los apuntes para poder estudiar.

“Era tan sencillo Sandrino -decía Rodolfo- que nadie le iba a negar una mano. Llegaba por casa a buscar apuntes de años anteriores, era un clásico: vestía saquito azul, camisa blanca, pantalón de jeans y zapatillas blancas impecables”.

También un ex alumno de Ciencias de la Educación y militante peronista, ex preso político Jorge Salinas, declaró que conoció a Sandro en el Centro de Estudiantes donde llegaron a trabajar copiando apuntes para el resto de los estudiantes con un mimeógrafo ya que en esa época no había fotocopidora.

Sandro había trabajado junto a Salinas en las campañas de alfabetización en los barrios de San Luis, en una campaña que se organizó a nivel nacional.

Gallardo, quien fue Rector de la Escuela Normal Juan Pascual Pringles, se emocionaba, secaba sus lágrimas al recordar a su amigo: ***“era un placer dialogar con Sandro. Nunca intentó adoctrinarnos, a pesar de que él era un militante justicialista que nunca guardó su ideología”. Nosotros los amigos lo buscábamos porque transmitía una paz y una calma, difícil de encontrar en otra persona”***, decía Gallardo.

Sandro Santana Alcaraz, el “chico 10” como lo consideraba “El Gringo” Fernández, era un alumno regular, sus clases teóricas, de laboratorio y prácticas iban intercaladas con la política.

“Era un alumno de los pocos que había en mi clase, solo cinco o seis”, recordaba el profesor Eduardo “Lalo” Barroso hoy jubilado que en el 76 daba clases temprano en el aula 11, de Chacabuco y Pedernera; bien temprano, como a él le gustaba y entre esos alumnos estaba Sandro:

“Era callado, pueblerino. Rara vez preguntaba o agregaba algo en clase” Recordó Lalo.

Esa mañana golpearon la puerta del aula, el profesor atendió y vio parado enfrente a dos hombres de civil que ni reconocería hasta el día de la fecha.

“¿Acá está el alumno Alcaraz?” -preguntaron los hombres.

El profesor contestó que estaba en clases. Los desconocidos le pidieron hablar unos minutos con el alumno. El profesor llamó a Sandro que se levantó tranquilamente. Los hombres hablaron unos pocos minutos. Sandro volvió al aula, levantó sus útiles y dijo:

“Lalo me llevo las cosas”, dejó la clase sin mediar ningún otro comentario a los compañeros ni al profesor.

“Fue la última vez que lo vi -se lamentaba Barroso- en esa época nos enterábamos muy poco de lo que pasaba y menos de los desaparecidos”.

Gallardo vivía en la casona de San Martín 910, casi esquina Pedernera, luego de que su padre viniera a trabajar en la ferretería de Los Mollos. Como la casa tenía muchas piezas, alquilaban a otros estudiantes. Allí vivió durante cuatro años Raúl Cobos. Gallardo, salió esa mañana del día 22 de septiembre del 76 unos minutos antes de las ocho. Cruzó la esquina, caminó por la vereda norte de la Pedernera rumbo a la facultad, pasó frente al portón trasero de la Policía Federal, instalada en la Avenida Quintana (hoy Illia) esquina con Chacabuco, donde hoy funciona OSDE. Subió las escaleras del edificio universitario por Chacabuco y se encontró con sus compañeros:

“¿Viste? se lo llevaron a ‘Frejuli’...” le informaron. Se quedó helado ante la noticia. Todos se quedaron allí en la esquina mirando hacia el portón de la Federal pensando que allí estaba. Nunca volvió el “flaco de La Toma”. Se lo tragó la tierra.

La primera en enterarse de la familia fue Reina quien inmediatamente fue a la facultad en Chacabuco y Pedernera. Allí le contaron que a su hermano lo habían llevado detenido, pero nadie sabía adónde. Los policías habían entrado en la casa donde vivía Sandro, en Belgrano 1365. Reina viajó a La Toma y avisó a los padres quienes armaron el viaje de inmediato para buscarlo. Fueron a todas partes, a la policía, al GADA 141, a la Facultad, nadie sabía nada de Sandro Santana Alcaraz.

El profesor Barroso recordó que los padres de Sandro Santana Alcaraz fueron a preguntarle un día qué había pasado con su hijo. Era gente de campo, de pocas palabras y humildes. El profesor no tuvo respuestas. A Sandro se lo había tragado la tierra. Dicen algunos trabajadores no docentes de la universidad que el padre del joven alumno se pasó varias noches durmiendo en el segundo piso de la facultad, cerca de mayordomía, espiando para ver si su hijo aparecía.

Don Tiburcio maldijo una tarde lo que le había pasado a su muchacho. No sabía qué pensar al comienzo. Había “mandado al varón a estudiar” y se lo había tragado la tierra.

Sandro estaba fichado como “Oponente Prioridad I” enrolado en una de las fuerzas políticas enemigas al régimen de la dictadura desde que había ingresado a la Universidad. Sus vinculaciones políticas en La Toma, su militancia con el ex gobernador Elías Adre y sus antecedentes universitarios lo colocaban en una posición de vulnerabilidad frente a los militares.

Para el profesor Barroso esos años no fueron fáciles a pesar de no militar en ningún partido político. Para Quique Gallardo, esa semana sería trágica.

Barroso vivía junto a otros compañeros docentes y alumnos en el Pasaje Juan Gez y Sucre. Allí se juntaban luego de la cena a jugar a las cartas y al casino junto a Jorge Vila, Roberto Jury, Víctor Bustos, Gregorio Costanzo y Alberto Geraiges. De pronto el timbre quedó pegado.

Los jóvenes gritaron al molesto intruso que dejara de tocar, que ya lo atenderían. Pero el molesto insistió movido por una urgencia premeditada. La manzana quedó cerrada con camiones y jeeps militares. En los techos de las casas altas vecinas se habían parapetado soldados que apuntaban directo a la puerta y a las ventanas de la casa.

El profesor Barroso, finalmente se ocupó de abrir la puerta. Una pistola 9 milímetros le apuntó el estómago y lo hizo retroceder. En la vereda había militares armados como para ir a la guerra. Había un

teniente que cargaba granadas hasta en el pecho. En la puerta apareció un oficial de mayor jerarquía peinado con gomina, con el pelo tirado para atrás. Era el Capitán Carlos Pla, quien comandaba ese operativo. Los militares revisaron toda la casa. Hasta introducían cuchillos en el interior de los frascos con mermelada porque sospechaban que había algo escondido. De pronto una foto de compañeros de la escuela secundaria que “El Turco” Geraiges había colocado de recuerdo, disparó todas las sospechas.

En el revés de la foto, “El Turco” había colocado los apodos de sus ex-compañeros Eduardo Benegas (“El Negro”), Roberto Follari, y otros. Los militares reaccionaron. Los muchachos fueron llevados a la Jefatura en el medio del saludo de vecinos que salieron a chusmear. Entraron a la Jefatura de Policía por el portón famoso de la calle Belgrano, al lado del Juzgado Federal. Geraiges la pasó mal. Pla lo hacía caminar por el patio tomado de los pelos para que dijera quiénes eran esos tipos de la foto y qué hacían. Allí fueron trasladados a una oficina donde un policía intentaba tecleando, con los dedos índices, tomarles declaración. Uno de los detenidos le propuso escribir su propia versión pero escribiendo más rápido. De pronto el policía les ordenó que se comportaran que venía el jefe. Era otra vez Pla, que saludó a uno de los detenidos con una trompada seca en la cara. Fueron conducidos a una sala cerrada. Los pararon mirando una mirilla por donde se veían ojos que espiaban. Al rato, los militares les anunciaron que no tenían nada que ver y que se retiraran. Todo había sido iniciado por un suboficial del ejército vecino de los alumnos, que se molestaba cuando los muchachos hacían gimnasia y karate en la cochera de la casa. A esa cochera iban todos los amigos que quisieran sumarse a los movimientos vivos. El militar consideró que era un lugar de entrenamiento de guerrilleros.

Gallardo volvió apesadumbrado y asustado a su casa. Comentó a sus compañeros y a su familia. Tiempo antes debió hablar de frente con Cobos y pedirle que retirara sus cosas y se fuera de su casa. Que ponía en peligro a todos los que allí vivían por su pública identificación y militancia en Montoneros. Cobos, no tuvo problemas, entendió lo que

la familia Gallardo que lo había protegido y atendido durante cuatro años, le estaba pidiendo. Juntó sus cosas y abandonó la casa.

Mientras los compañeros de la carrera de Física se preguntaban por el destino de “FREJULI”, otra detenida y compañera de militancia en la Juventud Peronista del muchacho de La Toma, Mirta Rosales, era llevada de la Cárcel a las comisarías para ser torturada, en una de esas pasadas la trasladaron al Departamento Informaciones (D2) de la Jefatura de Policía donde en un “lugar sin techo al lado de un cajón de muerto”, vio la bicicleta Negra de Santana Alcaraz. (Declaración contenida en el expediente del Juicio Oral y Público).

CAPITULO VII

*Era septiembre
La muerte rondaba por las calles
Vestida de verde...
Con su falcon verde...
Su chaqueta verde...
Su birrete, verde...
La muerte era marzo
Y la vida septiembre.
La muerte era otoño...
Y la vida, primavera.
Y Raúl, primavera...
Y primavera, Graciela,
Santana Alcaraz, Chacón
Y el Negrito Ledesma...
Ellos eran la vida
A quien la muerte seguía
Vestida de verde...
Pero la muerte mentía
Vestida de verde,
Porque era ella Marzo
Y la vida, Septiembre
La muerte era otoño
Y la vida, primavera....*

(Extracto del poema Septiembre. Autor Pablo Melto)

MELTO, el cura futbolista del tercer mundo.

Tras la medianoche del 21 de septiembre de 1976, María del Carmen “Camucha” Abdala a punto de dar a luz subía dolorida por las contracciones al ascensor del Policlínico Regional San Luis que la condujo al primer piso donde estaban como hoy, los quirófanos del nosocomio.

Allí trabajaba su hermana médica que inmediatamente se puso a coordinar las tareas para que ese parto fuera exitoso.

De repente, su esposo Pablo y ella misma sintieron pasos de borceguíes, voces de muchos hombres, una camilla que marchaba a toda velocidad por los pasillos y la puerta del ascensor del lado que se abría.

Julio Martín Melto nació a las pocas horas, sano y salvo. Los Melto saludaban la llegada del segundo varón, hermanito de Juan Pablo que el 19 de agosto había cumplido un año.

Luego se enteraron por comentarios de familiares que los militares que llegaron esa noche llevaron “el cuerpo de un militante universitario que había caído herido en un enfrentamiento” con el Ejército durante un operativo en un barrio del norte de la ciudad. El muchacho era de apellido Cobos.

Pablo Melto más tarde se enteró que ese mismo día hubo una verdadera razia de los militares en distintos puntos de la ciudad y de la provincia.

El sabía perfectamente qué planes tenía la dictadura que había asumido en marzo. Había sufrido en carne propia las persecuciones y detenciones por el hecho de pensar distinto, de haber tenido votos

religiosos considerados “marxistas” por el poder de la Iglesia de la época.

Esa primavera lo marcó a fuego y desde allí la fecha selló la historia del propio hijo. Un antes y un después para familia.

Se había ordenado sacerdote en 1970 luego de haber estudiado los 4 últimos años de teología en Villada (Casa que reunía a los teólogos salesianos de Argentina, Uruguay y Brasil, Salesianos) que estaba ubicada cerca del barrio militar camino a la Calera en Córdoba.

Provenía de una familia descendiente de italianos que se instalaron en Tucumán. Su papá tenía otros dos hermanos y los tres se dedicaban a las actividades de chacras en la localidad de Yerba Buena.

Pablo nació en Tucumán un 4 de marzo de 1942 y en una promoción de los Salesianos para adquirir vocaciones, lo inscribieron para estudiar en el Seminario en Córdoba en el cincuenta y cinco cuando iba a sexto grado.

Llegó a la Docta el 16 de septiembre de 1955 justo en la noche de la Revolución Libertadora que derrocó a Perón.

Esa noche el cura responsable que lo llevaba desde Tucumán, Máximo Enrique Maccio se cambió la sotana por un traje para evitar problemas con su vestimenta de sacerdote en un año caliente para los religiosos católicos.

La situación del país originada por la pelea entre el gobierno peronista y el poder de la Iglesia Católica estaba al límite.

Ya el 16 de junio se produjo un intento de golpe de Estado y de asesinato del presidente Perón, que derivó en el bombardeo de la Plaza de Mayo y sus adyacencias, con el saldo de más de 300 civiles asesinados.

En respuesta, manifestantes peronistas destruyeron varias iglesias y se produjeron unos 800 encarcelamientos de presos políticos, entre ellos centenares de sacerdotes, como los obispos Miguel de Andrea y Gustavo

Franchi solo en Buenos Aires y cerca de mil curas quedaron detenidos e incomunicados.

Melto hizo todo el seminario en Córdoba y durante los últimos años antes de egresar, vivió las tensiones que se originaron entre 1962 y 1965 cuando se debatió y se dictó el Concilio Vaticano II.

Contexto

“Yo era educado para ir a las casas de formación y lo mas probable era que me destinaran a esos lugares. Durante toda la carrera la formación orientada para educar era muy conservadora”. Recordó.

Entre el sesenta y ocho y setenta el instituto sufrió un proceso de transformación a raíz de que asistió todo un grupo formado por el Concilio Vaticano II y la Carta de Medellín que interpretaba la misión de la congregación de una forma revolucionaria.

Los que veníamos formados en una posición conservadora, eso nos seducía un poco más y nos sumamos a ellos.

Luego se formó un instituto único con otras congregaciones y con los Cleros Seculares (que dependen de los Obispos y de las Diócesis).

El Clero Religioso estaba conformado por las Congregaciones. (Jesuitas, Franciscanos, etc)

Enrique Angeleli era el obispo auxiliar de Córdoba y fomentó que se diera esa interrelación entre las congregaciones para formar un instituto de teología que viniera empapado de todos los cambios que se estaban realizando.

Esos 4 años de teología le sirvieron a Melto para realizar un proceso de revisión de la lectura bíblica y de su actualización que produjo un cambio en la teología y la moral religiosa.

Los estudios arqueológicos ayudaron a tener una concepción de la Biblia dentro del contexto histórico y no solo de la tradición.

Los investigadores realizaron una profundización de los hechos bíblicos sin aferrarse tanto a la transmisión tradicional por ejemplo sobre la liberación del pueblo judío de Egipto.

La formación sostenía que Dios actúa en todo tiempo, en la historia antigua y en la contemporánea. La Biblia se debe leer en el contexto actual. Dios existe ahora también. Reflexionaba Melito.

En el marco del mensaje de Juan XXIII que quería que entrara un aire nuevo y apertura en el mundo, entre el sesenta y dos y el sesenta y cinco se desarrolló el Concilio Vaticano II.³

Al respecto se elaboraron dos documentos clave: **La Iglesia en el Mundo Contemporáneo** y **Lumen Gentium**.

Esos documentos comenzaron a ver a la Iglesia como pueblo en donde la jerarquía fue considerada como “parte de la Iglesia” y no como “la Iglesia”.

Ese concepto originó un quiebre en las liturgias tradicionales y en los ritos.

3 El Concilio Vaticano II fue un concilio ecuménico de la Iglesia Católica convocado por el Papa Juan XXIII, quien lo anunció el 25 de enero de 1959. Fue uno de los eventos históricos que marcaron el Siglo XX.

El Concilio constó de cuatro sesiones: la primera de ellas fue presidida por el mismo Papa en el otoño de 1962. Él no pudo concluir este Concilio ya que falleció un año después, (el 3 de junio de 1963). Las otras tres etapas fueron convocadas y presididas por su sucesor, el papa Pablo VI hasta su clausura en 1965. La lengua oficial del Concilio fue el latín.

Comparativamente, fue el Concilio que contó con mayor y más diversa representación de lenguas y etnias, con una media de asistencia de unos dos mil padres conciliares procedentes de todas las partes del mundo. Asistieron además miembros de otras confesiones religiosas cristianas.

El Concilio se convocó con los fines principales de: Promover el desarrollo de la fe católica, lograr una renovación moral de la vida cristiana de los fieles. Adaptar la disciplina eclesiástica a las necesidades y métodos de nuestro tiempo. Lograr la mejor interrelación con las demás religiones, principalmente las orientales.

Se pretendió que fuera un aggiornamento o puesta al día de la Iglesia, renovando los elementos que más necesidad tuvieran de ello, revisando el fondo y la forma de todas sus actividades.

Pretendió proporcionar una apertura dialogante con el mundo moderno, actualizando la vida de la Iglesia sin definir ningún dogma, incluso con nuevo lenguaje conciliatorio frente a problemas actuales y antiguos.

(Texto oficial en español en la página del Vaticano)

Si todos somos Iglesia no puede haber un sacerdote allá arriba rezando de espaldas y en latín.

Las lenguas vernáculas adquieren una importancia vital. Se reza en lengua local y de cara al pueblo. Se cambian entonces las estructuras de las capillas. Cambia la visión del laico que deja de ser el servidor del cura para pasar a ser servidor del pueblo.

Esas reformas fueron atrapando el pensamiento de los jóvenes seminaristas que como a Melto, les cambiaron la manera de pensar.

Los Salesianos cada cuatro años organizaban una reunión a la que denominaban Capítulo: cada colegio mandaba a un delegado local, de ese capítulo zonal salían dos delegados que asistirían al capítulo regional, de allí dos al capítulo de Turín en Italia.

En Turín se celebró un Capítulo General.

Ese capítulo tenía como finalidad: actualizar en el marco del Concilio Vaticano II y la reunión de Medellín, la misión del Salesiano en el mundo.

Se creó un instituto teológico de una forma distinta a cómo se venían desarrollando. Eso produjo un choque con el sistema tradicional y conservador que ostentaban el poder.

A fines de 1960, la provincia de Córdoba era un volcán a punto de entrar en erupción, con una dictadura de mano dura como la de Onganía reprimiendo a todo tipo de descontento social por las políticas de ajuste que aplicó a la población. Los gremios más combativos como los Metalúrgicos y Luz y Fuerza dispuestos a salir a la calle y con los estudiantes universitarios que inspirados en el Mayo Frances tomaban los nuevos vientos que llegaban de Europa.

La congregación Salesiana tenía como origen el Carisma Salesiano a partir de un sueño de Juan Bosco (Giovanni Melchor Bosco) cuando tenía 9 años y que lo marcó por el resto de su vida religiosa. Soñaba que peleaba con otros muchachos en la calle.

“No con puños, sino con amabilidad vencerás a estos muchachos”.

Fue un mensaje de la Virgen que lo proyectó a ayudar a los jóvenes pobres y abandonados.

La obra de Don Bosco se irradió por todo el mundo principalmente a 130 naciones de toda Europa y América Latina. Fue un promotor de la imprenta y su congregación es considerada una de las más numerosas del mundo.

Los colegios salesianos se construyeron en las barriadas, mas cerca de la gente necesitada. Cuando esos barrios crecieron quedaron en el medio de la ciudad y entonces perdieron el carisma. Al no ser sostenidos por el Estado se vieron obligados a cobrar una cuota para su sostenimiento y es allí que se convirtieron en colegios privados.

La formación de maestros en arte y oficio y a los artesanos, internos que provenían de los lugares mas pobres y que se mantenían con ese dinero, se transformó a las necesidades de quienes pagaban las cuotas en su mayoría familias de clase media.

Esa situación provocó una crisis más en el seno de la curia salesiana para adecuar el carisma y recuperar su origen, entonces se preguntaron:

¿Donde está nuestro carisma?

Se preguntaban los curas como Melto.

En las villa miserias.

Se respondieron.

Entonces los curas en lugar de vivir en comunidades de 40 o 50 se dividieron entre 3 o 5, se instalaban a vivir en cada villa. De allí surgió, por imitación a los curas del Tercer Mundo que los Salesianos misionaran por su cuenta y se mantuvieran en esa comunidad. Eso provocó un escándalo.

“No es que el poder viene de Dios sino de la comunidad”.

“Entonces los colegios no van a tener quienes enseñen, porque las casas de formación creaban maestros”.

Estas crisis llegaron a las jerarquías de la conducción que no aprobaban este sistema.

En ese marco crítico se produjo un enfrentamiento entre los más jóvenes y los viejos. Eso provocó el cierre del Instituto ***“por perdida del espíritu por parte de los conductores”***.

La consecuencia más grave fue que los seminaristas como Melto no fueron ordenados en esa instancia.

En la Conducción el Consejo Zonal con jerarquía del poder político integrado por 7 miembros, los formadores solo eran 2. Perdieron 5 a 7 en la votación interna.

Los dos en minoría se rebelaron e impugnaron al resto. Se creó un conflicto de jerarquías.

A Melto lo rechazaron al principio hasta que luego lo ordenaron los dos en minoría.

El Colegio Don Bosco de San Luis era dirigido por el Padre Nicolino Pavone, quien conocía a Melto desde los 11 años en Tucumán.

Melto viajó a San Luis llamado por Pavone y fue nombrado el Consejero de la secundaria algo así como un regente que dirigía una sección determinada.

La misión era transformar al colegio hacia adentro pero también hacia fuera.

Todo el verano lo aprovecharon para proyectar las tareas del año.

Había muerto Pablo Sexto, el último Papa que apoyó al Concilio Vaticano II y que dio origen a Medellín.

El Cónclave del Vaticano eligió a Juan Pablo I (Albino Luciani), en contra de su voluntad ya que había dicho que iba a renunciar en caso de ser electo. Su papado, uno de los más breves de la historia del Vaticano, duró 33 días hasta su polémica y misteriosa muerte, ya que hay fuentes que sospechan que fue envenenado.

Había adoptado un nombre compuesto, el de Juan (Por el Papa Juan XXIII) y el de Pablo (Pablo VI) por sentirse agradecido y en deuda con ellos.

Juan XXIII fue quien impulsó el Concilio Vaticano II y Pablo VI quien lo aplicó.

El Cónclave entonces eligió a Juan Pablo II, que venía de Polonia.

Mientras vivió Paulo VI los conservadores estaban con perfil bajo hasta la muerte de ese Papa.

Melto opinó que el Papado de Juan Pablo II suspendió todos los cambios más revolucionarios de la nueva Iglesia. En Polonia venía de una reacción contra el comunismo. Tenía una experiencia de sociedad comunista que no tuvo nada que ver con Latinoamérica.

Con Juan Pablo II hay un proceso de cierre de la Iglesia a lo político y la dejó en el proceso más dogmático y cultural.

Opinó Melto.

El concepto de la jerarquía era distinto. Nosotros propiciamos que los directivos fueran elegidos por la comunidad y que los obispos fueran nombrados por la zona y la región.

Actualmente no quieren hablar del Vaticano II porque esos documentos son revolucionarios.

Añadió.

El Obispo de San Luis, Carlos María Caferatta⁴, estaba enfermo de cáncer, internado en Rosario; Juan Rodolfo Laise fue nombrado Auxiliar con derecho a sucesión.

4 Monseñor Carlos María Cafferatta, tercer Obispo de San Luis, Nació en Rosario, provincia de Santa Fe, el 29 de octubre de 1908.

Siendo obispo auxiliar de Rosario, el 11 de julio de 1961 fue trasladado por Pablo VI a la sede diocesana de San Luis, de la que tomó posesión el 30 de septiembre de 1961. Cafferatta fue un obispo que irradiaba un gran amor por los humildes y ejerció una pastoral profundamente social. Despreciaba los bienes materiales al punto que dormía en el suelo, como una manera de acercarse a los que menos tienen. Participó de las cuatro reuniones del Concilio Vaticano II. Del mismo cuño que los Obispos Hesayne, Angeleli y De Nevares, Carlos María Caferatta fue un ferviente defensor y participante de las proclamas de los curas tercermundistas y los postulados del Concilio Vaticano Segundo. Falleció el 6 de julio de 1971 y a partir de allí la diócesis puntana tomo otra orientación con Juan Rodolfo Laise.

Caferatta fue un obispo tradicional que asistió a los debates por el Concilio Vaticano II y se empapó de sus principios y se transformó en un obispo Conciliar. Empezó a salir a los pueblos, fue un obispo que andaba a caballo, se pasaba cuatro o cinco días en el campo. Aprovechaba para misionar. No era un tipo rico sino tenía fama de ser austero. Se hacía llevar en vehículos comunes. Dormía en el piso para ***“estar más cerca de los pobres”***.

Murió y lo enterraron en la Catedral de San Luis.

En la transición entre la muerte de Caferatta y la asunción de Laise, se hizo una reunión de todos los curas de San Luis en la casa del Padre Rezzano en Potrero de los Funes. Por el Colegio Don Bosco fue solo Melto.

En el encuentro, los curas plantearon la situación de que Laise había sido nombrado Auxiliar con Derecho a sucesión y eso provocaba cierto rechazo.

La mayoría de los curas no eran autóctonos salvo Rezzano.

Se elaboró un documento o carta que no se publicó en los diarios pero que se envió al cardenal y al Nuncio Apostólico (71/72). En el contenido de la carta se pedía que al nombrar al Obispo que fuera alguien local y que su proceso de nombramiento fuera alguien que conociera San Luis y que hubiera un sistema de consulta. La carta fue firmada por 18 personas.

Cuando Laise asumió se presentó con la carta en la mano y empezó ***“a liquidar a cada uno de nosotros”***, recordó Melto.

Iba por la “cabeza” de este movimiento.

En el proceso de formación nos habían empapado del pensamiento que los curas teníamos que trabajar par a par con nuestros compañeros. Yo rezaba misa en San Roque y el Gordo Rezzano confesaba.

El estaba actualizado culturalmente pero no teológicamente. Yo predicaba y preparaba las homilias que había que estudiar. No eran homilias de moral religiosa sino de la dura realidad que pasaba en el

país y en la provincia.

En ese proceso de formación se puso en crisis el concepto dogmático de la Iglesia y se revitalizó la teoría Bíblica. Hubo una coincidencia entre la Iglesia Renovadora del Vaticano II y la Iglesia Protestante Metodista donde se encontraban figuras como Mauricio López.

Por su parte hubo una coincidencia de la derecha ideológica de la Iglesia de los Evangélicos de Brasil (Pentecostales) con los Lefrebristas.

Cafferata tenía organizada la Diócesis con el Vaticano II, cercana al pueblo. Cuando llegó Laise confrontó con todas esas Pastorales.

Durante la pastoral de Cafferata había una organización llamada MAR (Movimiento de Apostolado Rural). Estaba muy en contacto con la Federación Agraria que fue creada por los pioneros cooperativistas de Santa Fe, algunos de ellos con una orientación ideológica socialista.

MAR tenía una organización nacional y otra local. La nacional eran grupos de cristianos que venían militando políticamente y que salían de Buenos Aires hacia el interior y se instalaban todo el verano.

Esa misión se fue transformando en mas secularizada o política. La local era formada con gente de algunas localidades.

Venían con chicos secundarios y universitarios. Su misión era bautizar, casar e interesarse de los problemas pueblerinos.

Cuando nos integramos los locales en lugar de misionar sobre quienes estaban bautizados nosotros laburamos la parte social.

Por ejemplo en Pampa del Tamboreo los misioneros les averiguaban a los campesinos quiénes trabajaban y en qué condiciones. Formaron una cooperativa de trabajadores de piedra laja.

A los que trabajaban en negro nosotros los asesorábamos para que trabajaran en blanco y eso generó un conflicto con los propietarios lajeros.

Comenzamos a ver la parte de salud y educación. Visitaban la gente del campo para ver no si el hijo estaba bautizado sino si estaba vacunado. Hubo un cambio de paradigma.

Yo me conecto con esa gente en la festividad de Corpus Cristi. Vino uno de ellos buscando a un cura para ir al campo.

Habían ido al Obispado y Laise los había rechazado.

Melto fue y se sintió identificado con el espíritu de esta congregación. Toda la semana trabajaba en el Colegio y por las tardes se reunía en Caritas de calle Lavalle o en casas de familia.

Cuando llegó Laise comenzaron a tener conflicto porque el eje educativo en el Colegio Don Bosco era **Libertad, Dialogo y Promoción**.

Los alumnos se quejaban de algunas tareas obligatorias que tenían que ver con el ámbito de culto (ir a misa todos los domingos, por ejemplo como actividad obligatoria).

Nosotros entonces acordamos que toda actividad religiosa era libre y no obligatoria con sanciones escolares.

Hacia el interior del Colegio comenzaron a practicarse algunas flexibilizaciones como eliminar la amonestación como medida de sanción disciplinaria, la que sería reemplazada por un proceso de dialogo y construcción de la convivencia. Algunos docentes se quejaron y querían mano dura.

Otro tema era la eliminación de las cosas formales como el uniforme.

A la escuela se viene limpio, no uniformado. Podes venir con el pelo largo y limpio no con el pelo corto y sucio.

Explicaba Melto cada vez que un docente se acercaba a consultarlo por estos problemas cotidianos.

Eliminamos el militarismo de la escuela.

También la confesión obligatoria en el horario escolar y toda sanción cultural fuera de la Iglesia si no iban. Por ejemplo la misa del domingo.

En esa época había seis colegios católicos en la ciudad de San Luis: Don Bosco, Aleluya, San Luis Gonzaga, María Auxiliadora, San Luis Rey y Santo Tomás.

Otro conflicto con Laise se produjo durante la Procesión de Corpus Cristi que era obligatoria para todos los colegios católicos. Todos debían ir con uniforme.

Nosotros fuimos sin uniforme, yo sin sotana y como laico. De Nuestro colegio fueron veinte. Causó un escándalo.

Recordaba Melto.

Desobedecieron una orden del obispo.

Meses después avanzaron en la cuestión sindical de los docentes en el Colegio Don Bosco.

Propusimos blanquear a los docentes que venían trabajando en negro. Empezamos por la secundaria y los de la primaria hasta donde pudimos.

Eso originó conflictos con los otros colegios. Entonces surgió la idea de un gremio que nucleara a todos los docentes privados.

La convocatoria fue en Don Bosco. Melto estuvo presente en la primera reunión gremial, no como docente porque pertenecía al área directiva.

Enterado el Obispo Laise se hizo presente en el Colegio de visita y le ordenó a Melto que dejara la idea de formar un gremio porque para eso ya estaba CODECSAL (Consejo Diocesano de Educación Católica de San Luis), que representa los intereses de los rectores y directores de los colegios.

Yo le respondí que no tenía nada que ver.

Se constituyó el gremio ADEP (Asociación de Docentes de Educación Privada) que funcionó durante dos o tres años. No tenía sede. Algunos integrantes de la comisión eran el agrimensor Miranda (que impartía Educación Democrática en Don Bosco) y el profesor de Matemática Roberto Sánchez.

También una joven profesora que se llamó Zulema Fuentes que era parte del MAR. Era docente del Santo Tomas (impartía Lengua y ERSA).

En el MAR, la mayoría de sus integrantes eran mujeres misioneras de fuerte carácter y muy organizadas.

Eso creó comentarios negativos para desprestigiarlas porque los conservadores decían *éstas van de pareja con los hombres*.

En ese agrupamiento además colaboraban por fuera personalidades de la época como el Ministro de Gobierno del gobernador Adre, Julio Eberto Suárez que intervino en la organización de la cooperativa de Laja.

El Ingeniero Carlos Britos, hermano del ex senador Oraldo Britos ayudaba con una camioneta para llevar los víveres al campo.

Otro conflicto importante era el ideológico. Había una concepción de la obediencia distinta a la de los conservadores.

Para nosotros el Obispo era aquel que tenía la última palabra, después de debatir horas y horas sobre algo en particular. Pero la definición del Obispo no era antojadiza o dictatorial, él era una figura que coordinaba y que si se tomaba una decisión podía ser no definitiva y podía cambiar. Él tenía una autoridad pero de consenso. Es el punto de concreción de un proyecto comunitario. Esa experiencia era extraordinaria y democrática.

Explicó Melto.

Del lado conservador pensaban todo lo contrario, la orden venía desde arriba y no era discutida.

Todo estaba sujeto a una transformación. Ante esta concepción de autoridad generaba conflictos.

Los conservadores defendían al Concilio de Trento que concebía una Iglesia *“totalmente verticalista y autoritaria”*, según la opinión de los reformistas.

Ese Concilio se reunió entre 1545 y 1563 en la ciudad de Trento al norte de Italia.⁵

Las diferencias ideológicas en el seno de la iglesia argentina comenzaron a hacerse cada vez más visibles. De cada sector se militaba con fuerza sus ideas opuestas. Entre mayo y septiembre de 1972 llegó a San Luis una delegación de la Agrupación Dios, Patria y Sociedad que realizaron una incursión de tres días. Los militantes conservadores empapelaron y pintaron las paredes del centro y en cercanías de la Catedral con consignas contrarias a los Sacerdotes del Tercer Mundo.

5 En este Concilio, que culminó bajo el mandato del Papa Pío VI se decidió que los obispos debían presentar capacidad y condiciones éticas intachables, se ordenó crear seminarios especializados para la formación de los sacerdotes y se confirmaba la exigencia del celibato clerical. Los obispos no podrían acumular beneficios y debían residir en su diócesis.

Se impuso, en contra de la opinión protestante, la necesidad de la existencia mediadora de la Iglesia, como Cuerpo de Cristo, para lograr la salvación del hombre, reafirmando la jerarquía eclesástica, siendo el Papa la máxima autoridad de la iglesia. Se ordenó, como obligación de los párrocos, predicar los domingos y días de fiestas religiosas, e impartir catequesis a los niños. Además debían registrar los nacimientos, matrimonios y fallecimientos.

Reafirmaron la validez de los siete sacramentos y la necesidad de la conjunción de la fe y las obras, sumadas a la influencia de la gracia divina, para lograr la salvación..

Los santos fueron reivindicados al igual que la misa, y se afirmó la existencia del purgatorio. Para cumplir sus mandatos, se creó la Congregación del Concilio, dándose a conocer sus disposiciones a través del “Catecismo del Concilio de Trento”.

Se reinstauró la práctica de la Inquisición, que había surgido en el Siglo XIII, para depurar a [Francia](#) de los herejes albigenses. Ya restablecida en [España](#) desde el año 1478, se propagó por varios países europeos bajo la denominación de Santo Oficio, que usó la tortura para obtener confesiones, la cual era practicada por el poder civil y era bien vista en la época. Si ese método no daba los resultados esperados, de arrepentimiento del hereje, éste quedaba en manos del poder civil, que lo condenaba generalmente a la muerte en la hoguera. El protestantismo debió soportar la Inquisición en varios países, pero fue principalmente efectiva para con ellos en España, Italia y Portugal.

También creó el Índice, en 1557 por el cual se estableció una censura contra la publicación de pensamientos que pudieran ser contrarios a la fe católica, quemándose muchos libros considerados heréticos.

Posteriormente al Concilio, en 1592, se publicó una edición definitiva de la Biblia, sosteniéndola como fuente de la revelación de la verdad divina, pero otorgando también dicho carácter a la Tradición, negándose su libre interpretación, al considerar a ésta una tarea del Papa y los obispos, herederos de San Pedro y los apóstoles, a quienes Cristo les asignó esa misión.

RODRÍGUEZ, PEDRO / LANZETTI, RAÚL: El Catecismo Romano. Fuentes e historia del texto y de la redacción. Bases críticas para el estudio teológico del Catecismo del Concilio de Trento (1566), Pamplona 1982

JEDIN, Hubert. Historia del Concilio de Trento. 5 vol. Pamplona: Universidad de Navarra 1981

Incluso había pancartas y coronas que decían “Laise es como Dios”

Laise comenzó firmemente a hacer valer su poder y desplazó de sus cargos a varios curas que venían trabajando desde la época de Monseñor Cafferatta.

El Cura Rafaeli de Villa Mercedes había sido desplazado, a Josué Beltrán, encargado de la Pastoral Social en la época de Cafferatta y se desempeñaba como representante del Movimiento de Apostolado Rural lo había corrido del cargo pero se quedó resistiendo la medida de Laise. Por unos años más Beltrán se quedó rezando misa en su casa de calle Bolívar.

Otros misioneros italianos que eran críticos de Laise aunque no tenían militancia política prefirieron abandonar la provincia ante el cuadro que se avecinaba.

Luego de Beltrán, Laise fue por Melto quien decidió dejar el Ministerio.

Francisco Walter Gigo, el provincial de Melto lo había apoyado en todo el momento, pero algo cambió un día.

Después de julio del 72, Laise disolvió el MAR oficialmente pero el grupo se rebeló y comenzó a publicar cartas críticas en el Diario contra el obispo por sus decisiones.

En la reunión en donde se iba a informar la disolución del MAR, Melto fue al Obispado. Llevaba escondido un grabador Grundig en un maletín. El aparato fue colocado debajo de la mesa donde se sentó casi al frente del Obispo.

Melto grabó toda la reunión y discusión teológica. Al día siguiente el Provincial de Córdoba lo llamó para que viajara urgente porque lo había llamado el Obispo contándole cosas que había dicho en la reunión.

-Yo no voy más a Córdoba

-Bueno, yo la semana que viene voy a San Luis y hablamos.

A pesar de que ambos se querían y respetaban, la situación de tensión

entre ambos originada por el Obispo Laise, culminó con un verdadero quiebre entre ambos.

Melto:

-¿Quiero saber que hará si yo demuestro que el Obispo Laise le mintió?

-Cómo me vas a demostrar vos. Esto es palabra contra palabra. Esto está tomando un camino de no retorno. Acá hay que tomar una decisión.

-¿Yo solo le pregunto qué hará Ud. si yo le demuestro que el Obispo ha mentido?

-Bueno, sabes qué, vamos a levantar la Comunidad. A este conflicto no lo podemos mantener.

Melto se levantó, se dirigió al cuarto y llevó el grabador para hacerle escuchar la intervención del Obispo.

-Ud. escuche. Acá hay como una hora y media de grabación. Escuche y después hablamos.

-¿Vos grabaste toda la conversación?

-Si toda la conversación. Hay dos cassettes de ambos lados.

-¿El sabe que vos grabaste?

-No como va a saber, me saca de la sala, no sabía que lo estaba grabando.

-¿Cómo has hecho eso?

Melto supo desde ese momento que su superior le había soltado la mano.

Al día siguiente quedaron en juntarse pero luego del desayuno Melto preguntó que había pasado con el superior y otro colaborador le respondió que había viajado a Mendoza. Dejó dicho que luego le llamaría. El superior viajó de Mendoza a Córdoba y desde allí le envió la Carta de Obediencia y le ordenaba que dejara San Luis y que regresara a Córdoba.

Melto se decepcionó de su amigo superior. Se sintió traicionado. Se rebeló, se quedó en el colegio sin aceptar la Carta de Obediencia. (octubre/noviembre del 72).

En esas semanas Melto fue visitado por un cura de Buenos Aires que era amigo de Laise y que luego fue superior de Famaillá, Tucumán. En el colegio Don Bosco, el cura Salesiano amigo de Laise pidió hablar con él. Ambos caminando por los pasillos del Colegio, el cura trató de convencerlo de acatar lo que el obispo ordenaba pero Melto respondía que Laise tenía una pastoral que no tenía nada que ver con el Concilio Vaticano II.

El cura le respondía:

-Si pero por sobre todo eso está la obediencia.

-¿Si pero la verdad y la justicia?

-Primero está la obediencia, después la verdad y la justicia.

-Discúlpeme pero tenemos Evangelios distintos.

La charla quedó cortada. Fue una última señal para que Melto reconociera la autoridad de Laise y acatara sus órdenes sin protesta.

El Obispo lo sancionó con una suspensión Ad Divinis entonces tenía prohibido realizar cualquier Ministerio Sacramental fuera del Colegio.

El escándalo de la decisión del cura ya era mayúsculo. La angustia comenzó a hacerse carne en el cura formado en Córdoba. Pasó fines de 1972 y a comienzos de 1973, en marzo, Melto renunció al sacerdocio.

Escribió una carta que fue dirigida a ex alumnos, amigos y compañeros del Colegio Don Bosco explicando los motivos (mayo de 1973).

En su escrito, Melto les decía: *“Cuando hace dos años me ordené sacerdote, pedí acceder a un sacerdocio real semejante al de Cristo: el de dar la vida por el Hombre. Un sacerdocio no centrado en la administración de lo cultural de los sacramentos sino en la real entrega de la vida, en un compromiso concreto e histórico con el hombre, aquí y ahora....”*

Mas adelante les decía: *“esta misma concepción es la que me llevó a comprometerme en las situaciones de injusticias del pueblo de San Luis y en los movimientos de concientización para una Iglesia nueva, en un mundo nuevo”*.

“Esta misma concepción es la que me llevó también a querer procurar para mis alumnos una visión y una vivencia nueva de la vida cristiana, no alineada por sacramentos impuestos a presión sino asumida con Libertad y Corresponsabilidad y disponible para la defensa de la Verdad y de la Justicia”.

Renglón siguiente, Melto dejaba expuesto que *“El intento de vivir esto aun con las limitaciones propias de mi egoísmo, fue originando desde la llegada del Obispo Laise, un conflicto cada día más profundo, agravado por una parte por la concepción de la autoridad como poder y no como servicio del nuevo Obispo y otra por su poca personalidad para rechazar y cortar con el chisme institucional de los católicos puros que intentan salvar a la Iglesia, acallando su conciencia con confesiones y sacramentos rituales, su incapacidad para el diálogo franco, su manía de persecución, su mentira y sus métodos totalmente antievangélicos hasta llegar no solo a la murmuración sino hasta la calumnia para lograr que me fuera de San Luis”*.

En un párrafo especial, Melto se refiere a las conductas de su superior en la orden Salesiana que en un principio le dio todo su apoyo a pesar de los embates permanente del Obispo Laise pero que al final le respondieron que *“no se puede estar conflictuados con la autoridad aun reconociéndose que ésta es arbitraria e injusta. En síntesis prefiere la autoridad arbitraria y la obediencia obsecuente a jugarse por la Verdad y la Justicia”*.

La carta escrita a máquina, estaba fechada el 9 de mayo de 1973, escrita en dos páginas y contenía algunas correcciones a mano. Las copias fueron entregadas por el propio Melto.

Luego el Obispo planeó el cierre de los Cursillos. Monseñor Roberto Queirolo que era de Rosario, fue invitado por Cafferatta a San Luis. Tenía

título de Monseñor pero no era Obispo. Cafferatta lo nombró Vicario de la Iglesia Catedral y a cargo de los cursillistas. Cafferatta, Queirolo y el Padre José Beltrán eran un trío que funcionaba a la perfección. Los tres se conocían de Rosario.

Roberto Queirolo, tenía 34 años y nunca había estado en una parroquia,

-Yo lo tomé como una broma porque esa invitación me sobrepasaba,

Sin exagerar yo era una especie de ratón de biblioteca. Mi única experiencia pastoral era ir a una misa a confesar los domingos en Rosario, recordaba Queirolo a sus 83 años bien puestos en una casa de retiro espiritual en La Rioja.

Llegó a San Luis en marzo del sesenta y ocho y estuvo a cargo de la Vicaría hasta el setenta y dos.

-Me acuerdo que Caferatta ya estaba afectado por su bloqueo de rama pulmonar. Llegué a las 7 de la mañana en micro a la terminal.

-Beltrán me llevó a Potrero de los Funes. Él era un enamorado del pueblo y su gente y del paisaje.

-Viajé con la intención de decirle que no. Él precisaba alguien de su confianza. Yo debía ser el otro yo del obispo. En esa época ya era monseñor. Nunca usé atributo morado.

En la transición apareció Laise, Queirolo estuvo casi 8 meses con él.

Cuando Caferatta a causa de su problema pulmonar estuvo dos meses internado en Rosario. El obispo le anunció que el Nuncio lo visitará. El Papa enviaría un obispo para la diócesis. Cafferatta guardó el secreto hasta que la Santa Sede lo nombró a Laise.

-Este no nos ha dicho nada.

Le comentó Queirolo a su amigo José Beltrán.

-Fuimos con José con aire distraído hasta que Cafferatta preguntó:

- Uds. han escuchado algo.

Él interpretaba que Laise iba a ser un obispo auxiliar y no titular. Eso fue muy duro para Caferatta.

Queirolo no tenía conocimiento que existió una carta enviada por feligreses con influencias al Vaticano pidiendo por el nombramiento de Laise aunque ***“yo estuve a cargo un rato y no me extraña que hayan promovido su nombramiento, no me extraña”***, opinó.

“Si sabía –agregó- de la carta de algunos curas y feligreses pidiendo que el obispo fuera alguien que conociera la provincia sin embargo la gente simple decía: si es obispo y lo nombraron se acabó”.

“Laise llegó y se hizo cargo”.

Tras la muerte de Cafferatta se dictó el último cursillo por orden de Laise.

- Yo me di cuenta que en realidad el nombramiento de Vicario General no estaba clara. En la práctica es como si no existiéramos. Yo estaba alejado de él. La gente me decía las cosas a mí y no al obispo. Yo le había renunciado dos veces y la tercera fue en agosto. Presente por escrito la renuncia luego de charlarlo con el antes.

Queirolo padeció ese año de una prolongada ronquera y tuvo que irse a Rosario para realizar un tratamiento con un renombrado médico de locutores famosos. Lo operaron y debió quedarse en la misma ciudad por licencia médica.

Laise le envió una carta al obispo de Rosario diciendo que no quería que Queirolo volviera a San Luis.

-Yo quería ser cura de campo y se lo propuse a Laise pero él no quiso que volviera a San Luis.

Cafferatta muerto, Queirolo expulsado, Melto se quedó sin trabajo.

Pablo Había dejado el sacerdocio y se fue a vivir a dos cuadras del Colegio Don Bosco, en Tomás Jofre 1032 con un misionero maestro que había llegado de Buenos Aires y que militaba en el MAR, Miguel Landro.

Landro daba clases en una escuela de la localidad de La Toma y conocía a todos los jóvenes que militaban en la Juventud Peronista, entre los que se encontraba Graciela Fiochetti y Sandro Santana Alcaraz.

Junto a Miguel, Melto militó en la campaña electoral para la candidatura de Elías Adre a la gobernación de la provincia. Sin trabajo y con casi nada de monedas en los bolsillos, se inscribió para dar clases en la Escuela Agraria, que estaba ubicada en un predio con tierras para cultivo y parque en lo que hoy es el Parque de las Naciones. Melto recibía unos pocos billetes por cuatro horas de clases.

También fue profesor en la Escuela Mauricio P. Daract donde dictaba la materia ERSa (Estudio de la Realidad Social Argentina). Landro por su militancia y conexiones en Buenos Aires, fue nombrado coordinador de DINEA (Dirección Nacional de Educación del Adulto,) e invitó a Melto a que se sumara a dar clases. Aplicaban las teorías de Paulo Freire.

Tras la asunción del gobernador Adre, el obispo Laise también se acordó de Melto de quien pidió fuera expulsado. El entonces ministro de Gobierno, Julio Suárez rechazó el pedido del obispo.

Por otra arte, el profesor de Instrucción Cívica del Colegio Don Bosco, Roberto Mazzola que había estado bajo la dirección de Melto, lo llamó para que se hiciera cargo de la administración de la Sociedad Italiana que tenía su sede en la planta alta del Cine Roma.

Mazzolla era abogado y presidía la Sociedad Italiana. Había renunciado Don Salvador Tévoli y fue quien lo instruyó a Melto para que se hiciera cargo de esa tarea. Su sueldo era cuatro o cinco veces más que sus horas en las escuelas.

Mazzola era un católico conservador pero muy respetuoso de las diferencias que tenía con Melto. Sabía cómo había llevado a cabo su administración en el Colegio Don Bosco. Ambos supieron conciliar en cómo darle vida a la Sociedad Italiana.

Durante esa gestión de Mazzola y Melto, en la casa la Strega, ubicada en el Chorrillo, hoy Juana Koslay, construyeron las canchas de tenis. También compraron el Cine Opera a su dueño, Jorge Canta. Crearon una financiera que entró en la crisis del gobierno de Raúl Alfonsín. En una corrida bancaria la financiera se fue a la quiebra. Todos los asociados

cobraron la deuda menos el ingeniero Carlos Britos que realizó un juicio y lo ganó.

En los primeros años de bonanzas laborales, Melto ya casi se había olvidado de las persecuciones del Obispo hasta que un día se enteró por el propio Mazzola que Laise le había pedido que lo echara a lo que Mazzola le respondió que mientras él cumpliera con todas las funciones correctamente no había porqué desplazarlo.

A fines de 1973 Melto llegó a acumular 40 horas de clases mientras también trabajaba en la Sociedad Italiana. Su pasar económico cambió en menos de un año. Su título de Literatura conseguido durante el Seminario en Córdoba le hacía ganar todas las postulaciones.

Entre 1973 y el setenta y cuatro Melto llevaba una vida civil muy activa que repartía entre las clases en las escuelas y su tarea de administrador de la Sociedad Italiana. Sin embargo, sus reuniones con los integrantes del MAR disuelto por orden del Obispado, sus integrantes siguieron misionando en el interior de la provincia.

En esas reuniones comenzó una relación con María del Carmen Abdala (Camucha) con quien se casó al poco tiempo. La relación sufría también los embates internos con la familia de la novia que eran católicos conservadores y su casa paterna era visitada por el Obispo.

Los padres se opusieron al comienzo pero luego de conocer más al novio, lo aceptaron. También allí intervino Monseñor Laise quien pretendió casarlos él mismo en la sede del Obispado pero ante la negativa de los novios prohibió a todos los sacerdotes casar a la pareja.

Melto y “Camucha” tuvieron que casarse en una iglesia de Río Cuarto, Córdoba. La boda fue una fiesta con toda la familia y los amigos de San Luis que viajaron especialmente. La celebración se produjo coincidentemente con una gran fiesta celebrada por el Obispo al cumplir sus 25 años de ordenación sacerdotal.

El 19 de agosto de 1975 el matrimonio Melto-Abdala tuvo el primer hijo: Juan Pablo, el mayor de la familia. Todo transcurría en paz y la nueva vida de Melto se consolidaba diariamente.

Entre los Abdala, una gran familia llegada del Líbano a comienzos de siglo XX y que se instaló en la calle Justo Daract, cerca de la Estación del Ferrocarril, Melto debió sortear algunos conflictos por su pasado religioso adhiriendo al Concilio Vaticano Segundo. Una de las mujeres de un Abdala había sido fundadora del Colegio Aleluya de franca orientación conservadora dentro de la Iglesia de San Luis.

El Obispo Laise visitaba la casa de los Abdala asiduamente y Melto debía mantener los cuidados para no entrar en graves conflictos familiares y proteger a su esposa.

El 24 de marzo de 1976 sorprendió a la familia Melto de madrugada como a la mayoría de las familias argentinas, el golpe militar. Melto esa mañana debía salir temprano para ir a dar clases.

Entre abril y septiembre de ese mismo año lo mandaron a capacitar a docentes del interior de la provincia.

Una madrugada de agosto de 1976 alguien llamó a su casa, preguntaron por él y se lo llevaron detenido a la Jefatura de Policía por ***“averiguación de antecedentes”***. Fue liberado por la tarde.

El 11 de septiembre de 1976, día del maestro Pablo se levantó temprano como todos los días. Llegó a la escuela de Comercio N° 1 en calle Belgrano entre Rivadavia y Colón. Ya estaba en vigencia la Ley de Prescindibilidad de la dictadura que cesanteaba sin causa a los empleados públicos o a los docentes.

Allí le comunicaron que debía pasar por la oficina de la Dirección de Enseñanza Media donde la directora de apellido Estrada le comunicó que estaba cesante. La mujer le contó que el pedido estaba desde hacía dos meses pero que ella lo había frenado por sus excelentes antecedentes académicos.

El gobernador aeronáutico Marsilese había hablado personalmente a la mujer y le había ordenado aplicar la medida. Otra vez el Obispo Laise había agotado las instancias y lo sacaba a Melto.

El ex sacerdote y ahora ex docente, se quedaba solo con su tarea en la Sociedad Italiana donde trabajó durante 17 años.

Referencias dedicadas a Laise y mencionadas en el juicio.

Lucía Giménez de Angles, esposa de Ricardo Anglés (detenido en La Toma):

“Durante la primera detención mis suegros buscaron a Ricardo por todas las comisarías y nadie sabía nada, por lo que fueron a pedirle ayuda al Obispo Laise quien luego de atenderlos levantó el teléfono y en un segundo les dijo dónde estaba detenido mi marido y cuándo lo liberaban. Lo tenían en la Comisaría Cuarta que si mal no recuerdo queda cerca del barrio San Martín, en San Luis, Luego a Ricardo lo detienen el 21 de septiembre cuando venía a la Toma y lo liberan un día después”.

Fernández Gez: (Ex jefe militar):

“Un ejemplo de mi integridad es lo que sucedió cuando el ex obispo Laise me vino a ver para que hiciera eliminar a un cura que se quería casar e iba a dejar los hábitos. Yo lo recibí, pero cuando escuché la petición contesté ofendido: ¿Pero Ud. se cree que yo soy un asesino? Él dio media vuelta, se fue y nunca más volvió”.

“Laise era un hombre muy de derecha, de extrema derecha, diría yo y prueba de ello es que vino a hacer desaparecer el Movimiento Tercermundista. Eso lo pinta”.

Anibal Olivera (Ex preso político):

“Estando en la cárcel- que antes había sido un prostíbulo y la habían acondicionado- el cura Coscarelli nos iba a confesar y seguro que al rato nos daban una paliza. Entonces un grupo de presos nos juntamos un día y le dijimos “no aparezca más porque la próxima vez la va a pasar muy mal”. A partir de ahí empezó a ir Laise”.

“Un día Laise concurre a darnos una misa y nos juntan a los presos con los torturadores en el salón central, que antes había sido la sala de citas del prostíbulo. Me acuerdo que era el 22 de noviembre, el día de Santa Cecilia, y me acuerdo también que el monaguillo portaba una 45 en el cinto a la vista de todos. En la misa Laise dijo “Hijos míos a Uds. Hay que expirarles el alma” y a los que sepan algo de la doctrina Agustiniana sabrán que el alma se extirpaba matando el cuerpo. La misa no era para nosotros evidentemente, sino que era para bendecir la tortura”.

CAPITULO VIII

Las Salinas

*“Recuerdo a los difuntos desconocidos barón y mujer.
Echo por dos personas de este establecimiento.”*⁶

(Uno-11- año 1980 R.S.Q y M.P.”

*(Inscripción de la cruz colocada en lo que fue la tumba en las Salinas
donde encontraron los cuerpos de Graciela y Santana Alcaraz).*

⁶ Textual

En la madrugada del 23 de septiembre de 1976, aun el predio de las Salinas donde se producía igual que ahora la sal de la marca Dos Ancas, estaba adormecido.

En plena dictadura ese sitio era custodiado por temor a que allí se produjeran ataques a una empresa considerada monopólica. La explotación de la sal había sido otorgada por cien años. A la entrada existía una cabina custodiada por un policía.

“Gracias a mi esos cristianos pueden descansar en paz y en un cementerio”.⁷

La frase fue pronunciada por Carlos Páez un empleado que vivía a la par del predio de las Salinas que logró encontrar las huellas de lo que él sospechaba eran o cuerpos de “algún fiambre” o armas enterradas.

Era antes de las cinco de la mañana cuando Páez se levantó para encender las máquinas. De pronto escuchó dos autos que él presumió eran marca Torino que “bramaban desde lejos, entraron a la planta y se perdieron entre las parvas”.

Eran un auto rojo y otro blanco sin patentes que *“pasaron a los pedos frente a la comisaría”*, dijo Páez.

“Se veían las luces, venían como volando, en el aire”. Explicó.

Luego de casi una hora, los autos disminuyeron la velocidad cuando regresaban y pasaban nuevamente por el control. Páez se ubicó en el camino para mirar quienes eran y con detalle.

“Un Torino rojo y otro blanco pasaron despacito a uno o dos metros de mi y cuando me vieron los tipos que iban adentro, dieron vuelta la cabeza para que nos los fuera a reconocer. Ahí empecé a sospechar, eran nueve hombres, en uno de los autos iban cinco (tres atrás y dos adelante) y en el rojo iban dos y dos”.

⁷ Un testimonio tomado por el autor al propio Páez durante una visita a las Salinas del Bebedero en 1987)

Él y un camionero (Laureano Arias) avisaron al policía que estaba durmiendo en la casilla del predio. El efectivo, Juan Beltrán Luis Baigorri, estaba dormido y fue despertado por Páez quien le alertó sobre los autos que atravesaron el control de manera sospechosa.

Páez le inquirió al policía que avisara a la Jefatura tras lo cual Baigorri tomó su radio de la red policial y envió un mensaje:

-“Se presenta acá el Señor Carlos Páez, diciendo que en la zona hay dos autos sospechosos”.

-“Verifiquen la zona y den datos concretos”.

Le respondieron.

Tras la respuesta, Baigorri y Páez siguieron las huellas de los autos hasta el final de una de las parvas.

A raíz de su conocimiento transmitido por su padre y abuelo, Páez comenzó a rastrear como lo hacen los baquianos.

Tras las parvas encontraron rastros de cubiertas “nuevitas” de los autos.

-“Acá han estado parados los autos y acá atrás se ha bajado un grupo y han hecho fuerza”.

Explicó Páez a Baigorri.

-“Han bajado algo los tipos. Las señas iban para la Laguna. Le metí para ese lado y encontré otra huella”.

Relató el salinero.

-“¿Mamita qué pata! 44 calzaba por lo menos”.

Exclamó Páez en un momento. Ese rastro se notaba más porque hacia la laguna el piso era más blando. Dicen que en la Laguna hay como “ojos de agua” que tienen mucha profundidad.

-“Por ahí encontré una punta de pala y más adelante dos puntas de pala más lo que indica que iban tanteando donde estaba el terreno más blando para poder cavar”.⁸

⁸ El testimonio de Páez fue tomado por el autor en 1986 y ratificado años más tarde por Páez a gran parte del periodismo y publicado por el sitio Periodistas en la Red cuyo director es Gustavo Seen)

El rastro se perdió por unos minutos.

Páez siguió buscando y volvió a dar con la huella. Ambos, Páez y Baigorri habían visto marcas de taco de calzado de mujer. Se separaron por un instante, uno seguía a un grupo de huellas y el otro una pisada más marcada que venía hacia el rastreador.

Se encontraron frente a frente Páez y Baigorri y en el descampado se toparon con las últimas señas de los tacos de la mujer.

-“En ese mismo lugar, habían estado todos unas horas antes”.

Concluyó Páez.

Allí encontraron la famosa fosa. Los asesinos habían emparejado prolijamente para que no se advirtiera la sepultura y habían puesto unas ramas paradas para camuflarlas con el paisaje y que no se pudiera ver a la distancia.

A media mañana, tras el radio llamado de Baigorri, arribaron al predio un contingente de autos policiales, jeeps y camiones cargados con soldados.

Los soldados y policías extrajeron dos cuerpos de las tumbas que habían hecho horas antes. Eran de una mujer y un hombre, estaban quemados. Los llevaron hasta la morgue del Policlínico a la media mañana del día 23 de septiembre.

Esa tarde, Cuqui y su madre Laura fueron a la Jefatura de Policía y se entrevistaron con Pla. El militar les mostró las fotos de dos cuerpos calcinados encontrados durante la mañana en Las Salinas del Bebedero.

Cuqui estaba en estado de shock, no se detuvo a mirar detalles en esas horribles imágenes que el jefe le estaba mostrando.

El 24 de septiembre a las 6 de la mañana el Capitán Plá citó a Cuqui y a su tío a la Morgue el Hospital a reconocer el cadáver femenino que habían encontrado en las Salinas junto a otro masculino y que estaban casi totalmente quemados.

Los policías hicieron entrar al tío pero no a Cuqui que se les escabulló por debajo de los fusiles enfrentados en cruz.

Cuqui vio el cuerpo quemado de su hermana. Uno de los brazos tenía rigidez cadavérica y estaba flexionado hacia arriba.

Reconoció una prenda íntima de algodón y una cicatriz histórica en una de sus piernas, aquella hecha cuando jugaban de niña solo que estaba a la altura casi de la rodilla. Se había corrido por el crecimiento de los huesos.

En otra parte de la morgue había un cuerpo masculino quemado, el sujeto era alto y se alcanzaba a notar en su rostro inflamado una barba de unos tres días. Era presumiblemente Santana Alcaráz, sospechaba Cuqui por las referencias que tenía del mejor amigo de su hermana y por la fecha coincidente de su detención.

El cadáver no le fue entregado y le comunicaron que estaba en poder del Comando. El 25 de septiembre, los familiares denunciaron la desaparición de Graciela y el sumariante fue Carlos Hermenegildo Ricarte.

Cuqui y su madre Laura no se quedaron quietas. La hermana de Graciela de manera secreta volvió al hospital, subió al segundo piso y visitaba a los enfermos sala por sala para motivarlos.

Su meta era averiguar desde otro sitio del edificio qué pasaba en la morgue. El 27 de septiembre vio desde una ventana del segundo piso del hospital que ingresaban al edificio de la morgue un camión y una camioneta del Ejército camuflada y una camioneta azul de la policía.

Después de unos minutos Cuquí bajó corriendo las escaleras y tomó un taxi hasta la esquina de la Avenida Sucre y Miramar. (Hoy, Héroes de Malvinas y Avenida Perón). Allí esperó a los vehículos que doblaron por Sucre hacia el sur.

Cuqui los siguió, sospechó que llevaban los cuerpos que había visto en la morgue. Fue hasta el cementerio del centro de la ciudad, allí no aparecieron los vehículos. Luego tomó otro taxi y se dirigió al otro

cementerio llamado “de los pobres” en el oeste de San Luis.

Al llegar, los vehículos salían del portón de la necrópolis.

Cuqui despidió al taxista, ingresó caminando por la puerta principal contando pasos hasta encontrar tierra recién removida.

Allí se topó con tres tumbas, dos juntas y una separada en otra línea. Habían colocado tres cruces de más o menos medio metro de altura cada una. Había flores. La información la guardó por años pero cada tanto iba y colocaba flores a las tres tumbas.

Años después cumplirá una promesa hecha a su madre: escribirá un libro dedicado a las tres mujeres de la casa de la calle Moreno.

En memoria de su hermana Graciela escribirá:

***Aún queda sol sobre las cenizas de
Mi cuerpo y las del otro***

Despojaron las vestiduras

Iras

Ultrajaron las carnes

Rabia

Hundiéronme los ojos

Ríe

La sangre de la boca

Escapa.

La carne de mis entrañas

Llevan

Nudos en los pies

Palabra manos

Tiemblo

La imagen de la injuria

Queda

Carnaval de botas en los cuartos

Lloro

Sobre las cenizas de mi cuerpo

Guardo

Las del otro en caja funeraria

Espío

Aun queda sol y río, río.

(Del libro Después de Marzo dedicado a Graciela Fiocchi su hermana María Magdalena Álvarez "Cuqui")

Los mismos que habían realizado el asesinato a Raúl Cobos en la noche del 20 de septiembre, detenido y desaparecido al Negro Ledesma y torturado y detenido a Juan Cruz Sarmiento. Los mismos que fueron a La Toma en la madrugada del 21 eran los que concurrían a Las Salinas "alertados" por un radio llamado.

Armaron todo el escenario para que al día siguiente los diarios y la radio hablaran del hallazgo de dos cuerpos, una mujer y un hombre, masacrados y quemados y que presumiblemente era un trabajo de "los Montoneros".

De esa manera y amenazando a los principales testigos del pueblo de las Salinas lograron silenciar por años lo que fue el primer crimen de Terrorismo de Estado investigado bajo la figura de Delito de Lesa Humanidad en toda la región de Cuyo y que originó luego más juicios que involucraron a más policías, civiles y funcionarios judiciales.

Diez años después. el juez de Instrucción de la Justicia Federal de Mendoza, Juan Antonio González Macías fue el primer magistrado de la Justicia Civil en llamar a juicio a un militar.

Fue después de ser nombrado Camarista Federal en la provincia de Mendoza y tras entrar en vigor la ley nacional 23.049 que le asignó competencia a la Justicia Federal a investigar los delitos cometidos durante la dictadura cívico militar.

El magistrado se había trasladado desde su San Juan natal donde ejercía como juez Federal hacia la ciudad de Mendoza.

González Macías, nacido el 13 de junio de 1943, casado e hijo de labradores de la tierra y chacareros sanjuaninos, entraría a la historia por ser uno de los primeros jueces en citar a un capitán del Ejército acusándolo de crímenes aberrantes.

Eran tiempos refundacionales de democracia argentina y los militares seguían con un poder relativo poniéndole trabas al gobierno de Raúl Alfonsín quien había triunfado en los comicios de octubre de 1983.

Era el caso del Capital Carlos Pla, considerado el autor material del asesinato a Graciela Fiochetti y a Sandro Santana Alcaráz en el predio de Las Salinas Dos Ancas, a 30 kilómetros de la ciudad de San Luis. Pla que había actuado en la Guerra de Malvinas en 1982 y que mostraba ese carácter en cada gestión que realizaba entre sus pares para lograr solidaridad y resistencia.

Otro militar, el Mayor Ernesto Barreiro, se rebelaba ante la justicia civil que lo había citado por los crímenes cometidos en Córdoba y junto al Coronel Aldo Rico se levantarían en Semana Santa de 1987.

Al juez, la Cámara Federal de Mendoza lo nombró Instructor para investigar los delitos en San Luis, San Rafael y San Juan mientras que otros camaristas se ocuparon de los casos de la ciudad de Mendoza.

En esas tareas oficiales comenzaba a recibir información y testimonios de gente vinculada a los hechos de un expediente que venía sin mayores novedades, que había pasado por la Justicia Penal de la provincia de San Luis, también por los Tribunales Militares y con pronóstico para llevarlo al archivo.

Un día lo contactaron telefónicamente dos presos ex policías que luego citó a su despacho dando detalles de los sucesos ocurridos en septiembre de 1976 en Las Salinas del Bebedero. En otra oportunidad apareció el ex chofer de la policía de San Luis, Jorge Hugo Velázquez, mencionado por los anteriores como participante de los hechos.

Velázquez dio un testimonio considerado clave en su momento y también posteriormente en el juicio.

Con los elementos en la mano, González Macías preparó una visita a la provincia de San Luis con sus colegas para ir tomando contacto con los escenarios señalados por los ex policías.

Tal vez el testimonio clave para desentrañar lo que ocurrió en las parvas de Las Salinas sea el del ex chofer de policía Jorge Velázquez quien en calidad de **“arrepentido”** le dijo al juez de Instrucción González Macías todo lo que supo de esos operativos.

Sin embargo en los 80 los dichos de Velazquez aparecían como “fabuladores” y tratándose de un personaje con un prontuario delictivo grave donde había participado en robos y también asesinatos, nadie podía dar crédito de su narración.

Velazquez se paseaba por algunos medios para tratar de publicar una carta en donde describía mínimamente los hechos pero fue después que se conoció la declaración que hubo algunas publicaciones periodísticas. Alguien realizó numerosas copias y las distribuyó casi masivamente. Había hasta en la misma Justicia elementos que querían “embarrar la cancha” y comprometer la credibilidad del investigador.

Sin embargo el magistrado actuante logró confirmar todos esos datos y lugares.

Por los dichos de Velazquez que obran en el expediente principal de la investigación de Fiochetti, González Macías llegó a las Salinas y al Cementerio del Oeste.

Velazquez declaró:

“A Graciela Fiochetti la vuelvo a ver cuando le dan la libertad antes de las doce de la noche (del 21 de septiembre). Ya estaba vestida, previo la había visto cuando llegó la comisión de La Toma y la bajaron a sopapos y punta pies; luego, desnuda y sangrante cuando era interrogada por Pla, Becerra y Pérez. Con el jean desteñido y el pulóver rojo. Becerra me deja cuidándola. En la oficina de Pla, Becerra y Franco le comunican que se va en libertad y le dicen que los disculpe, que se

han equivocado. Cuando Becerra me dejó cuidándola, ella me dijo que no sabía nada de ninguna “Orga” y que esto venía por una carta que Acevedo (Carlos, Abogado, asesor de la Policía de la Provincia) había hecho para envolverla en esto. Yo estuve 20 o 30 minutos. Entraban y salían de la sala entre ellos el oficial Calderón. También ingresó Omar Lucero. Hacían cola para verla”.

“Al otro día me mandan a buscar un detenido. Mario Calderón era el encargado de traslado de los presos y voy con él a la Cueva que quedaba en calle Justo Daract y que se utilizaba para torturarlos (La Escuelita también se llamaba). Es un caserón antiguo, con una entrada lateral, con portón de hierro, una entrada de más o menos 15 o 20 metros. Entrando desde el fondo a mano derecha tenía los calabozos, que eran tres o cuatro. A mano izquierda tenía otra pieza más pequeña con cosas en desuso. Siguiendo estaba un piezón más grande donde estaba el tacho con agua, la mesa y la picana”.

“Nos abre la puerta el oficial Cirilo Chavero, encargado de la cueva. Chavero a veces se turnaba con Hermenegildo Ricarte que era oficial sumariante. En la cueva también se tomaban declaraciones”.

“Chavero nos recibe y Calderón me dice que estacione el auto con el baúl hacia la puerta o sea que pasé la puerta y volví marcha atrás y que suba al detenido. Abro el calabozo y estaba Graciela Fiochetti, a la que le habían dado la libertad el día anterior. Estaba tirada en el suelo toda ensangrentada, vestida con el pulóver rojo, el pantalón azul, las manos atadas en la espalda y sin vendas. Estaba conciente”.

“La levaté en brazos y el oficial Calderón me ordenó, junto con Chavero que la pusiera en el baúl. La puse, lo cerré y salimos rumbo a la Granja donde, según comentarios de Calderón, la iban a juntar en un careo con otro compañero. En la Granja, nos abrió una persona de civil. Ni bien estaciono, vienen del interior de la vivienda el Mayor Osarán y el Sargento Merlo acompañados de otros subalternos a los que yo no conocía”.

“Unos la agarraron de los pelos, otros de las piernas y la bajaron arrastrando. Estaba toda ensangrentada. Me manchó el baúl del auto y tuve que lavarlo. Cuando la bajaron me dicen que me vuelva”.

“Cuatro o cinco días después, el Comisario Becerra, durante una recorrida, me dice que tome por la ruta hacia Mendoza, eran las 10, 11 de la noche. Íbamos acompañados de Chavero y Juan Carlos Pérez en un Falcon verde, nuevo, de la Policía. Becerra determinaba la velocidad como si esperara a alguien. Nos pasan a toda velocidad un Torino Blanco y atrás un Falcon, muy parecido al que andábamos nosotros. Becerra me ordena seguirlos”.

“Cuando tomamos hacia las Salinas, habremos andado unos 600 metros detrás de los otros autos y estacionamos a un costado. Apagan las luces y se baja la misma persona que nos había atendido en la Granja. Becerra me dice que no apague la luz. Abren los baúles de cada auto y bajan a dos personas con las manos atadas. Una era Graciela Fiochetti, la distingo por el pulóver rojo y el pantalón azul. Del otro auto, entre dos bajan a un joven, de uno ochenta más o menos. No le veo la cara al pibe; iba vestido con una camisa a cuadros grandes, era unos cinco centímetros más alto que Pla”.

“A Pla lo conocí por su caminar característico (chueco) lo bajan y desde el auto escucho a Pla a los gritos:

¿Van a hablar o no van hablar?

Se bajan todos. Conmigo se queda Chavero y le pregunto quien es el otro pibe y me dice que es uno que han chupado el día anterior. La última chupada fue la de Santana Alcaraz y habría estado en la Escuelita (o la Cueva) donde el encargado era Chavero. Permanecimos unos cinco minutos donde Pla les hacía simulacros de fusilamiento. Sonaron varis disparos. En un momento Pla dice:

“Esto no va más”.

“Graciela Fiochetti estaba arrodillada y Pla estaba parado detrás de ella y de espaldas a mi. Pla le pega el tiro a Graciela Fiochetti que, por

la posición le debe haber entrado por la nuca. Yo no miré más y luego escuché dos disparos más”-

“Yo esperé recostado sobre el volante, al rato vuelve Becerra con Pérez y me dice, vamos. En el camino en charla con Pérez, Becerra dijo: “Dos hijos de puta menos”.⁹

Los cuerpos de Graciela Fiochetti y presumiblemente de Santa Alcaráz fueron inhumados por los mismos asesinos el día 23 a media mañana. Fueron llevados a la morgue del Policlínico Regional San Luis cuyo director era el Doctor Andrés García Calderón (Coronel Médico del Ejército que realizó su profesión en San Luis y que llegó a ser uno de los principales accionistas y director de un Sanatorio de la Avenida Illia donde además cumplió funciones otro médico, el Jefe de Criminalística de la Policía durante la Dictadura y médico Forense Vicente Moreno Recalde.

Moreno Recalde fue quien realizó la autopsia a los cuerpos de Santana y Graciela Fiochetti una vez llevados a la morgue. Antes, los cuerpos fueron llevados al sitio donde cumplía funciones el médico anatomopatólogo, profesor de la UNSL, Jorge Salguero Fumero quien en un testimonio esclarecedor contó a Tribunal lo que vio y sintió aquella mañana:

“En la morgue me encontré con dos cadáveres sentados uno frente a otro, abrazados, con las manos de la chica fuera de los brazos del muchacho. Era un cuadro tremendo, terrible que no me lo puedo olvidar. Estaba el ambiente impregnado del olor a la carne humana quemada que a uno no se le va más. No alcancé a acercarme, no los toqué, no tuve tiempo de fijarme en los detalles. No se si los dedos estaban todos, pero recuerdo el brillo del esmalte de las uñas”. (Contenido en el expediente del juicio).

⁹ Testimonio leído de Velazquez. V Apéndice de Crónicas diarias 3 de diciembre de 2008. Libro Muertos porque sí. Diario del Primer Juicio Por Delitos de Lesa Humanidad en Cuyo. Autores Gustavo Heredia y Mario Otero. Nueva Editorial Universitaria).

El médico fue obligado a tomar una licencia por una semana por el director del Nosocomio.

Eso ya estaba armado por el Ejército y el escenario que luego a los pocos días iban a mostrar frente a los familiares de Fiochetti que ya estaban reclamando el paradero de Graciela.

Entraría en escena el médico Moreno Recalde quien junto a otro profesional Jorge Alberto Moyano fueron investigados por ser parte de todo el andamiaje armado para desviar los hechos y certificar con sus firmas e informes dos muertes cuyos autores no podían ser identificados en el futuro. Todo había sido estratégicamente armado. Las falanges de los dedos de los cadáveres fueron cortados para que se dificultara aun más la identificación.

A los pocos días fue Cuqui la hermana de Graciela a reconocer a su hermana mientras que en el caso de Sandro por parte de las ropas mostradas por otros indicios que aportaron amigos y familiares todos presumían que ese cuerpo de varón era del muchacho de La Toma.

Cuqui aportó la ficha odontológica de Graciela a los médicos de la dictadura los que la ignoraron y procedieron a darles sepultura como NN. Cuqui ya iba tras los pasos del cuerpo de su hermana en forma secreta.

Diez años después en el Cuadro 4 del Cementerio del Oeste hoy conocido como Cementerio del Rosario, el juez González Macías ordenó la exhumación de los restos del cuerpo de Fiochetti.

Convocó a un cuerpo de Forenses de Buenos Aires, bomberos y policías federales.

Ese día el juez llevaba guardada en su agenda la ficha odontológica que Cuqui había entregado a la policía para que reconocieran el cuerpo de Graciela. La famosa ficha fue rescatada años después prácticamente de las llamas porque los autores de los crímenes pretendieron quemarla y borrarla como prueba.

Los bomberos y policías trabajaron en la primera tumba con picos y palas hasta llegar a las primeras maderas del cajón. Luego intervinieron los forenses vestidos especialmente para resguardar piezas. Comenzaron por los pies, extrayendo con cuidado falange por falange, limpiando con pincel, numerándolas y colocándolas en la caja forense.

Siguieron por los huesos largos de las piernas hasta llegar a la pelvis y cadera.

-“Es un esqueleto femenino”, dijo uno de los científicos.

Continuaron por los huesos del tórax y el cráneo.

-“En el cráneo hay un impacto de bala, posible causa de muerte”, declaró otro de los forenses.

El juez recordó los dichos de Velázquez cuando relató que **“Plá le había disparado en la nuca”**.

Los funcionarios siguieron por las otras dos tumbas pero esas ya estaban vacías.

González Macías volvió con todos esos datos a la ciudad de Mendoza. Dejó los huesos en custodia de la Policía Federal de San Luis.

Un día el delegado lo llamó y le pidió que se los llevara al Juzgado porque “corrían peligro” en esa delegación.

Los mandó a buscar y en el edificio de Tribunales de Mendoza los empleados fabricaron una urna forrada adonde colocaron los huesos cuidadosamente, le rindieron homenaje y la guardaron en una caja fuerte que quedó custodiada.

Todos los días, algunos empleados llegaban al trabajo, saludaban al juez y se persignaban frente a esa caja fuerte para rendir homenaje a la difunta. Otros empleados nunca volvieron a entrar al despacho del magistrado.

Como periodista seguí los pasos de ese informe final para publicarlo cuando viajé a Mendoza a entrevistarlo. En la sede del Poder Judicial,

González Macías permitió el diálogo en su despacho para saber lo que se consideraba el informe que iba a terminar con la Ley de Obediencia Debida en la que todos los militares y fuerzas de seguridad acusados por terrorismo de Estado se amparaban para no ir a la cárcel.

El juez tomó el cráneo marcado con líneas números y letras.

“Este es el cráneo de Graciela Fiochetti. La bala 9 mm entró por la nuca, tras la percusión la cabeza se movió a ambos extremos y se destapó la sien a ambos lados. La bala fue disparada a pocos centímetros de arriba hacia abajo y con leve desviación hacia la derecha. Quien disparó es zurdo”, Concluyó el juez.

Quien era zurdo y estuvo en la escena del crimen y se ocupó de la mayor parte de los sucesos de ese operativo era el capitán Carlos Pla, como lo había declarado el ex chofer policía Velazquez.

Inmediatamente el juez ordenó entregar el cadáver a los familiares de Fiochetti para lo cual las autoridades de la época con el intendente del pueblo a la cabeza se armó una misión para trasladar los restos desde Mendoza al cementerio de la Toma.

Mientras, la Cámara Federal de Mendoza ordenaba el pedido de detención del entonces ex capitán Carlos Pla amparado en la Ley de Obediencia Debida.

CAPITULO IX

La Vuelta

*Regreso
Abrumado él
Abismo insolente
Perpetuando los huesos
Descarnados
Interrogantes
Al fondo muy al fondo
Cubiertos los ojos
Fija la imagen
En raíces muertas.
Amanecer y ocaso
Estallido nauseabundo
Rueda la esperanza
En la campiña muda
Hundida la reja
No
Cureña sin féretro
Se adelanta al árbol*

*(Poema de María Magdalena Alvarez “Cuqui”,
libro Después de Marzo).*

El entierro. El silencio. La Esperanza 19 de Septiembre de 1986

El diario “Puntal” de la ciudad de Río Cuarto publicaba en tapa: ***“Fueron entregados los restos de Fiochetti y hoy serán inhumados”***.

El diario de tirada regional y que tenía una corresponsalía en la ciudad de San Luis, fue uno de los que más publicaciones realizaron en la época en que los casos de violación a los derechos humanos comenzaban a investigarse en la provincia de San Luis. En la edición de ese día anticipaba:

“En medio del llanto de la madre y la presencia de numerosos partidos y representantes de derechos humanos, la Cámara Federal de Mendoza entregó ayer los restos de Graciela Fiochetti. Los mismos serán velados e inhumados hoy en el Cementerio de los Pobres de La Toma. Previamente se le rendirá un homenaje. Acusaciones del abogado de la familia Fiochetti contra el Teniente Coronel Pla. Reclama justicia todo el pueblo de La Toma, dijo el comisario de esa localidad”.

Laura Álvarez, Cuqui y Alfredo Álvarez en compañía del comisario de La Toma Miguel Mena, recibieron los huesos de Graciela.

Mena ese día con los dientes apretados expresó a los periodistas mendocinos presentes:

- Queremos castigo y no olvido para los culpables del homicidio.

Viernes 19 y Sábado 20 de septiembre de 1986 en La Toma:

En el auto del comisario Mena los restos de Graciela Fiochetti llegaron a La Toma. El domicilio particular de la Calle Moreno 160, se

convirtió rápidamente en un enjambre. Inmediatamente comenzaron a velarla. Durante todo el día desfilaron por la capilla ardiente armada a tal efecto, vecinos, amigos, ex-compañeros de escuela y de militancia, dirigentes políticos que habían llegado desde toda la provincia y de Mendoza.

La tarde pintaba algunos perfumes primaverales en el cementerio de La Toma. El féretro de Graciela fue trasladado a mano por casi todo el pueblo, desde la casa en calle Moreno unas diez cuadras hasta el cementerio. Al lugar acudieron familiares, amigos, curiosos y la prensa en general.

El cajón con los restos de Graciela Fiochetti fue colocado en una lápida construida especialmente y el padre Carlos Moyano inició el oficio religioso.

Cuando fui a La Toma, 31 años después de aquel 21 de septiembre, el cementerio que guarda los restos de Graciela Fiochetti, era una muestra de misterio y silencio.

El lugar fue primeramente “campo santo” y luego convertido con el tiempo en cementerio municipal, la puerta se abría de par en par. Silenciosos pasos de tacos de parientes que recorrían los senderos pavimentados, interrumpían ese silencio.

Todos hablaban bajo. A lo lejos, se oían palas y cucharas de albañil trabajando en algún nicho. A unos pocos metros de la entrada principal, caminando unos cincuenta pasos y doblando casi a la derecha, el primer mausoleo construido casi a nuevo, sin pintar pero con revoque fino, no tenía inscripción de ningún tipo.

Allí descansan los restos de Laura Álvarez y Graciela Fiochetti. Madre e hija están sepultadas juntas ante el desconocimiento de la mayoría de los habitantes del pueblo y de puntanos. No había una flor ni florero que indicara que alguien se acordó del fatídico día en que fue secuestrada.

Tampoco rastros de que alguien haya entrado al interior del recinto. Los únicos pasos marcados en la senda que lleva a los nichos eran los míos y un amigo fotógrafo, buscando antes de encontrarlo. No llegaron políticos, ex militantes ni compañeros de Graciela.

Los familiares explicaron que un conflicto familiar entre sobrinos y tíos dejó el sitio sin referencia alguna. Cerca del lugar, descansan Don Alfredo Álvarez y Doña María Argüello, quienes se conocieron en Concarán, se casaron y formaron esta familia a comienzos del siglo pasado y fueron pioneros de La Toma.

Lejos de allí, en la provincia de Buenos Aires, a unos 800 kilómetros, un cuerpo de elite de la Policía Federal había detenido al ex Capitán Carlos Esteban Pla, que se conducía en auto hacia su casa en Vicente López. Canoso y barbudo, no se resistió a la orden de captura. Había estado prófugo durante casi un año y medio. Pla fue trasladado a la ciudad de San Luis a prestar declaración indagatoria acusado de ser el autor de los crímenes aberrantes durante 1976.

En la puerta de entrada de la Fiscalía Federal de calle Colón lo esperaban familiares de los desaparecidos, periodistas, ex presos políticos y militantes de derechos humanos en general. La custodia de la Policía Federal no pudo evitar escupidazos, huevazos e insultos al ex hombre “dueño de la vida y la muerte” en el 76.

CAPITULO X

El juicio y las condenas

El Primer Juicio Oral y Público por los delitos de Lesa Humanidad acontecidos en el ámbito de la provincia de San Luis comenzó el 20 de octubre de 2008. También fue el primero en toda la región Cuyo.

El Tribunal fue presidido por el juez Raúl Alberto Rodríguez y lo secundaron los magistrados mendocinos Jorge Roberto Burad y Julio Roberto Naciff. El Doctor Héctor Fabián Cortes fue suplente.

El Tribunal tomó más de 130 testimonios de un conglomerado de expedientes formado por 34 cuerpos. También durante el juicio se realizaron diversas visitas oculares a los sitios donde se produjeron la mayoría de los hechos investigados tanto en la ciudad de San Luis, Salinas del Bebedero y en La Toma.

En octubre de 2009 se escucharon los fundamentos de la sentencia condenatoria cuya síntesis resolvió:

Condenar a prisión perpetua al ex Coronel Miguel Ángel Fernández Gez, al ex Teniente Coronel Carlos Esteban Pla, a los Comisarios Víctor Becerra (el Japonés) y Juan Carlos Pérez, al Cabo de la Policía Luis Alberto Orozco por los homicidios de Graciela Fiochetti, Pedro Valentín Ledesma y Sandro Santana Alcaráz y por las torturas provocadas a Víctor (Gringo) Fernández, todos hechos ocurridos entre el 20 y 23 de septiembre de 1976.

También el Tribunal dispuso que las penas fueran de cumplimiento efectivo en cárcel común y decidió que Carlos Pla fuera trasladado desde el Penal de San Luis a la cárcel de Marcos Paz en la provincia de Buenos Aires.

Para el abogado querellante Enrique Ariel Ponce que representó a las familias de las víctimas del Terrorismo de Estado, el suceso fue único

e histórico, pues era una de sus primeras actuaciones profesionales al poco tiempo de haber jurado como abogado.

Ponce tiene a su hermana mayor (Ana María Ponce) desaparecida en la ESMA, el mayor centro clandestino de detención del país en la época de la dictadura y para él representaba no solo un reto personal y familiar sino un compromiso profesional muy alto.

Ponce, en el momento de los alegatos no solo definió el concepto de Terrorismo de Estado sino también el de Delito de Lesa Humanidad, que es el mayor de los delitos que se había investigado en el juicio teniendo en cuenta los antecedentes de otros primeros juicios existentes en el país.

También pudo describir con detalles el marco general y la organización militar que desembocó en los operativos que eran objeto de la investigación. Junto a la Fiscal Olga Allende pudieron esclarecer con precisión cómo estaba organizada toda la Región liderada por el General Luciano Benjamín Menéndez como Jefe del Tercer Cuerpo

En eso dijo: “En San Luis el autor mediano es Fernández Gez, quien representa el hombre que está detrás del escritorio, el ideólogo de toda la planificación a través de un aparato organizado de poder de tipo vertical con órdenes a ejecutores”.

El primer día del juicio fue seguido por el Secretario de Derechos Humanos de la Nación, Eduardo Luis Duhalde y su segundo Eduardo Alén, por Madres y Abuelas de Plaza de Mayo que enviaron sus representantes, legisladores nacionales y representantes del gobierno de San Luis.

La mayor parte de las jornadas cuando se desarrolló el juicio oral y público se hizo visible el compromiso de los familiares y ex presos políticos, tanto en las calles como en el interior del edificio contiguo al Correo Argentino, donde se cumplieron las audiencias.

La presencia de los militantes defensores de derechos humanos haciendo guardia para garantizar que el desarrollo fuera claro, seguro

y cristalino, prestigió todo el proceso, único hecho jurídico de estas características en una provincia como San Luis.

Con cada desgarrador testimonio de los ex presos políticos cuando contaban sus detenciones, sesiones de torturas y maltratos, configuraba un panorama triste y desgarrador en ambas salas que luego se traducía en lágrimas y abrazos con sus amigos ex compañeros y familiares en las puertas de los tribunales.

Las víctimas estaban ubicadas frente al Tribunal pero los cruces de miradas con sus ex captores en ese momento acusados, tensaban el ambiente.

De esa manera cada uno de los testigos iba reviviendo sus días de terror desde que habían sido detenidos hasta que fueron liberados. Muchos contaron por primera vez sus experiencias ante el gran público y al día siguiente sus relatos quedaban guardados en las crónicas que los periodistas iban publicando en sus portales o en los diarios. Las radios, especialmente Radio Universidad Nacional de San Luis, transmitían casi en directo y reproducía algunas grabaciones realizadas en coberturas especiales.

Los máximos jerarcas militares y policiales habían sido detenidos en procedimientos ordenados por la Justicia y ajustados a derecho, por fuerzas policiales de la democracia y con todas las garantías de ley. Sometidos a regímenes carcelarios legales sin que se registraran por parte de los abogados defensores denuncias de maltrato a sus defendidos.

Los acusados eran trasladados a las oficinas donde se sustanciaban las jornadas con todas las garantías legales sin ser expuestos al “escarnio público”.

Por su parte los ex presos políticos, familiares y público en general, no tomaban contacto directo con los acusados. Estaban separados en el mismo estrado por mamparas con vidrios y además vigilados por personal de la Policía Federal que custodiaba todas las dependencias para evitar que se produjeran cruces.

En las primeras instancias debieron habilitarse salones contiguos al Tribunal dotados de pantallas con audio para que el público y la prensa pudieran seguir las instancias del juicio y garantizar su oralidad y publicidad.

Todas las jornadas eran filmadas, grabadas y quedaban registradas por personal de la Justicia Federal.

El Primer Juicio Oral y Público por delitos de lesa humanidad que se sustanció en la provincia de San Luis marcó un antes y un después en la historia jurídica de la provincia de San Luis. Sirvió de antecedente para que luego vinieran otros dos, el último finalizando mientras se edita esta obra.

CONCLUSION

Cuqui no tenía mucha confianza en la actuación de la Justicia. Habían pasado diez años sin que los verdaderos culpables del asesinato de su hermana pudieran ir a la cárcel.

Junto a su madre Laura, por momentos acompañadas por su Tío que envejeció y murió, lucharon en soledad para llegar al final.

Solas se habían convertido en expertas aportando pruebas y más pruebas. Eran contadas las mujeres del pueblo de La Toma que se acercaban a saludarlas, acompañarlas. La mayoría las había marcado como una familia que tenía en su seno a una “hija guerrillera”.

El terrorismo de Estado había aplicado todos los protocolos de la Escuela Francesa y de las Américas para someter a toda la sociedad a ese estado de culpa permanente y de sospecha eterna.

El “no te metás”, el “algo habrán hecho”, fueron calando hondo en la sociedad de los pequeños pueblos, las ciudades y el país. Esa era la estrategia estudiada, aplicada y triunfó por décadas.

En los años ochenta con la recuperada democracia que movilizó a millones de argentinos a las calles, revivió la militancia política prohibida por el régimen militar y organizó a los partidos políticos tras grandes ideales para poner en pie a la Nación mientras los militares y civiles de la dictadura seguían en las sombras conspirando.

La causa por la defensa de los derechos humanos comenzó a ser cada año más visible.

En un pueblo como La Toma, donde todos se conocían, era muy difícil seguir el tren de la investigación y volver a la militancia política

era muy extraño. Hijos de ese pueblo habían caído en las garras del terror y la pagaron muy caro.

Cuqui emigró como maestra a las escuelitas de campo, tratando de reconstruir la paz y unidad de su familia, el cariño de su propia gente, casi fundadora del pueblo minero.

No fue fácil militar junto a las mujeres y hombres que conformaban la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), en su mayoría ex presos políticos que habían sufrido años de torturas y cárceles o exiliados en el extranjero. Viajar permanentemente desde el campo a la ciudad y de la ciudad a los tribunales para continuar luchando por justicia.

Varias preguntas retumbaban en su cabeza en las extensas horas de espera en oficinas oscuras, y desoladas de tribunales. Al comienzo fue todo muy difícil. Sobrellevar el duelo permanente de su hermanita y al mismo tiempo sostener a su madre Laura para que no decayera y lograra reponerse, aun en tanta angustia y adversidad.

Madre e hija, mujeres, que junto a otras mujeres lucharon, resistieron hasta concretar el Primer Juicio que esclarecería definitivamente el asesinato de Graciela.

Un día, en el despacho del juez González Macías, Cuqui enfrentó al magistrado, un hombre alto, corpulento, con cejas arqueadas, mirada penetrante y cara a cara le dijo:

-Doctor, yo no confío en la Justicia de los hombres

El magistrado esperó unos segundos, respiró y respondió:

-Mire yo haré todo lo posible para que crea y confíe.

El propio juez iba masticando angustias en su interior, luchaba para mantenerse en la línea de la conducta ética con las que había jurado impartir justicia.

Resistía a las presiones políticas que los militares impulsaban a través de figuras que gobernaban en democracia pero que habían sido colaboradores de los dictadores.

Los propios miembros del Tribunal, se conmovían con los relatos que escuchaban. A veces oír los tormentos sufridos por las víctimas del Terrorismo de Estado transformaba sus rostros que debían mantenerlos inmovibles hacia fuera frente al público.

González Macías con dos hijos y a los 42 años, sabía cuáles eran los principios y conductas que le habían enseñado sus padres chacareros que con todo esfuerzo labraban la tierra día a día para que ese hijo pudiera educarse y recibir un título universitario. Había estudiado derecho en Córdoba y una vez recibido, les regaló el título a sus padres con orgullo.

Ejerció la abogacía durante 10 años en la ciudad de San Juan hasta que fue nombrado Fiscal de Estado y luego Juez Federal.

Durante el gobierno democrático de Alfonsín, el Senado de la Nación lo nombró Camarista Federal en la provincia de Mendoza donde ejerció funciones hasta su retiro.

Jubilado del servicio activo, hoy vive en la ciudad de Mendoza, tiene cuatro hijos de un primer matrimonio y uno más de su actual esposa.

Siendo integrante del Tribunal Oral Federal juzgó a sus propios ex colegas jueces acusados por colaborar con los Militares y Policías durante la dictadura.

El abogado Alfredo Guevara, considerado pionero en la lucha por los derechos humanos en Mendoza y en el país, también tuvo en sus manos el expediente Fiochetti y recibió en algunas oportunidades a Cuqui Álvarez quien lo recuerda con especial emoción.

Su hijo homónimo, y los abogados Diego Lavado y Carlos Varela, se formaron en su estudio. Allí también se formó el abogado puntano Pablo Salinas, hijo de ex presos políticos torturados y detenidos, víctima él mismo de secuestro junto a su madre.

El denominado Juicio a los Jueces, instancias históricas que tuvo entre otros como protagonista al abogado puntano Salinas y su esposa Viviana Beigel, en los tribunales mendocinos, fue otro hito histórico para desentrañar la maraña armada por la dictadura para cometer delitos de lesa humanidad.

Salinas y su Esposa y equipo fueron los que llevaron a juicio a los asesinos del ex rector de la UNSL Mauricio López y lograron a su vez que el Tribunal Oral de Mendoza sentara jurisprudencia sobre los delitos de género y agregar a los niños y niñas como víctimas de los delitos de Terrorismo de Estado.

Ese Tribunal Oral que juzgó a los jueces fue presidido por el juez González Macías que por otra parte había compartido sala y ámbitos junto al fallecido ex juez Federal Carlos Pereyra González siendo Camarista, a quien luego se lo denunció, renunció al cargo y murió en un accidente de tránsito.

El compromiso asumido por este primer juez de Instrucción de la Causa Fiochetti, fue clave para motorizar el expediente principal que desembocó en la caída de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final. También logró desenmascarar a los verdaderos responsables de los crímenes cometidos en la primavera trágica de 1976.

“Para mí fue sumamente importante encontrar el cuerpo y darle tranquilidad a la mamá y a la hermana de Graciela”, dijo el magistrado.

Se hizo justicia.

“Nunca les tuve miedo”.

Cuqui Álvarez, hermana de Graciela Fiochetti, hija, madre y abuela tiene las manos curtidas por sus tareas rurales. Fue maestra casi toda su vida. A los 3 aprendió a leer, a los 12 destacaba en la secundaria y a los 17 ya era maestra.

Siendo maestra rural viajaba permanentemente en micro o en auto a sus lugares de trabajo. En la época de la dictadura fue seguida

permanentemente por los servicios de inteligencia de la Policía y del Ejército. La querían amedrentar y ella no les tenía miedo.

Cuqui tomaba un micro para viajar desde Villa Mercedes a San Luis y dos policías secretos la vigilaban. Al llegar a la Terminal de San Luis, los mismos tipos ya la esperaban al descenso del ómnibus.

Un día los enfrentó en un banco de la vieja terminal cuando a los policías de civil que la seguían les vio la cara y directamente los descubrió.

Siendo directora en una escuela que estaba en el interior de la V Brigada Aérea con asiento en Villa Reynolds en Villa Mercedes, a 90 kilómetros de San Luis, a Cuqui tampoco le tembló la mano para presentarse ante la guardia e identificarse frente al militar aeronáutico que la interrogó.

Allí le preguntaron si tenía familia y ella respondió que tenía una hermana desaparecida ante la mirada incrédula del militar aeronáutico.

La V Brigada Aérea también tuvo su rol protagónico en el terrorismo de Estado ya que grupos de tareas de esa unidad asesinaron a dos profesores de la UNSL, Früm y Bodo.

Gracias a mujeres luchadoras como Cuqui, dignas y coherentes que sortearon todos los obstáculos que la vida les puso en frente, hoy cree que la Justicia de los hombres existe.

“Graciela no tenía importancia como militante política y mucho menos como guerrillera”, opinó el jubilado Juez González Macías.

La historia de supervivencia del “Gringo” Fernández, es un título aparte que tal vez abriría otras hipótesis de investigación, si es que se quiere llegar definitivamente a la verdad.

¿Por qué La Toma fue el epicentro del mencionado operativo y qué personajes pudieron ser afectados independientemente de las supuestas vinculaciones “guerrilleras” que los militares inventaron de sus víctimas?

Cuando declaró ante el Tribunal Oral, el Gringo dio detalles de qué era lo que el torturador “Japonés” Becerra le requería con cada trompada o “patada voladora” en los interrogatorios.

“¿Por qué molestabas a Lamuraglia? ¿Por qué le cobrabas multas”?, “¿Dónde están las armas?”

Nadie le preguntó mayores detalles al Gringo Fernández cuando declaró ante el Tribunal Oral. La frase quedó casi olvidada. Esta obra rescata ese testimonio y lo pone en valor.

Lógico es pensar que Lamuraglia se trataba del empresario más importante del pueblo minero y uno de los más notables operadores políticos antiperonistas del país en la época del 45 hasta el 55.

¿Cómo un simple empleado del Ministerio de Trabajo pretendía molestarlo con multas para que cumpliera con las leyes laborales que eran las banderas de la Justicia Social que el propio Perón había impartido a los trabajadores?

Lógico es conjeturar que los Lamuraglia tenían el poder suficiente para reclamar ante las autoridades del pueblo y del gobierno provincial o instruir a sus abogados para enjuiciar a Fernández por persecución o falsa denuncia. Recurrir a la policía y a los sindicalistas que pudieran ***“hacer la vista gorda con algunas atenciones patrimoniales”*** para callar esos reclamos. Conductas típicas de empresarios que priorizan la productividad a cualquier precio.

Evitar que los obreros pertenecientes a la Avícola San Miguel, centenares de trabajadores hombres y mujeres, se organizaran frente a las malas condiciones laborales o faltas de pagos correctos estipulados por ley.

Los antecedentes de la textil Tucumana La Escalada configuraban un perfil típico del empresario despreocupado por los derechos de los propios trabajadores. (Ver antecedentes en el capítulo IV).

“El Japonés” Becerra sabía perfectamente las tares de fiscalización del Gringo Fernández como para reclamarle con tortura el por qué

molestaba a Lamuraglia. ¿Qué vinculación había entre el torturador Becerra y los Lamuraglia empresarios muy identificados como antiperonistas con historia?

¿Cómo supo el “Japonés” Becerra que el “Gringo” Fernández molestaba a Lamuraglia?

Es indudable que luego de escuchar el testimonio del Gringo Fernández publicado por primera vez en un trabajo periodístico, la conclusión es única: Fue contratado para seguirlo, saber todos sus movimientos y los de su familia. Conocer toda la actividad militante como peronista junto a los jóvenes del pueblo.

Becerra había sido expulsado de las filas policiales apenas asumió el gobernado Elías Adre (1973) quien nombró como jefe de policía al Coronel Retirado Roberto Sánchez Casañas.

Sanchez Casañas tenía dominio político y policial en toda la provincia y especialmente desde la Toma a todo el Valle del Conlara, no solo para proteger el domicilio familiar del gobernador Adre nacido en Concarán, sino para sostener el poder político del interior que eran los bastiones que llevaron al gobierno a su líder.

Expulsado de la policía junto a 40 efectivos, fue Becerra contratado como personal de seguridad en empresas privadas tanto de la ciudad de San Luis como del interior provincial.

Ya en la dictadura Becerra fue reintegrado al cargo el mismo día del golpe militar, en el Departamento Informaciones de la Policía junto a sus compañeros exonerados. Dominaba todo tipo de investigación de la red policial que enviaban las comisarías. Esa información era almacenada y analizada en la oficina respectiva en la Jefatura, donde se confeccionaban las fichas de todas las personas sospechosas a investigar, seguir y detener.

Había una conexión militante de la JP de La Toma para denunciar maltratos laborales en las canteras y en la avícola. Esta situación colocaba a Graciela Fiochetti, a Sandro Santana y al Gringo Fernández

en la mira de los poderosos empresarios. Los Lamuraglia tenían una historia vinculada a militares golpistas.

Graciela Fiochetti había sido empleada de una oficina de la Dirección Provincial de Minería en La Toma. Al mismo tiempo se desempeñó como presidenta de la JP reemplazando a su compañero de estudio y amigo Baracco. Todos esos jóvenes peronistas militaban con las banderas del Frejuli, la alianza que llevó a Cámpora a la Presidencia y a Elías Adre a la gobernación.

Cuando llegó el golpe militar, Graciela fue expulsada automáticamente de su empleo público y todos dijeron:

“La echaron por peronista”.

¿Cómo esos jóvenes osados, rebeldes y militantes comprometidos con los ideales de la revolución, pondrían piedras en el camino de las industrias que proyectaban la localidad al mundo? Así se lo reprocharon el Intendente, el Diputado y el Jefe de Policía, todos peronistas de La Toma al Gringo Fernández.

Los Lamuraglia vendían las piedras semipreciosas de mayores tamaños a Grecia, Italia, Alemania, Estados Unidos, Inglaterra y Japón.

Además en la Capital Federal en la sede de Callao 1515 se concentraba toda la actividad económica y financiera del grupo que tenía contactos con los principales empresarios de la Unión Industrial Argentina, donde el viejo Raúl Lamuraglia había sido presidente en el 45 con importantes contactos entre los militares de aquella época y que mantuvo durante el siglo XX.

No solo hacía negocios sino que además financiaba partidos políticos de derecha. Era el principal operador de Braden, el ex embajador norteamericano que fue enviado para evitar el ascenso de Perón al poder.

¿Un simple empleado público de origen lechero que abrazaba la bandera peronista de la justicia social, pondría en jaque a toda una familia poderosa de Argentina sin pagar ningún costo?

En San Luis, “pago tranquilo y de buenos amigos”, cuna de la familia del dictador Jorge Rafael Videla nada debía pasar que pusiera en peligro la integridad física de él y su familia.

El general pasaba algunas vacaciones en su casa de El Trapiche, localidad del departamento Pringles, cuya cabecera es La Toma.

A su vez, el temible general Luciano Benjamín Menéndez jefe del Tercer Cuerpo de Ejército con asiento en Córdoba, visitaba cada tanto los cuarteles puntanos y había dejado expresas directivas para luchar contra la guerrilla y que *“no hubiese detenidos sino muertos”*.

¿Qué elementos tuvieron en cuenta los militares del informe que recogían los investigadores policiales enviados por el “Japonés” Becerra a la Toma? ¿Con esos datos elaboraron el Informe de La Toma para realizar la razia aquel 21 de septiembre de 1976?

¿Quién, cómo y en qué circunstancias elaboró ese Informe de La Toma que los militares adjudicaban a Sandro Santana y *encontraron* en el bolsillo de Cobos?

El Jefe de la Plana Mayor, el Coronel Guillermo Clímaco Daract, que participó de las decisiones del operativo de detención y asesinato de Raúl Cobos y luego el operativo de La Toma, era uno de los fogoneros principales de la candidatura del ex Marino Francisco “Paco” Manrique a la presidencia de la Nación en 1973.

Paco Manrique junto a Rafael Martínez Raymonda con la Alianza Popular Federalista, obtuvo el tercer puesto. Daract siendo militar se sumó a la campaña entregando afiches del candidato federalista. Visitaba a los viejos afiliados del tradicional Partido Demócrata Liberal de San Luis haciendo campaña.

Manrique había sido arrestado por su participación en el sangriento intento de asesinato a Perón en 1955, provocando la muerte de 300 personas e hiriendo de gravedad a otras 800. Era comandante de la fragata Hércules que pretendió sublevar a la flota de mar anclada

en puerto Belgrano y junto a Raúl Lamuraglia (Padre) y otros más, integraba el Grupo Braden.

¿Pudo Daract tener información calificada y previa por su cercanía o parentesco ideológico con los Lamuraglia?

Daract, estaba convencido que en San Luis no había guerrilleros. Así lo aseguró durante el Juicio cuando explicó qué elementos conformaban a un guerrillero. ***“Acá había gente que era oponente, pero guerrilleros de uniforme nunca vi”.***

Con esa frase se podría concluir que durante el operativo de La Toma el Ejército no iba a detener a guerrilleros sino a militantes políticos peronistas.

Sin embargo, Becerra sabía perfectamente que su meta era ***atrapar al Gringo Fernández y su tropa***; jóvenes como Graciela y Sandro caerían en la misma bolsa.

Además en ese momento (septiembre) la Policía Federal había sido apartada de la lucha antsubversiva. El Gobierno había transferido todo el poder a los militares y en San Luis las tareas eran ejecutadas por el ex capitán Pla, subjefe de Policía y Becerra líder del temible grupo de tarea.

Los militares, con la mano de obra de los grupos de tarea policiales querían demostrar que en San Luis tenían todo bajo control frente a los reclamos a viva voz que hacía el jefe del III Cuerpo de Ejército Menéndez.

Las investigaciones periodísticas de Primavera Rota no terminarán en esta edición. Forman parte de casi toda una vida profesional dedicada a desentrañar los oscuros silencios de la sociedad en que vivimos.

Como profesional con más de 35 años de oficio periodístico, pongo a consideración esta obra que pretende dar luz sobre cómo vivieron, sintieron y murieron las víctimas del Terrorismo de Estado. Es además

un aliento y reconocimiento a la lucha de miles de ciudadanos que por diversas circunstancias sobrevivieron para contarla.

Es un aliento a las abuelas, madres, hijos, padres y familiares que aun esperan y se aferran a que la Justicia sea completa.

Es un llamado de atención a quienes saben donde están los que desaparecieron y se escudan en un perverso “pacto de silencio”.

Es un reconocimiento a los honestos funcionarios Judiciales, Policiales, Militares y civiles que también colaboraron para que los verdaderos responsables de los Delitos de Lesa Humanidad en la provincia, pudieran ser juzgados con todas las garantías de Ley.

Es una nueva oportunidad de reflexión a quienes sostienen que los guerrilleros asesinaron cruelmente colocando bombas y matando gente inocente. Los que abonan la “ley de los dos demonios”, a los que siguen sosteniendo que los guerrilleros no fueron juzgados.

El Terrorismo de Estado “juzgó” a los supuestos guerrilleros secuestrándolos, torturándolos, asesinandolos o haciéndolos desaparecer fuera de todo acto legal y de apego a la ley, clandestinamente. Las víctimas de esos hechos ilegales no tuvieron derecho a la defensa como tuvieron los autores de estos crímenes.

A su vez se apropiaron de sus hijos, muchos de los cuales aun están sin recuperar sus identidades verdaderas.

Es un reconocimiento a los profesionales abogados que defendieron los derechos de los ausentes y de los torturados ex presos para poner toda la energía y representar los intereses de la sociedad frente a los graves delitos perpetrados.

Un gélido día de julio de 2007, los médicos diagnosticaron una enfermedad crónica que terminó con mi sistema renal. En abril de 2008 ingresé al tratamiento de diálisis en una clínica privada puntana. Desde esos primeros momentos de gran dolor e incertidumbre comencé a esbozar los primeros trazos de lo que hoy es la obra que tienen en sus manos.

Una mañana, durante el desarrollo de los históricos meses en que se realizaban las instancias del Primer Juicio por Delitos de Lesa Humanidad, concurrí a la clínica de diálisis a la hora establecida. Me sorprendió la presencia en la sala de espera de dos efectivos de la Policía Federal prolijamente uniformados, sentados junto a la puerta de ingreso a la sala.

En un despacho de aislamiento para pacientes complicados, la cara famosa del ex torturador “Japonés” Becerra apareció en el marco de la puerta. Había ingresado en grave estado a raíz de su enfermedad de diabetes.

El “Japonés” Becerra nunca declaró ante un juez ni ante tribunal alguno. Se amparó en el derecho de todo ciudadano a guardar silencio, el que fue respetado por los jueces.

Nunca se arrepintió de las torturas, violaciones ni crímenes cometidos. No se hizo cargo de nada.

El día de la sentencia, Becerra fue llevado en camilla con dos piernas amputadas, en grave estado de salud pero conciente. Allí, en un cubículo de 2 x 2, frente a una pantalla de televisión de circuito cerrado, escuchó su sentencia. Fue condenado a prisión perpetua.

Falleció el 15 de mayo de 2009.

“El Japonés Becerra tenía un odio conmigo. Decía que era un mal parido y que me iba arrancar la lengua porque molestaba a Lamuraglia”. “Él estuvo frente a todas las torturas, siempre le conocí la voz, comandaba todo tipo de operativo de tortura”.

A los 72 años, el Gringo se queja permanentemente de sus dolores en todo el brazo derecho, desde el cuello hasta los dedos de la mano. Un día lloró y pensó que era mejor morir que seguir sufriendo. Está discapacitado para siempre a raíz de las torturas recibidas durante su detención.

Sin embargo, tiene el honor intacto. Levanta el puño con orgullo, se enciende su mirada tras sus lentes y agiganta su voz:

“Estudié hasta tercer grado. Fui muy pobre. Nunca trancé. Me la banqué hasta el final y por eso fui perseguido, detenido y torturado”.

Agradezco a todos los que aportaron sus testimonios orales, documentos, fotografías, orientaciones geográficas, posiciones ideológicas, contextos históricos y alientos que permitieron completar la presente obra.

Un reconocimiento especial a la profesora Viviana Bonfiglioli, mi maestra en recursos literarios.

Oscar Angel Flores

FUENTES, DOCUMENTOS Y FOTOS

Estructura de la Represión Militar
(Fiscal Federal Cristian Rachid durante los alegatos del Segundo
Juicio por delitos de Lesahumanidad)

El terrorismo de Estado en el territorio nacional.

Durante el Segundo Juicio que se realizó por Delitos de Lesa Humanidad que se tramitó en el Tribunal Oral federal de San Luis, el Fiscal Federal Cristian Rachid describió el contexto a nivel nacional y provincial antes de los momentos que llevaron a la primavera trágica de 1976 cuando la dictadura cívica militar actuaba en la provincia.

Los secuestros y desapariciones que se produjeron sistemáticamente en el marco de operativos efectuados con la excusa de *neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos*, comenzaron a producirse antes del golpe militar del 24 de marzo de 1976.

La metodología que sería empleada sistemáticamente a partir del golpe fue ensayada en el denominado Operativo Independencia llevado a cabo en Tucumán, explicó el Fiscal.

Asimismo, los centros clandestinos de detención, que luego se extenderían por todo el territorio nacional, ya funcionaban en el año 1975 en jurisdicción del Tercer Cuerpo de Ejército, en Tucumán y Santiago del Estero, y operaron como centros pilotos durante el mencionado **Operativo Independencia**.

Durante esos años previos, tuvo inicio la actividad sistemática y generalizada de represión ilegal ejecutada por la banda para policial autodenominada ***Alianza Anticomunista Argentina (Triple A)***. Esta organización paraestatal estuvo integrada, entre otros, por agentes o ex agentes estatales (Policía Federal Argentina, policías provinciales y miembros de las FF. AA.) y fue responsable de numerosos atentados y asesinatos perpetrados principalmente durante 1975 contra militantes políticos, sindicales, intelectuales, artistas, periodistas, estudiantes, profesores.

Asimismo, durante el mismo año 1975 mediante los Decretos 2770, 2771 y 2772 (todos del 6 de octubre de aquel año), se organizó el empleo de las Fuerzas Armadas, Fuerzas de Seguridad, Fuerzas Policiales y otros organismos puestos a disposición del Consejo de Defensa para la lucha contra la subversión en todo el territorio nacional; y con aplicación extendida de aquella metodología sistemática criminal.

El 24 de marzo de 1976, la Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas derrocó a la presidenta constitucional María Estela Martínez de Perón y usurpó el gobierno del país. Los jefes militares denominaron a la gestión que comenzaban como Proceso de Reorganización Nacional.

Desde que la Junta Militar tomó el control del Estado, se dedicó a modificar por completo el ordenamiento legal y político. Fueron disueltos el Congreso de la Nación, las Legislaturas provinciales y los Consejos Deliberantes, siendo las facultades legislativas asumidas por el Poder Ejecutivo.

Todos los jueces fueron declarados en comisión, y los que eligieron ser confirmados en sus cargos, juraron fidelidad al documento titulado ***Actas y Objetivos del Proceso de Reorganización Nacional*** el cual, en los hechos, fue puesto incluso por encima la misma Constitución Nacional (v. Informe de la CONADEP “Nunca Más”, pág. 391). También crearon una ***Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL)***, integrada por nueve oficiales, tres por cada arma, que se encargaba de redactar los decretos del gobierno, a los que llamaron leyes.

El Fiscal Rachid fue contundente cuando esgrimió la frase:

Está probado que existió un plan sistemático dispuesto por el último gobierno de facto y que fue ejecutado por varios de los miembros de esa dictadura militar.

Está acreditado también, que durante ese período coexistieron dos sistemas de persecución penal, uno legítimo, delineado a través de leyes, decretos, directivas, reglamentos y normas de todo tipo y, otro, clandestino y paralelo de represión en el que se destacaban el Plan del

Ejército Contribuyente al Plan de Seguridad Nacional (era secreto y fue acompañado por el General Acdel Vilas en su indagatoria ante la Justicia Federal de Bahía Blanca), distintas normas secretas y las prácticas de hecho efectivamente realizadas.

Rachid además explicó ante el Tribunal:

Entre los militares golpistas circuló un documento de carácter secreto denominado ***Orden de batalla del 24 de marzo de 1976***, que contenía la metodología represiva que emplearía el Estado terrorista. Los jefes militares acordaron que, ***para derrotar la subversión***, no alcanzaba con la represión basada en las nuevas leyes impuestas después del golpe sino que era necesario desarrollar una estrategia clandestina de represión, para que los opositores no sólo fueran neutralizados, sino también exterminados.

Esta modalidad de represión incluyó la destrucción de las pruebas, para impedir que en el futuro pudieran investigarse los crímenes cometidos y así gozar de impunidad.

La metodología de este plan fue similar en todo el país. Se trató de un esquema que respondía a una cadena de mandos vertical, cuyo vértice era la Junta de Comandantes. Sin embargo, por su carácter ilegal y clandestino, los grupos operativos que realizaron la represión actuaron con relativa autonomía. A estas bandas de represores se los llamó ***Grupos de Tareas (GT)*** y su función era capturar a los ciudadanos a quienes los servicios de inteligencia identificaban como ***guerrilleros, izquierdistas, activistas sindicales o, más genéricamente, subversivos***. El GT los secuestraba y los encerraba en un ***Centro Clandestino de Detención o “chupadero” (CCD)***, por lo general una comisaría, un establecimiento militar o un edificio acondicionado a tal efecto, en donde los torturaban para que proporcionaran información que permitiera realizar nuevas detenciones.

El primer acto del accionar represivo consistía en el ***secuestro de la víctima***, que generalmente ocurría con la irrupción intempestiva del GT

en el domicilio, durante la noche, o lugar de trabajo donde los robos eran considerados por las fuerzas intervinientes como *botín de guerra*.

Estos saqueos eran efectuados generalmente durante el operativo de secuestro pero, a menudo, formaban parte de un operativo posterior en el que el GT, integrado por otros operadores, se hacía cargo de los bienes de la víctima. Esto configuraba un trabajo en equipo, con división de tareas bajo un mando unificado.

En otros casos, los secuestros fueron llevados a cabo en la vía pública, en lugares y horarios que garantizaban la absoluta ausencia de testigos que luego pudieran individualizar a los actantes o referir a circunstancias de tiempo, modo o lugar que permitieran conocer, o al menos presumir, cuál había sido el destino de la víctima. En general, la persona era sorprendida al salir de su domicilio para dirigirse a su trabajo o cuando se retiraba de éste e intentaba regresar, siendo violenta y rápidamente capturada para evitar su resistencia o la presencia de algún observador.

Una vez capturada, amenazada, maniatada y tabicada (privada de la visión) se ubicaba a la víctima en el piso del asiento posterior del vehículo o en el baúl. El denominado tabicamiento tenía por objeto que la víctima perdiese toda noción de espacio, no sólo en relación al mundo exterior, sino también de toda externidad inmediata, más allá de su propio cuerpo, ya que permanecía en esas mismas condiciones durante toda su estadía en el lugar.

Con el traslado del secuestrado al CCD finalizaba el primer eslabón de la cadena de ilícitos. Los CCD constituyeron el presupuesto material indispensable de la política de desaparición de personas y por allí pasaron miles de hombres y mujeres, ilegítimamente privados de su libertad, en estadías que muchas veces se extendieron por años o de las que nunca retornaron.

En estos centros estaban supeditados a la autoridad militar con jurisdicción sobre cada área. Las características de los CCD y la vida cotidiana que se llevaba en su interior, permite afirmar que fueron

concebidos, entre otras cosas, para poder practicar impunemente actos de tortura. Contaban para ello con personal especializado, ámbitos acondicionados a tal fin, y toda una gama de implementos utilizados en las distintas técnicas de tormento. En algunos casos y, como consecuencia de la tortura, se producía la muerte del secuestrado.

Otro de los destinos finales de las víctimas era el fusilamiento que se enmascaraba bajo el ropaje del enfrentamiento armado o del intento de fuga, u otra forma de aniquilación física. Incluso los cadáveres eran eliminados con la incineración, la inmersión o la inhumación clandestina. La destrucción de los cuerpos formaba parte de la metodología de la desaparición. Así, al borrar la identidad de los cadáveres se aseguraba por un tiempo el silencio y la inacción de los familiares, se bloqueaba la investigación de los hechos concretos, diluyendo en el ocultamiento de las acciones la asignación individual de responsabilidades, y se impedía que la solidaridad de la población se manifestara a través de protestas y reclamos generalizados.

El terrorismo de Estado en San Luis. Organigrama del aparato represor destacado en la provincia.

A partir de octubre de 1975, el Ejército tuvo la responsabilidad primaria en la «lucha antsubversiva» ya que se encomendó al Comando General del Ejército la tarea de «ejecutar las operaciones militares y de seguridad que [fuesen] necesarias a efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país» (Directiva N° 1/75 del Consejo de Defensa, fechada 15/10/1975). A tal fin, éste fue dividido en zonas, subzonas y áreas, creándose además el «Consejo de Seguridad Interna» y poniéndose a su disposición el empleo de las fuerzas armadas, de seguridad, policiales y demás organismos, con la idea rectora de utilizar simultáneamente todos los medios disponibles, coordinando los niveles nacionales. Se estableció el siguiente orden de prelación: 1°) Estado Mayor Conjunto; 2°) Elementos Bajo Comando (Ejército, Armada y Fuerza Aérea); 3°) Elementos Subordinados (Policía

Federal y Servicio Penitenciarios Federal); 4°) Elementos Bajo Control Operacional (Policía Provincial y Servicio Penitenciario Provincial); 5°) Elementos Bajo Control Funcional (Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia de la Nación y S.I.D.E.).

Para la lucha antisubversiva, el territorio nacional se dividió en **5 zonas operativas** (nominadas 1, 2, 3, 4 y 5 respectivamente), comprensivas a su vez de subzonas, áreas y subáreas. Esta distribución territorial de la ofensiva militar estaba a cargo de los **Comandos del: Cuerpo I de Ejército** –con sede en Capital Federal, Zona 1-, **Cuerpo II de Ejército** –con sede en Rosario, Zona 2-, **Cuerpo III de Ejército** –con sede en Córdoba, Zona 3-, Comando de Institutos Militares –con sede en Campo de Mayo, Zona 4- y **Cuerpo V de Ejército** –con sede en Bahía Blanca, Zona 5- respectivamente (Directiva del Comandante General del EJÉRCITO N° 404/75, del 28/10/1975)

La Zona III estaba integrada por las provincias de Córdoba, San Luis, Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy. A su vez, las provincias de Mendoza, San Luis y San Juan constituían la Subzona 33 y cada una de ellas abarcaba un Área de operaciones. Eran responsables: de la Zona III, el Tercer Cuerpo de Ejército con asiento en la provincia de Córdoba cuya jefatura correspondía al Comandante y Segundo Comandante de la repartición; de la Subzona 33, la VIII Brigada de Infantería de Montaña, con asiento en la provincia de Mendoza cuya jefatura correspondía igualmente al Comandante y Segundo Comandante de la repartición.; y del Área 333 correspondiente a la Provincia de San Luis, el Comandante del Comando de Artillería 141.

A la fecha de los hechos, el General Luciano B. Menéndez ejercía la Jefatura del III Cuerpo de Ejército cuyas órdenes en relación con la denominada «lucha contra la subversión» eran remitidas al Comando de la VIII Brigada de Infantería de Montaña donde el General Jorge Alberto Maradona (f) era el Comandante siendo remplazado, el 2 de diciembre de 1977, por el General Brigadier Juan Pablo Saa (f), en tanto que el Coronel Tamer Yapur era el Segundo Comandante de la

mencionada Brigada y fue remplazado por el Coronel Mario Ramón Lépori a partir del 28 de febrero de 1977.

El aparato represor de San Luis, explicó el Fiscal haciendo referencia a la sentencia del juicio de Graciela Fiochetti, se creó en Córdoba y a fines de diciembre de 1975 se trasladó a San Luis, el Comando del Área 333, dependiente del Cuerpo III de Ejército. Este Comando de Artillería 141 (CA 141) estaba a cargo del Cnel. Miguel Ángel FERNANDEZ GEZ.

A su vez, el Comando estaba estructurado con un jefe de Plana mayor, a cargo del Tte. Cnel. Guillermo Daract, y la Plana mayor que la integraban, en principio el Tte. Cnel. Raúl Benjamín López, el Tte. Cnel. Gerácimo Dante Quiroga y el Tte. Cnel. Enrique Loaldi. El Mayor Ozarán pasó a integrar durante el año 1976 el Estado Mayor del Comando de Artillería artífice del terrorismo de Estado en esta provincia.

Bajo el mando y coordinación de éste comando, son puestos bajo control operacional diversos organismos militares, policiales y penitenciarios de esta provincia, procurando así la mayor coordinación y efectividad en las tareas antisubversivas emprendidas. Del Comando CA 141 dependía directamente: el Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea 141 (GADA 141) a cargo del Tte. Cnel. Juan Carlos Moreno, e integrado como funcionarios operativos, por el Tte. 1º Horacio Ángel Dana, el Tte. Carlos Alemán Urquiza, el Tte. Alberto José Moreira, el Tte. Urbano Acuña, el Sgto. Andrés Merlo, entre otros.

Por su parte, la Policía de San Luis a cargo, en cuanto al mando efectivo y operativo de la denominada “lucha antisubversiva”, de su Sub-jefe Capitán Carlos Esteban PLÁ, e integrado específicamente el grupo de tareas por todo el Departamento de Informaciones (D-2) , cuyo jefe era el Comisario Víctor David BECERRA, y el subjefe el oficial principal Juan Carlos PÉREZ, e integrado por los oficiales Carlos Hermenegildo Ricarte, Luis Mario Calderón, Omar Lucero, Cirilo Chavero, Juan Amador Garro, Luis Alberto OROZCO, y Jorge Hugo Velázquez, entre otros.-

El grupo de operaciones especiales o Departamento de Informaciones de la Policía de San Luis, actuaba bajo la dirección y supervisión del Sub-jefe de Policía Capitán PLÁ, del Jefe del Departamento Crio. BECERRA y, ascendiendo en la cadena de mando, del CA 141 cuyo comandante era el Cnel. FERNANDEZ GEZ. Las “operaciones especiales” a cargo de este grupo, eran justamente buscar información, llevar a cabo los secuestros, interrogatorios, tortura y operativos como los de las libertades aparentes y la posterior desaparición de las víctimas que concluían con su muerte, en los que intervenían todos sus integrantes.-

Además existía otro grupo de tarea a cargo del Tte. Cnel. Moreno como Jefe del GADA 141, que actuaba también bajo la dirección y supervisión del CA 141 a cargo del Cnel. FERNANDEZ GEZ, quienes tenían a su cargo dar la cobertura logística y operativa con hombres, armas y movilidad para llevar a cabo los secuestros junto con los funcionarios policiales.-

En tanto el Plan represivo se estructuraba sobre la base de la información y la inteligencia, ha quedado claro que la obtención y elaboración de las mismas era sustancial. En esta tarea trabajaban estrechamente relacionados los servicios del Ejército y de la Policía, y todos eran dirigidos por el Cnel. FERNANDEZ GEZ en su carácter de comandante del CA 141, y responsable del Área 333 en la denominada “lucha contra la subversión”, razón por la cual el Comandante del Cuerpo III de Ejército, Gral. Luciano Benjamín Menéndez decidió el traslado del CA 141 a San Luis para este fin.-

A su vez, con el cometido de reunir toda la información, cada 15 días se reunía en el Comando la “comunidad informativa“, integrada por representantes del Ejército, de la Policía Federal Argentina, de la SIDE, de la Prefectura Naval, y de la Policía de la Provincia de San Luis.

Toda la estructura del Plan sistemático, generalizado y clandestino de eliminación de la oposición política tildada de “subversiva” en San Luis, funcionaba bajo el mando y las órdenes directas del entonces

Jefe del Área 333, el Cnel. FERNANDEZ GEZ. Por su parte, PLÁ y todos los integrantes del D-2, como a su vez el Tte. Cnel. Moreno y el personal del GADA 141, eran los encargados de ejecutar las órdenes del Comando, todo en cumplimiento del Plan.

En la Provincia de San Luis, el Departamento de Informaciones (D-2) de la Policía de San Luis tenía a su cargo esencialmente y en la generalidad de los casos, la parte operativa, consistente en el secuestro de la víctima ya en la calle, ya en su trabajo, o en su domicilio, etc. La ubicación de la víctima podía provenir de propia información del D-2 o de la obtenida por medio de la tortura de los detenidos. Una vez secuestrados, los llevaban al D-2, donde lo primordial era sacarles información, allí los “ablandaban” en primera instancia dándole golpes de puño, patadas, gritos, amenazas, etc. En estas tareas, era sustancial la intervención de PLÁ, BECERRA, PÉREZ, OROZCO, Ricarte, Calderón, Garro, Velázquez, Chavero, Lucero y Natel. Si la información obtenida de estos primeros interrogatorios agravaba la situación del detenido y era necesario continuar con los interrogatorios y por ende con las torturas por más tiempo, eran trasladados a “La Escuelita” donde actuaban Chavero, Ricarte, y también PLÁ, BECERRA, y por lógica cualquier otro miembro del “grupo”, o a la Granja “La Amalia” donde tenía un papel preponderante el Tte. Cnel. Loaldi, jefe de Inteligencia del CA 141, y también actuaba Alemán Urquiza, y demás, donde eran sistemáticamente sometidos a sesiones de tormentos, el paso de corriente eléctrica (picana eléctrica) por distintas partes de sus cuerpos, la inmersión de su cabeza en un tacho de agua podrida que les impedía respirar (submarino), golpes con palos en las articulaciones, bolsas de polietileno colocadas en su cabeza (submarino seco), y todo otro tipo de vejaciones, tormentos.-

Fotos de Graciela Fiochetti ¹



Graciela bebé con su mamá Laura y su papá José



Primera Comunión

◀ *En su casa junto a su mamá y hermana*

▼ *La primaria*



¹ Ceditas por su mamá gentilmente para la presente publicación



Tarjeta de saludo por el día de la Madre Acto en la escuela



Dedicatoria a su hermana

PRIMAVERA ROTA



Quinto Grado



Séptimo Grado

CURSO ESCOLAR DE 1913					Escuela Nacional N.º 227			
Grado — Sección C Curso					Turno <u>noche</u>			
NIT	Alumno	Expediente	Existe expediente	Fecha de inscripción	GRUPACIONES	FECHA DEL MAESTRO	FECHA DEL DIRECTOR	FECHA DEL PADRE DEL ALUMNO
1	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
2	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
3	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
4	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
5	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
6	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
7	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
8	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
9	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
10	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
11	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
12	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
13	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
14	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
15	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
16	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
17	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
18	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
19	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
20	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
21	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
22	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
23	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
24	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
25	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
26	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
27	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
28	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
29	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
30	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
31	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
32	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
33	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
34	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
35	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
36	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
37	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
38	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
39	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
40	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
41	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
42	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
43	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
44	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
45	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
46	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
47	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
48	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
49	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913
50	Alfaro, Juan	2				1913	1913	1913

La secundaria



Adolescente junto a su madre



Foto en la casa



*Joven
Graciela*





Baile de egresados



Junto a su papá de egresada



Cumple años de una amiga



Paseo en El Tigre junto a una amiga y Cuqui



Fiesta de egresados

PRIMAVERA ROTA



El Tigre Junto al padre



El Tigre con Cuqui



Aeroparque junto a Cuqui

Fotos de Pedro Ledesma



Pedro llora cubierto de bandera en el acto de colación de sexto grado



Pedro recibe de la cooperadora de la escuela, la medalla de oro como mejor promedio de la primaria



*San Luis 16 de marzo de 1956
(con todo cariño dedico a mis queridos abuelitos, este humilde recuerdo a la edad de 4 meses y medio. Pedro Valentín Ledesma)*



*San Luis, marzo 28 de 1957.
Con todo cariño dedico a mis queridos abuelitos este humilde recuerdo a la edad de un año y seis meses. Pedro Valentín Ledesma)*



Dedicatoria de la maestra



Medalla de la Primaria



Pipa que usó un tiempo



Pedro abanderado desfilando un 25 de mayo por calle Junín frente a la Plaza Pringles.



Pedro escolta de la bandera en desfile escolar en avenida Quintana



Pedro de viaje por el Uruguay. Fines del 74



Junto a compañeros egresados- (Fines del 74)



Pedro junto a su madre y Francisco, su hermano menor.



Discurso de la Procesión Cívica. Mayo del 74



En Uruguay (fines del 74)



Fogón de la escuelita del Recodo.



Escuelita del Recodo donde daba clases.



*Una de las últimas fotos de Pedro con vida, durante un casamiento de un primo.
Mayo del 76*

CARTA ABIERTA AL DIALOGO CON MIS AMIGOS

Después de dos años de ministerio sacramental en la provincia de San Luis, siento la necesidad de llegar a mis amigos, alumnos, ex-alumnos y conocidos en general para hacerles conocer con la mayor claridad y sinceridad posible, cuál es mi nueva situación y cuáles son las motivaciones que me llevan a tomar esta opción.

Cuando hace dos años me ordené de sacerdote, pedí acceder a un sacerdocio real semejante al de Cristo: EL DE DAR LA VIDA POR EL HOMBRE. Un sacerdocio no centrado en la administración cultural de los sacramentos, sino en la real entrega de la vida, en un compromiso concreto e histórico con el hombre, aquí y ahora. Un sacerdocio en el cual los actos culturales vengas a ser una inseparable colaboración y fuente de la vida real. Esto es lo que intenté vivir estos dos años con todas mis limitaciones y situaciones de pecado. Esta concepción del sacerdocio es la que me llevó a compartir la vida con el pueblo pobre del campo, en especial de PAMPA DEL TAMBORERO. Esta misma concepción es la que me llevó a comprometerme en las situaciones de injusticias del pueblo de San Luis y en los movimientos de conscientización para una Iglesia nueva en un mundo nuevo. Y esta misma concepción es la que me llevó también a querer procurar para mis alumnos una visión y una vivencia nueva de la vida cristiana, no alienada por sacramentos insuportados a presión, sino animada con LIBERTAD Y CORRESPONSABILIDAD, y disponible para la defensa de la VERDAD Y DE LA JUSTICIA.

El intento de vivir esto aún con las limitaciones propias de mi egoísmo, fue originando desde la llegada del Obispo Lainez, un conflicto cada día más profundo, agravado por una parte, por la concepción de la autoridad como poder y no como servicio, del nuevo Obispo; y por otra, por su poca personalidad para rechazar y cortar con el chisam institucionalizado de los "católicos puros" que intentan salvar la Iglesia, anullando su conciencia con confesiones y sacramentos rituales; su incapacidad para el diálogo franco; su manía de persecución; su mentira y sus métodos totalmente antievangélicos hasta llegar no sólo a la murmuración, sino hasta la calumnia para lograr que me fuera de San Luis.

Durante los dos años de actividad en San Luis, la actitud de mis superiores de la congregación salesiana, en la mayoría de los casos concreta de conflicto con el Sr. Obispo, fue la de apoyar mi acción y conducta, no sólo dentro del colegio sino también afuera. Ante los continuos pedidos del Sr. Obispo de que me retirara de San Luis, tenía palabra dada de mis superiores salesianos, de que, dado que lo consideraban injusto, no accederían a dicho pedido "AUN CUANDO ME QUITARAN LAS LICENCIAS MINISTERIALES". Dicha promesa formal cedió ante la presión de la autoridad y el poder del Sr. Obispo, porque "no se puede estar conflictuados con la autoridad" aún reconociéndose que ésta es arbitraria e injusta. En síntesis: Se prefirió la autoridad arbitraria y la obediencia obsculta al jugarse por la VERDAD Y LA JUSTICIA que hacen a la dignidad de las personas humanas. Ante todo esto me resulta imposible permanecer en una comunidad que se dice cristiana y en la cual cuenta más la injusticia y la mentira disfrazadas de legalidad y formalismo que el JUGARSE POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA DE CUALQUIERA DE SUS MIEMBROS. Esto no invalida la necesidad que siento de agradecer a la congregación salesiana por todo lo que he recibido durante los años de mi vida en ella.

Carta abierta enviada por Melto el 9 de Mayo de 1973

Hay dos aspectos fundamentales en la realidad cristiana y sacerdotal que deben ser conjugados; pero que en el momento actual, por lo menos en mi persona, se presentan como una opción. Dichas realidades son: El compromiso histórico y concreto con el pobre por donde viene la salvación de Dios; la celebración de dicho compromiso en los sacramentos. Si bien estas realidades son teóricamente conjugables, en mi realidad del AQUI Y AHORA debo optar: o irme y "salvar" el ministerio sacerdotal siendo infiel al pueblo pobre; o quedarme, trunco en el ministerio legal, pero en un intento de fidelidad al hombre y a su historia concreta en un sacerdocio vital.

Me pregunto: qué sentido tiene "salvar" el ministerio cuando implica la alienación de la historia que es el ámbito concreto donde Dios nos salva? Además: Por qué derecho debe verse privado de celebrar en los sacramentos lo que intento vivir cuando hay tantos cristianos y sacerdotes que ni siquiera se preguntan si viven lo que intentan celebrar?

Si todo lo que hice y sigo haciendo aquí podría seguir haciéndolo sin dificultades con la jerarquía eclesial, en otro lado, según se me ha dicho, qué dificultad hay para que lo siga haciendo aquí? O es que esta es una Iglesia distinta? Si lo que hago no es acción cristiana ni sacerdotal, no lo podría seguir haciendo en ningún lado. Mientras muchos Obispos se recibieran y hasta con gusto, aquí no se puede quedar. Ya que cada Obispo no tienen la asistencia del Espíritu Santo o ha quedado monopolizada en alguna persona concreta? Dónde está la unidad de la Iglesia que tanto se pregona?

Esta problemática se ve agravada por la organización de la Congregación Salesiana Argentina, que olvidando las disposiciones y lineamientos de cambio y acción dados por sus superiores reunidos en Capítulo General, se esfuerzan por mantener "las cosas como están", ~~manteniendo~~ hasta llegar al rechazo total de las generaciones jóvenes que buscan asimismo otro estilo de vida. Todo esto, más la poca disponibilidad de la Iglesia institucional argentina para marchar con el ritmo y el cambio del pueblo que marcha con un compromiso cada día más adecuado para liberarse en el sentido pleno de la palabra, me llevan a optar en la siguiente forma: DEJAR EL MINISTERIO LEGAL SACRAMENTAL, e intentar, buscando una nueva forma de sacerdocio, insertarme cada vez más en la comunidad-pueblo donde la salvación de Dios se gesta no exclusivamente por el poder sacramental de un sacerdote ritual, sino principalmente por el poder de Dios que obra históricamente en el servicio y disponibilidad del corazón de los pobres y de los pobres de corazón.

No pretendo con esta carta justificar mi opción ante mis alumnos, ex-alumnos y conocidos, sino comunicar clara y fraternalmente mi situación, como así también compartir con Uds. algunas de mis reflexiones. Muchos no compartirán ni comprenderán mi elección; sólo pido que la respeten como una opción personal coherente, sincera y por lo tanto válida, hecha abiertamente, sin resentimientos ni ánimo de polémica. Sólo me impulsa el deseo de seguir sirviendo al pueblo lo más evangélicamente posible y pido a todos que me ayuden a hacerlo, en un diálogo franco, sin ocultamientos que imposibilitan el encuentro como fuente de crecimiento de nuestras vidas.

A los cristianos que se escandalizan por las opciones radicales de ciertos sacerdotes y que se lamentan por que faltan ministros que satisfagan sus sentimientos eclesiales y rituales, les dejo esta fraternal pregunta: Cuál es el compromiso de su vida para que unos sacerdotes, en momentos cruciales de opciones vitales, los sientan cerca con corazón de hermanos?

Juan Pablo Melo
JUAN PABLO MELO

San Luis, 9 de mayo de 1973

continuación de la carta

Oscar Flores

PRIMAVERA ROTA

Morir, antes de la primavera, para quedarse del otro lado del humo. Por cuarenta y pico de años.

Que te ausenten en las salinas, en el baúl de un auto, en medio de una clase de física; en la calle de una provincia, donde nunca pasa nada. Que una noche pueblerina te arranquen de la cama; que te cierren todas las puertas laborales y te quieran arrodillado frente a otro dios.

Este libro, como la gestación de otra verdad, aparece luego de una larga investigación y de innumerables y cuidadosas entrevistas de Oscar Flores a los que tuvieron que inventar un alfabeto para el infierno de la espera. A los que sostuvieron un nombre entre los labios, porque, como dice Galeano, durante muchos años desaparecimos a los desaparecidos.

En él encontraremos a los que salieron buscar justicia avanzando por los estrechos márgenes de una sociedad colonizada por el algo habrán hecho, en la que se naturalizó que se sentenciara, torturara y ejecutara de manera brutal, instantánea.

En este libro, podemos asistir a todo lo vivo que estaba en Pedro, Graciela, Sandro, Raúl; a la versión de los sobrevivientes, el Gringo y Pablo. A partir de una esmerada reconstrucción de las calles, los bares, los haceres y el paisaje humano de una provincia de superficie tranquila y entramado conservador, podemos, asomarnos a los sueños, a la coherencia, a las convicciones, al clima de participación crítica en la que crecían muchos jóvenes de una generación que se mandó a apagar.

Viviana Bonfiglioli



RED DE EDITORIALES
DE UNIVERSIDADES
NACIONALES



nueva editorial universitaria



Universidad
Nacional de
San Luis